
3 1761 04920583 4





COLECCIÓN DE LIBROS

RAROS Ó CURIOSOS

QUE

TRATAN DE AMÉRICA

TOMO DÉCIMO

VIRTUDES

DEL INDIO

POR

D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA

Obispo de la Puebla de los Ángeles.



MADRID

IMPRENTA DE TOMÁS MINUESA DE LOS RÍOS

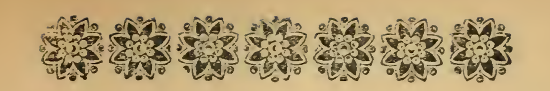
calle de Juanelo, núm. 19.

1893

VIDA INTERIOR

POR

DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA



CAPITULO PRIMERO

De los motivos y razones que ha tenido este pecador para escribir estas Confesiones, y memorial de miserias y misericordias.

El primero y principal motivo y razón que ha tenido, es la gloria de Dios, y que se vea lo que resplandece su bondad, que tanto sufre, perdona, ayuda y ampara á sus criaturas y aun á las que le desobligan y ofenden gravísimamente, como este pecador, y que con este ejemplo, como con otros, amen, sigan, sirvan y adoren á tan buen Señor y nunca jamás le ofendan.

El segundo: porque habiéndolo consultado con sus Confesores, lo juzgaron por útil y conveniente; pues no se había de publicar viviendo este pobre pecador, ni después, sino ignorándose el nombre, y ocultando cuanto se pudiere la noticia del sujeto.

El tercero: para tener presente este pecador sus miserias y llorarlas, y que no cese de llorar tanto pecar, y de alabar tal perdonar.

El cuarto: para que leyendo esto algunas veces, viva entre el temor y esperanza. Temor, viendo sus propias miserias; esperanzas en tan repetidas y tan grandes misericordias, y por estas y con estas despierte el agradecimiento y el amor hasta morir de amor y de dolor: de dolor de haber ofendido á tal bondad, y de amor á tal misericordia y caridad.

El quinto: porque habiendo pedido á Dios luz, sobre si lo escribiría, y dudándolo, ha sentido siempre en su corazón repetidas veces, y voces con claras locuciones (en cuanto alcanza) que le decían por vía de inspiración estas palabras: *¿Por qué no escribes mis misericordias y tus miserias?* Y otras veces: *No las dejes de escribir, que me enojaré.* Y comunicando esto á los confesores, han sido de parecer que las escribiese.





CAPÍTULO II

De los cargos generales que Dios puede hacer á este pecador.

A los cargos generales y particulares que Dios puede hacer á este pecador: *Quis respondebil ei unum pro mille?*

Lo crió, pudiendo dejarlo en el abismo de la nada.

Lo crió racional, pudiéndolo criar irracional y bruto.

Lo crió en tierra de cristianos, pudiéndolo criar en la de bárbaros é idólatras.

Lo crió en tierra de católicos, pudiéndolo criar en la de herejes.

Lo sacó á que gozase de estos bienes de naturaleza y gracia, pudiendo hacerle abortivo.

Crióle hijos de padres nobles, pudiéndolo criar hijo de infames.

Ultimamente, le hizo el mayor beneficio con el bautismo, haciéndole hijo de su Católica Iglesia, y de su gracia y por su gracia heredero de la gloria.





CAPÍTULO III

De los beneficios particulares que Dios hizo á este pecador en su infancia, antes de nacer y luego después de haber nacido.

Los beneficios y cargos del Capítulo antecedente son comunes á muchos, aunque no por eso menores, ni menos dignos de reconocerlos y servirlos á Dios; pero los que se siguen los ha hecho Dios á solo el, ó á muy raros como á él.

Lo primero: antes de nacer, siendo hijo del delito, por serlo fuera del matrimonio, permitió Dios que concibiese, ó conociese la culpa misericordia; esto es, que á vista de la ofensa resplandeciese el perdón y la defensa; y de aquella masa infame fuese animada de una alma criada á semejanza de Dios, y después amparada y defendida de los que la perseguían.

Lo segundo: procurando su madre (según ha llegado á entender por persona que asistió cerca

del mismo suceso) cubrir los delitos de su honor con otro mayor exceso, defendió Dios aquella inocente criatura, antes perseguida que nacida, poniendo sobre ella la mano de su piedad, para que no fuese sepultura su misma conservación; y su muerte el origen de su vida, y en los primeros movimientos del vivir la defendió, que no llegase á morir.

Lo tercero: naciendo ya aborrecido este niño entre infinitos peligros, fué recibido como enemigo de todos por el riesgo que padecían los que por no haberlo podido perder, ó desaparecer, lo ayudaron á nacer, puesto en una cesta (puede ser que lo tuvieran por muerto) arrojando sobre ella muchos lienzos para cubrir el delito, lo dejaron algún tiempo en el campo escondido entre unas hierbas, hasta que después lo llevaron á arrojar á un río cerca de allí.

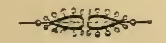
Lo cuarto: un venerable viejo de aquella tierra (1), viendo llevar la cesta, preguntó á la criada qué llevaba. Turbóse, y de la turbación nació en ella el cuidado y en el viejo el deseo de reconocerlo. Halló vivo al que tenían por muerto; pasólo del río á una casa, bautizóle y crióle. Poco después, ya de orden de su madre (por estar su padre ausente de allí) cuidó de él;

(1) No se olvide que se escribía esta vida en Méjico.

la cual, libre de los peligros del honor y de la vida, comenzó á amar (aunque sin poderlo ver, por estár tan retirado) al que antes de nacer, siendo parte de sí misma, comenzaba á aborrecer.

Lo quinto: habiendo nacido este niño, afeado y lastimado de las tribulaciones que padeció, perseguido antes de nacer y al nacer, y después de haber nacido; así como recibió el agua del bautismo, cobró gracia y hermosura espiritual y corporal, y con esta última (que fuera mucho mejor la primera) vivió en todas las edades.

Lo sexto: tocó Dios el corazón de su madre con tal centella de dolor y contrición, que poco tiempo de flaca (habiendo sido hasta entonces muy virtuosa y honesta), castigó con treinta años de una vida muy penitente; dejando el mundo y muchos bienes de fortuna, y á sus padres y deudos; y se entró religiosa, y fué Prelada diversas veces, y fundadora en aquella santa y áspera recolección; y vivió y murió con singular ejemplo, espíritu y penitencia.





CAPITULO IV

De otras misericordias que obró Dios con este pecador hasta que lo conoció su padre, y comienzan sus miserias.

Después de estas misericordias, hasta la edad de diez años, que fué reconocido de su padre manifiestamente (aunque antes secretamente socorría á los que le criaban), le hizo Dios los siguientes beneficios.

El primero: así como recibió el agua del Bautismo (como está dicho), habiendo salido del vientre de su madre, y después por los otros accidentes casi muerto, cobró salud sin otro remedio alguno.

El segundo: habiéndole dado á criar, á pocos meses pareció preñada el ama; y habiendo cobrado aquel viejo venerable, que de él cuidaba, porque ya se iba muriendo, no hallando quien le diese leche, desde los nueve meses (que solos

ellos mamó) lo sustentaron con cosas líquidas, y pan con vino, y en creciendo á tres años aborreció el vino, y en cerca de sesenta no lo bebió jamás.

El tercero: crióle pobre, porque lo era quien lo criaba, y siendo un poco mayor iba á guardar tres ó cuatro ovejas de su padre putativo, y así pasó aprendiendo también los primeros rudimentos de las letras y de la Fe.

El cuarto: dióle Dios gracia con todos, y lo amaban, y era generalmente agradable.

El quinto: dióle entrañas pías, y más para los pobres; y de menos de siete años, hallando un niño desamparado fuera del lugar, lloviendo, lo trajo sobre sus hombros, para que no padeciese.

El sexto: con darle Dios tan buenas inclinaciones, con todo eso de muy poca edad (que le parece llegaría á seis años) ya comenzaba la malicia á obrar en él; y antes de rayarle la razón, no se atreverá asegurar, que dejase de ofender á Dios. ¡Oh dolor mayor, que todo dolor! ¡Que se anticipe á la razón la culpa, y la sinrazón!

El séptimo: estando en esta pobreza y miseria, puso Dios en el corazón á su padre natural, para que lo conociese y diese estudio, y amase mucho; pero él obraba con poca inclinación á las letras, y sólo por el temor, declinando y negán-

dose á lo bueno, y abrazando y abrazado de lo malo.

El octavo: viendo á este niño con otros, que estudiaban, un Obispo muy santo, y que hizo algunos milagros, confesor de Santa Teresa de Jesús, le apartó y entró en un aposento, y le dijo, que había de ser dichoso, con una grande exclamación, diciendo: *¡Oh, qué buena ventura tendrás, niño!*

El noveno: crecía en la edad y se iba torciendo en las inclinaciones; y ya gravemente iba ofendiendo á su Creador; y aunque obraba con color de vergüenza en lo exterior, pero sin cuidado de limpieza de su alma en lo interior; sólo que se confesaba frecuentemente, y nunca le parece que calló pecado alguno.

El décimo: tenía una tía religiosa y muy Santa, y que hizo Dios por ella algunos milagros, y está escrita su vida en las Crónicas de su Orden. Esta siempre que veía á este niño le decía, que fuese muy devoto de San Pedro, y que no le dejase de rezarle cada día un *Pater noster* y un Ave María, y así creo que lo hacía siempre, aunque no se acuerda bien.

El undécimo: de esta suerte, con una exterior modestia y composición (pero sin el debido conocimiento de Dios), creciendo en él las pasiones con la edad, contenido sólo de la vergüenza, in-

currió en diversas culpas graves, nacidas de diferentes pasiones. Y cayendo y levantando llegó á la edad de diecisiete años, habiendo estado en dos Universidades, aprovechando muy poco y perdiendo mucho tiempo (aunque tuvo siempre maestro dentro y fuera de su casa, por el gran cuidado que siempre tuvo su padre con su buena educación).





CAPITULO V

Obliga Dios con nuevos beneficios á este pecador, y él camina ingrato á su perdición de los dieciocho años á los veintiocho.

Los cargos que Dios puede hacer justamente á este pecador, y él los reconoce, y adorando á su Creador y Juez los confiesa y los teme (aunque esperando en su bondad, los adora), son los singulares y raros peligros de que lo libró en diversos tiempos. En este período de los dieciocho años á los veintiocho, que fueron tales, que quiebran el corazón, de que haya hombre tan fiero, tan inhumano, bárbaro y bruto, que se haya atrevido á ofender á tal bondad sobre tales beneficios: y asimismo el número grandísimo de culpas graves, y gravísimas, que este ingrato pecador, á vista de tales finezas, ingrata y bárbaramente cometió.

El primer beneficio fué, que habiéndole po-

dido Dios en todo el tiempo antecedente castigar y condenar por tantas ingratitudes, le perdonó y aguardó para que se arrepintiese.

El segundo: habiendo ido á una grande Universidad, le dió medios muy bastantes para salvarse, y en todo lo natural, honra, estimación, entendimiento y agrado; buenos maestros, lucimiento, y estimación en su casa y su familia; y él de todo hacía medios para perderse; y en una exterior apariencia (si no de virtud de decencia) era la misma flaqueza y una viva hipocresía. Y Dios á esto, perdonar y perdonar, aguardar y aguardar; y ya cayendo, como ya levantándose este miserable pecador, siempre flaco y pecador.

El tercero: perdió el tiempo, que después ha llorado; pues debiéndolo aprovechar, no aprovechaba, y malograba la hacienda y cuidado de su padre en su educación: y Dios sufrir y sufrir.

El cuarto: haberse dado, después que salió de la Universidad, á todo género de vicios, de entretenimiento, de deleite y desenfrenamiento de pasiones; de suerte, que llegó un año á no cumplir con la Iglesia. Y Dios lo sufría y aguardaba su enmienda: mas él porfiaba en perderse y condenarse.

El quinto: no tenía freno alguno en el pecar, ni en la ley de Dios, ni en lo que se debe amar su bondad, ni en lo que se debe temer su justicia,

ni en las penas del infierno: y Dios lo aguardaba, llamaba y esperaba.

El sexto: estar expuesto á pecar y rendirse á solicitarlo, con tanto olvido de Dios, como si no fuera cristiano y hubiera de ser eterno; y todavía lo sufrió la Piedad, cuando clamaba justamente contra él la rectísima justicia.

El séptimo: llegar á írsele amortiguando la Fe con leer historias y sucesos de gentiles, y ser tan mala su vida, que todo lo del mundo le parecía grande y digno de estimación; mas lo de Dios y del cielo lo miraba tan lejos, que apenas lo divisaba: y Dios callaba y sufría.

El octavo: haber sido los pecados que cometió contra diversos Mandamientos, en su gravedad y en su substancia gravísimos, en tanto número, que fueron sobre las arenas de la mar: y todavía aguardaba la Piedad, y tenía atado el castigo, que pedia la justicia.

El noveno: entre esta mala vida, haberle Dios sustentado y defendido, para que no cayese en la última y mayor perdición; aunque parece que no podía ser esta mayor, pues obró tan mal á vista de los siguientes beneficios.





CAPÍTULO VI

De otros beneficios que Dios hizo á este pecador en estos diez años.

El primer beneficio fué el no haberle arrebatado la muerte en el fervor de estas culpas y maldades tan repetidas y graves, y condenado al Infierno.

El segundo: haberle contenido y defendido para que no perdiese la Fe, que aunque de esto no fué tentado; pero perdida del todo la Caridad, anda arriesgada la Fe.

El tercero: haberle contenido para que entre tantos pecados y maldades, no perdiese el honor y estimación con los superiores, para que ese freno le moderase y redujese del despeñadero al camino.

El cuarto: que andando envuelto en pasiones y culpas, le dió ánimo clemente y amigo de per-

donar, y pudiendo vengarse (estando ofendido) perdonaba con gran gusto.

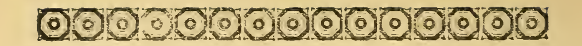
El quinto: que habiéndole querido matar á él un hombre noble, y poniéndole en el pensamiento el demonio, que era mejor que este pecador se anticipase á hacerle matar á él, le ayudó Dios para que no lo hiciese, ni ofendiese; ni por su orden, ni por su mano agravió á nadie en vida, hacienda, ni honra; aunque le imputaron que había excedido en esto, estando en ello inocente.

El sexto: que habiendo sido inclinado á las armas (aunque juzga de sí, que era más por abrazar en ellas la libertad para pecar, que por valor natural), persuadido su padre de un deudo y amigo suyo, que iba á gobernar en Flandes una de las mayores plazas de aquellos estados, que le entregase á este pecador y lo llevaría consigo, lo rehusó su padre, diciendo que quería que estudiase. Y después caminando este pecador á la Universidad, y este gran soldado á Flandes, por dos horas dejaron de concurrir en un lugar, y dijo después este gran soldado y caballero, que si hubiera concurrido, se lo hubiera llevado á Flandes consigo. Y este pecador se fuera sin duda alguna con él en la ocupación militar, y expuesto á tantas miserias y distraimientos, y tan grandes pasiones, se perdiera; y Dios por su bondad infinita le desvió este peligro.

El séptimo: haberle Dios, entre tantos vicios y pasiones, conservado el ánimo sin codicia; antes bien liberal, caritativo, y aficionado á hacer bien y amparar á los pobres y desvalidos, y á todo lo bueno que no ofendiese, y se encontrase con su propia voluntad, ó con las pasiones que dominaban su alma.

El octavo: haberle conservado y dado ánimo recto de hacer justicia y razón, y de aprobar con el juicio (ya que no con las costumbres) lo bueno, y parecerle mal lo malo; y habiendo comenzado de veinte años á juzgar y gobernar en los lugares y villas de su padre, siempre obró (en cuanto alcanza) en el gobierno y judicatura, con dictamen de razón, de derecho y de verdad.

El noveno: haber conservado algunas devociones (aunque muy muertas y remisas) como la de oir misa, comunmente en todos los días, el rosario de la Virgen, rezar alguna cosa cada día á San Juan Bautista y á San Pedro. Y si no es en cierto tiempo que mal acompañado con los de su calidad vivió más roto y desenfrenado, en todo el antecedente y siguiente, ó lo enfrenaba la vergüenza, ó sentía ofenderla llevado de sus pasiones.



CAPITULO VII

De los peligros que Dios libró á este pecador, avisos que le dió en medio de sus gravísimas culpas, y cargos que de esto le puede hacer.

Los peligros de que Dios libró á este pecador por sola su bondad y misericordia hallándose deservido, y lo que es más, ofendido gravísimamente, librándole á un mismo tiempo, y con un mismo socorro, de la muerte temporal y de la eterna, por estar entonces (casi siempre que sucedió el hacerle este gran bien) en su desgracia (entre otros muchos que ignora), son los siguientes, que tenía siempre presentes para llorar de dolor de haber ofendido á tal Señor, y de amor de tales, tan grandes y tan repetidas misericordias.

Lo primero, habiendo salido una noche con su familia á bañarse al río, se apartó de los demás y se fué acercando por el agua hacia el raudal,

que le llevaba á un molino: él nunca supo nadar y perdió pie, porque estaba muy hondo. Ibanle llevando á ahogar, y sin saber quién, ni cómo, lo libraron (no habiendo allí persona alguna) y salió descolorido y espantado del peligro, é ignorando cómo lo sacaron de él.

El segundo: en otra ocasión andando á caballo al lado de un gran despeñadero, tropezó la mula, que iba á despeñarse en él, donde sin remedio había de morir, y Dios por su bondad lo salvó de aquella muerte.

El tercero: en otra ocasión, andando por otro despeñadero (si bien entonces seguía pasos de espíritu y trabajaba en su ministerio) le sucedió lo mismo.

El cuarto: en otra ocasión, al pasar un río estuvo ya la mula rendida del raudal, y Dios la libró y no tenía remedio si caía por la fiereza del raudal.

El quinto: en otra ocasión, en medio del fervor de sus malas costumbres, le sucedió lo mismo pasando cerca de un río muy grande.

El sexto: en cierto lugar, habiendo llegado á una casa donde le tenían alojado, ignorando que una ventana muy alta no tenía antepecho, se fué á arrojar á obscuras por ella, creyendo que lo tenía; entonces iba con otro compañero, que lo era en sus travesuras; y sin saber por qué causa,

se detuvieron, hasta que trajeron luz y huyeron su muerte y condenación en su peligro.

El séptimo: estando en otra casa escribiendo la traducción de la vida de cierto varon santísimo de la religión de Santo Domingo, llamado el B. Enrique Susón, cerca de una ventana muy alta lo llamaron, porque le querían hablar en las piezas de afuera; dijo que entrasen á dentro y luego le dió un movimiento de salir á fuera, y así como salió, cayó la ventana de madera, que se desencajó de los goznes ó tornillos, y dió sobre la mesa y papeles que escribía. Y si se hubiera detenido, diera sobre su cabeza, donde era fuerza quedara muerto sin remedio.

El octavo: andando en sus travesuras soñó una noche que estaba en la Plaza, á donde solía acudir, y que caía un rayo del Cielo que lo iba á acabar y consumir, y que después un religioso dominico (que él juzgaba que era aquel varón Santo Enrique Susón) lo llevaba por unos claustros á su celda, y allí se confesaba generalmente. Y este pecador lo hacía con grandes lágrimas y llorando, y bañado en ellas despertó; pero él porfiaba en cometer despierto las mismas culpas, que confesaba dormido.

El noveno: habiendo muerto su padre, á cuarenta leguas donde este pecador se hallaba, sintió un día á las tres de la mañana sobre sí un

grande peso y oyó que tres veces le llamaron por su nombre: *Juan*, *Juan*, *Juan*, y las tuvo por voces de su padre, y temiendo no fuese muerto, preguntó por vana curiosidad por la salud de su padre á un astrólogo que decían que adivinaba lo ausente (aunque este pecador burlaba de ello) y le dijo que estaba bueno su padre, y aquella misma noche, que oyó estas voces, había muerto á cuarenta leguas de donde esto sucedió: dándole Dios este aviso, ó para que se enmendase, ó para que rogase por su padre, ó para que le imitase en las virtudes, que fueron grandes. Pues siendo señor de estado y título, fué templadísimo en todo y nadie le vió desnudo, y se levantaba á las tres de la mañana á rezar el Oficio y devociones de su orden militar de Santiago (de que era Comendador) y no dejaba de comulgar cuando su iglesia lo ordenaba, y otras muchas veces al año, y trató bien á sus vasallos y en todo fué muy ajustado y virtuoso.

El décimo: prosiguiendo este pecador en sus vicios, estando una noche á la puerta de su casa descuidado, lo quisieron tirar de arcabuzazos unos hombres que le aborrecían, y estando ya para hacerlo, otro de los que allí estaban, los persuadió que lo dejasen, y así escapó de la muerte temporal y de la eterna.

El undécimo: en otra ocasión también le bus-

caron para matarle y Dios deshizo este peligro como el otro.

El duodécimo: en otra ocasión, víspera de San Pedro Apóstol, teniendo cargadas unas pistolas con que andaba de noche en sus travesuras, teníalas sobre un bufete, en el cual estaba doblado un lienzo de la Transfiguración (que lo había de hacer poner en un marco), y debajo de este lienzo había una mano de papel y al lado una vela encendida sobre una bujía; fué á tomar la pistola, que estaba cargada con ocho postas y no juzgó que tenía el gatillo levantado, y al tomarla é irla á poner en la cinta para salirse de casa, se disparó, estando la boca del cañón hacia su pecho, dió toda la munición hacia este pecador derechamente á dos palmos de su cuerpo y escondió el papel y apagó la luz, y con el lienzo le dió en el pecho y derribó en tierra y creyó ser muerto. Trajeron luz, vió que no estaba herido, buscó las balas y halló que las había recibido todas el lienzo de la Transfiguración que estaba interpuesto entre la pistola y su cuerpo, y habiendo pasado todas las dobladuras, que eran siete, quedaron sin penetrar á la última. Y con haber recibido este pecador una misericordia tan patente, con todo eso, como si fuera de bronce su corazón (¡oh loca juventud, oh pasiones fieras y desenfrenadas!) volvió á cargar la pistola y tomó

otra y salió á perseverar y proseguir en una tan perdida y desbaratada vida.

El décimotercero: en otra ocasión, después que conoció á Dios, lo buscaron para matarle, y habiéndolo hecho, les quitó Dios del pensamiento esta determinación.

El décimocuarto: en otra, habiendo dado bastante ocasión á una persona para matarle, y teniéndole enojado y ofendido, y él con armas y este pecador sin ellas, le perdonó y le libró Dios de la vida y muerte eterna.

El décimoquinto: habiendo entrado diversas veces donde había una víbora de picadura mortal sin remedio, no le ofendió. Y de este género de peligros ha tenido hartos parecidos á este.

El décimosexto: en otra ocasión navegando, estando pensando cosas (aunque no malas, pero bien ajenas de su ministerio), dió un golpe de mar en la misma popa donde estaba y rompió las tablas del navío que caía hacia aquella parte, y entró el agua hasta donde estaba y le atemorizó de suerte (porque era la media noche) que el golpe, la confusión y el peligro pudo serle aviso de lo que convenía ajustar los pensamientos y proporcionarlos (aunque no sean positivamente malos sino vanos) con la calidad de los oficios que sirve el que fuere sacerdote.



CAPITULO VIII

De otros beneficios de bienes de fortuna que Dios hizo á este pecador, y cargos que le puede hacer por ellos.

Otras misericordias hizo Dios á este pecador; de esto que llaman fortuna, que no es sino providencia, ordenación ó permisión de Dios, que debieran haberle abierto los ojos por lo humano, ya que era tan torpe y ciego que no los abría para lo bueno y divino.

Lo primero: hallándose por su indignidad sin las partes necesarias para subir ni ascender á puestos grandes, hizo Dios disposición para que fuese conocido de su rey y ministros, y no conocido como él era, sino como debía ser.

Lo segundo: le dió Dios gracia para que se hiciera amable á los Superiores, y que les agradase su ingenio, habilidad y capacidad, suponiendo en él muchas virtudes, de las que real-

mente no tenía, con que le dispusieron á mayor fortuna.

Lo tercero: habiéndole dado á él, indigno y sin merecimiento alguno, sólo por la bondad de su rey y de sus ministros, de veintiseis años de edad, ocupación y plaza dentro de los Consejos Supremos, tan superior á sus méritos, que ni él sabía, ni podía bastantemente cumplir con las obligaciones del puesto; y aunque estos eran peligrosos para el alma, pero para reconocer este beneficio, como de permitir Dios, que le diesen con esto más honor, estimación, comodidades y riquezas, bien se vé si debiera reconocerlo y servirlo á su bondad infinita.

Lo cuarto: haberle dado con esto disposición á hacer bien á muchas personas de su obligación, su casa y familia, á que él era sobradamente propenso.

Lo quinto: haberle dado Dios, con la mayor honra y estimación, una disposición proporcionada para cubrir más sus vicios, y aunque para abrirle el entendimiento y ablandarle el corazón inclinárselo á ser moderado en las pasiones, y con las ligaduras del honor, y obligaciones del puesto dejar de hacer muchas cosas que sin él y con ellas se arrojara, perdido el freno de la razón y roto el de la vergüenza, á ser peor. Que era tan loco este pecador (¡oh, bondad Divina!), que

hacía por la vanidad y la opinión lo que no quería hacer por su Dios y Creador.

Lo sexto: haberle librado Dios con el puesto de Ministro de las malas compañías con quien antes andaba perdido, de los mozos nobles de su edad y calidad, y ponerlos en otro lugar y empleo, donde comunicase á hombres cuerdos, ancianos, virtuosos y que en todo le enseñaban, como eran los Consejeros y Ministros de su rey, compañeros en su misma ocupación.

Lo séptimo: con esta ocasión de haberle promovido á Plaza de los Consejos, haberse detenido en hacer un casamiento, que tenía muy poco menos que concluído, y aunque era según su calidad, pero no según la vocación, que Dios después le ha dado de hacerle Sacerdote, por su infinita bondad, con que perdía este bien.

Lo octavo: haberle el Ministro superior advertido que no mudase el hábito eclesiástico en que andaba, con lo cual le quitó el intento de casarse. ¡Oh, ambición humana, que pronto mudas las vocaciones! Y así prosiguió con el hábito eclesiástico, con que siempre anduvo, y con eso quedó con disposición de ser Ministro de Dios, y le dieron renta eclesiástica y prebenda que gozaba con la plaza de Ministro de su Rey.



CAPÍTULO IX

Cargos de misericordias contra este pecador, cuando Dios lo sacó de las nieblas y tinieblas de la culpa, y le dió luz en los diez años siguientes, desde los veintiocho hasta los treinta y ocho.

Viviendo ciego este pecador, preso, aprisionado y cautivo de diversas, graves y fuertes pasiones, la divina misericordia, mirándose á sí misma, compadecida de tan terribles miserias, lo fué alumbrando y sacando de aquella cautividad con admirables modos, y tales, que no lo bastara este pecador á servir, si una eternidad estuviera obrando en tan justo y debido desempeño.

Lo primero: como quien poco á poco amansa á una fiera, le fué ablandando el alma y haciendo más discursivo el entendimiento en lo bueno, menos brava y torcida la voluntad á lo malo,

inclinándola más á lo mejor, pareciéndolo peor lo escandaloso, alumbrándole la memoria para que se acordase de tantos y tan grandes beneficios.

Lo segundo: permitió, que dejando vicios mayores, se inclinase á otros menores en su ejercicio y que desease puestos y opinión, y para ello se mesurase y compusiese, y por lo menos en lo exterior se reformase y en lo interior se templase. ¡Oh, eterna bondad! ¡Que de nuestras mismas imperfecciones y daños, haceis disposición á nuestro remedio!

Lo tercero: teniendo dignidad eclesiástica con el puesto, que servía de ministro, le fué poniendo Dios en el corazón, que se ordenase y para eso reformase sus costumbres; avisándole el dictamen y la luz de tantas obligaciones como trae el estado de sacerdote y Ministro del altar, de que antes no hacía caso; disponiendo su ánimo á que se ordenase de sacerdote y que para eso mudase vida y se mejorase.

Lo cuarto: habiendo muerto á un mismo tiempo dos hombres grandes (cada uno en su género) en aquella gran corte, donde él servía (el uno, grande letrado y orador; y el otro, gran presidente, señor, poderoso, rico y regalado), le puso Dios presentes estos dos hombres á la consideración frecuentemente, diciendo: ¿Quie-

res fama de orador, de docto, de sabio, de entendido? Mira aquel orador, tendido sobre un paño de bayeta, con su estudio hecho, pasto de gusanos, que en eso has de parar con tu fama y opinión. ¿Quieres poder, presidencias, riquezas, grandezas, gustos, regalos? Mira aquel presidente, poderoso, rico, grande, regalado, en un féretro, rodeado de hachas, que lo llevan á enterrar y á ser compañero de la corrupción, del asco y de los gusanos. Esto es lo más que puedes conseguir con tus deseos. Mira en qué paran los deseos humanos, ambiciosos y mundanos.

Esto le daba frecuentemente el señor y le ofrecía á modo de ilustraciones y con discursos, las más veces sin discurso, y le fueron aprovechando muchísimo.

Lo quinto: le sucedió que tenía una hermana (á quien amaba mucho), dama de la Reina, y le dió una enfermedad gravísima y estuvo para morir. Y estando un día este pecador en los corredores de palacio aguardando por momentos nuevas de su muerte, se volvió á Dios y le dijo (y creo que fué la primera vez que con afecto del alma habló á Dios): que hacía propósito (no se acuerda si fué voto) de no vestirse de seda en toda su vida si daba salud á su hermana. Mejoró la enferma, y aunque con larga convalecencia, curó. Y este beneficio también le amansó y

ablandó el alma. Cumplió el propósito, aunque no dejaba del todo sus pasiones, harto peores que la seda, porque tenía hondas raíces en su torpe y engañado corazón.





CAPÍTULO X

Estrecha Dios más la vocación de este pecador con nuevos beneficios sobrenaturales.

Estando ya algo más blanda el alma de este pecador, y menos brava, aunque no del todo reducida á Dios, pero no tan enemiga, obró su Divina Majestad con él, para reducirlo, las siguientes misericordias, dignas de llorar con lágrimas de sangre por mal servidas, y de gozo por haber sido tan piadosamente dadas.

Lo primero: en más de cuatro ó seis meses le rodeó una claridad suavísima y clarísima en cualquiera parte donde iba, con un género de conocimiento y evidencia de que era aquella luz de Dios, y que allí con particular modo estaba Dios, que aunque él quisiera pensar en otra cosa, ni otra cosa, no podía; y le sucedía andar por el sol, y resplandecer más por él aquella claridad que el mismo sol; y su alma, que veía aquella cla-

ridad, y por ella aun los ojos de su cuerpo, recibía tal consuelo, luz y conocimiento con aquella claridad que le rodeaba y le iba despertando á tantos y devotos pensamientos; porque esta misericordia le fué trocando el alma, ablandando y suavizando más y más, dándole movimientos de salud y vida eterna. Y aunque era exterior la luz; pero obraba en lo interior, abriéndole los ojos á la verdad y amansando el natural, que estaba bravo y duro con las pasiones, para que oyese, atendiese y considerase lo que Dios le proponía, solicitándole á la mudanza de vida.

Este género de presencia divina, pasiva y dada, no la ha tenido jamás (sino entonces) de esta manera en treinta años que ha que se ejercita en frecuentar la presencia de Dios.

Lo segundo: le quitó en más de ocho meses todo género de tentaciones malas; de suerte que las que después le afligieron mucho tiempo, estuvieron suspendidas hasta que cobrase fuerzas el alma para poder con la gracia resistir.

Lo tercero: le dió deseo de leer libros devotos, y comenzó á leer los *Opúsculos* del docto y espiritual Belarmino, las *Confesiones de San Agustín*, de que sacó gran provecho, y la *Vida de Santa Teresa*, y con esto se comenzó á inclinar á hacer una confesión bien hecha, porque aunque las que había hecho nunca fueron callando cul-

pas, pero volviendo tan brevemente á incurrirlas que siempre tenían contra sí la sospecha de malas é imperfectas, ya por la falta de dolor y contricción ó por la del santo propósito de la enmienda.

Lo cuarto: le encaminó Dios á un religioso descalzo de San Francisco de los de San Pedro de Alcántara, de grande y merecida opinión de Santidad, con quien se confesó, y le dijo que deseaba enmendar la vida, á quien animó este santo religioso, diciéndole que mirase lo que sacaba Dios de entre los muchos que dejaba condenar para que le sirviese. Y esto le animó muchísimo.

Lo quinto: se resolvió á recibir el orden sacro, y para eso disponerse con la santa confesión y comunión, y á tomar con grandes veras el salvarse, y le fué dando Dios dulzura, docilidad y suavidad en el alma para lo bueno, y comenzó á tener aversión, si no odio y aborrecimiento, á lo malo. Y esto se lo hallaba hecho; de manera que si á este pecador le dijeran que jurase si él lo obraba por sí ó porque se lo daban y ayudaban á que obrase, no podía jurar, sino que tenía tan poca parte en ello, como tendría un niño muy pequeño, en andar á caballo una jornada por ásperos caminos, sin hacer él apenas más que dejarse llevar.

CAPÍTULO XI

Dios le fué haciendo nuevas misericordias á este pecador, que son nuevos cargos, por no haberlas servido como debía.

Púsole ya Dios en deseo de ordenarse, siendo ministro Real en los Consejos, y para ello disponerse bien, ofreciéndole dictámenes al intento, como eran, proponerle la alteza del ministerio, el servicio del Señor, lo que debía llorar, y hacer penitencia de una vida tan perdida.

Lo primero: le puso en que debía satisfacer á las culpas pasadas dignamente, y con proporción á su grande gravedad, purificar bien la conciencia; para eso lo inclinó á la penitencia, comenzó á considerar cuán ciego y perdido había vivido hasta allí; cuánto tenía que llorar, tales, tan grandes y tan repetidos pecados. Comenzó á tener oración, á madrugar, á llorar y hacer ejercicios de penitencia. Y solía levantarse á las

tres de la mañana, otras más temprano en el invierno y lloraba voz en grito sus culpas, pidiendo misericordia. Y otras (con la luz y alegría de haber salido de tan dura servidumbre á tan dulce libertad) en voz alta, sin poderse contener, cantaba himnos, cánticos y alabanzas al Señor.

Lo segundo: echó de sí toda vestidura preciosa, se vistió de paño de bajo precio, se desnudó del lienzo, y vistió túnica de jerga con unos calzones de lienzo ó paños menores de anjeo; sin otra cosa anduvo algunos años con unas medias caídas que sólo sirviesen á que no le pudiesen ver descalzo por la nota, siendo ministro y consejero del rey.

Lo tercero: por las mañanas andaba descalzo de pie y pierna en su cuarto, hasta que abría las puertas, sin que nadie lo viese, y esto en el rigor del invierno

Lo cuarto: echó de su casa todas las alhajas de precio, la plata y cuanto tenía precioso.

Lo quinto: habiéndolo dejado un cuadro de San Juan Bautista con una guarnición de plata por la devoción que tenía al Santo, mirando un día á la imagen, vió que la guarnición se volvió como una culebra: ya lo viese con los ojos del cuerpo, ya del alma; pero obró de suerte, que al instante quedándose con el cuadro, le quitó la guarnición, y le parecía que era el movimiento

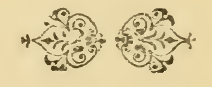
interior tan eficaz, que no tuviera fuerzas para retirarse aunque quisiera.

Lo sexto: envió á pedir un hábito de San Francisco de capuchino, y todas las noches se lo vestía, pidiendo al Santo que intercediese con Dios que le perdonase. Y así durmió algún tiempo sobre una tabla debajo de una escalera de su cuarto.

Lo séptimo: se daba todos los días muy ásperas disciplinas, padecía grandes hielos y fríos; comenzó á hacer ayunos frecuentes, domar y mortificar su carne lo que podía.

Lo octavo: traía cilicios ásperos de latón, de cuerdas, de cadenillas y de otras cosas, dos, tres y cuatro á un mismo tiempo.

Lo noveno: todo esto lo obrava con el consejo de su confesor, estándole muy obediente y sujeto.





CAPITULO XII

De otras misericordias y cargos que puede hacer Dios á este pecador, y como se ordenó de sacerdote.

Resuelto á ordenarse de sacerdote, le puso Dios en el corazón que no lo hiciese con dispensaciones, sino á su tiempo, y con prevención de una á otra orden y con frecuencia de Sacramentos, oración y penitencia.

Lo primero: para esto se quitó la barba y mudó totalmente el traje exterior, y como había sido antes muy aliñado y lucido y de veintiocho años de edad, salió de repente de esta suerte, fué muy censurado y murmurado en la corte, tanto, que hubo algunos (y no pocos) que lo tenían por loco, otros por hipócrita y otros por necio. Y de esta suerte comenzó á disponerse á seguir el camino del espíritu y entrar en las órdenes sagradas.

Lo segundo: todas estas censuras las llevaba con alegría y consuelo, siguiendo los movimientos interiores del espíritu, registrados por su confesor, cerrando los ojos y los oídos á cuanto decía el mundo, y si alguno le preguntaba la causa de tal mudanza, decía: Porque en los naturales tan perdidos, como el mío, más cerca está el sacerdote lucidamente vestido de la calle Mayor y del Prado, y de allí otros deleites escandalosos, que deslucido y es menester torcer de suerte hacia esta otra parte, que se á afrenta mía intolerable verme jamás en la otra.

Lo tercero: después de haber hecho confesión general, así como iba recibiendo las órdenes, iba creciendo en las devociones y disposiciones, y en las penitencias, y asperezas y la frecuencia de sacramentos, de suerte, que para las órdenes menores, los frecuentaba de ocho á ocho días: para Epístola dos veces cada semana: para Evangelio, á tercer día: para misa era la comunión cuotidiana. Y á este paso crecía la oración y la mortificación.

Lo cuarto: tenía por ejercicio el pedir en cada comunión una virtud, y procurar vencer un vicio, ejercitándose en esto, ya por días, ya por semanas, y con esta procuraba ir venciendo con la gracia las malas inclinaciones, y rindiendo, domando y desterrando la envejecida costumbre.

Lo quinto: le hizo Dios en este ejercicio rarísimas mercedes, porque palpablemente sentía que le iban desnudando del viejo Adan en el alma y vestían del nuevo, y sentía que le quitaban la ira (esto es que le templaban) y se hallaba en pocos días, manso, apacible y suave. Que le desnudaban la soberbia, y apetecía cosas humildes, y tomaba la escoba y barría su oratorio y su cuarto. Que le quitaban el amor á las riquezas y le daban santo amor á la pobreza. Que le quitaban del amor propio y le daban odio á su cuerpo y á la carne, y se abrazaba con la cruz y penitencia. Y esto era tan práctico, tan eficaz y ejecutivo, que no sólo lo veía en lo que obraba, sino que lo sentía interiormente y lo conocía en los sentimientos del alma, y decía: «Parece que ahora me ha quitado Dios este mal hábito», como si sintiera una persona que le quitaban de los hombros una capa. Y aunque conocía que le quedaban las raíces de estos vicios y el fomento de las culpas que siempre queda en el alma; pero en sus ejecuciones sentía y conocía estos notables efectos y reconocía que todo le resultaba de comulgar y recibir al Señor con aquel intento de que le quitase los vicios y le diese las virtudes.

Lo sexto: con la oración y los sentimientos de dolor y culpas le fué Dios dando muchas lágrimas y motivos nobles de dolor. Como eran ha-

ber ofendido á un Dios tan bueno, tan grande, tan inmenso, que tantos beneficios le había hecho; y así después de ordenado, y aun antes, lloraba con vivas lágrimas muy frecuentemente sus culpas, y con la consideración de los oficios divinos, crecía con el dolor el amor á Dios por haberle dado luz, y perdonado y hecho tan grandes mercedes á vista de tantas culpas.





CAPITULO XIII

Recibe nuevas misericordias del Señor este pecador, cargos que su bondad puede hacerle si no procura servirle.

Con haberse ordenado con estas disposiciones, fué cada día recibiendo del Señor nuevas y grandes misericordias.

Lo primero: le fué haciendo fervorosamente devoto de la Virgen, poniendo en el corazón que nada hiciese ni ofreciese á su Hijo benditísimo, que no fuese en su presencia y por su mano.

Lo segundo: le fué apartando de ocasiones y obrando á la proporción de la vocación, retirándose dentro del mundo, del mundo.

Lo tercero: en los días que podía decía la misa muy despacio, y en los solemnes tardaba algunas veces (con efectos amorosos y sentimiento de dolor y penitencia) cinco, seis y siete horas en cada misa rezada.

Lo cuarto: se formó diario de lo que había de hacer cada día, desde que se acostaba y levantaba, como si obedeciese en cada hora y ejercicio á la Virgen, á quien tenía por superiora y prelada.

Lo quinto: se hizo regla y constituciones (que se hacía al fin de la confesión) para guardar los propósitos; la cual, con el consejo de sus Confesores, guardó muchos años á la letra, y después dispensada en algunas cosas por su edad y enfermedades, ha procurado guardar, aunque con hartas miserias é imperfecciones.

Lo sexto: guardaba las Cuaresmas de San Francisco glorioso y casi todo el año ayunaba, y apenas eran doce días los que comía carne.

Lo séptimo: le dió á Dios la fruta, y desde entonces, sino es rarísimas veces, en treinta años no la ha comido jamás.

Lo octavo: tomaba tres disciplinas todos los días, ó una por tres cuando no había disposición de que fuese en diversos tiempos; ordinariamente con disciplinas de alambre; y esto ha hecho en estos treinta años comunmente, sino es cuando no había para ello disposición, y entonces lo hacía cuando podía, con pellizcos en los brazos, como lo enseñó la Virgen á un su devoto que lo hiciese cuando no las pudiese tomar de otra manera sin nota. Esto está en el libro del B. Alano.

Lo noveno: se puso cilicio perpetuo y ese ha traído siempre y dormido con él comunmente. Y esto ha durado, sino es que por enfermedad el Confesor se lo haya alguna vez quitado.

.Lo décimo: se quitó desde los principios el lienzo y siempre ha traído túnica de lana más ó menos gruesa, y lo mismo en las sábanas cuando ha dormido en cama.

Lo undécimo: á los principios, y en diversos tiempos después, solía dormir en una tarima sobre la tabla rasa, cubierto sólo con un manteo ó una manta, y allí pasaba grandísimos fríos; de suerte, que le parecía que le mudaban camisas de hielo, y no sabía cómo aquel tormento le podía ser tolerable.

Después, dispensado por la edad, parte por la flaqueza, parte por la dignidad, conservó cama; pero sin lienzo en las sábanas, hasta que Dios después le ha vuelto á que use de un jergón y una pobre manta, con que se cubre y un capote sobre ella, cuando hace frío, y se halla mejor así viejo, que en las más regaladas camas mozo.

Lo duodécimo: le puso Dios en que visitase los hospitales, llamase á los pobres, los regalase, sirviese y socorriese, y eso lo hacía cada semana, las fiestas ó los domingos.

Lo décimotercero. todas estas cosas se las daban tan dadas y tan sin trabajo suyo, y tan

arrojadas de arriba, que ni sabía cómo venían ni se hacían. Porque todo era dado con tan poca parte suya, que más parece que era un instrumento de la gracia, y por quién y con quién ella obraba estas cosas, recibidas de su alma, que no que él las obraba ayudado de la gracia. Porque ella lo arrebataba, lo llevaba, y él lo más que hacía era obrar y hacer aquello á que tan eficazmente lo llamaba la gracia, que no sabía como podía resistírsele, porque aunque conocía que tenía y le quedaba libre el albedrío, también sabía que iba libremente cautivo el albedrío de la gracia graciosísima de Dios.





CAPÍTULO XIV

Nuevos cargos y misericordias, y que la Virgen le imprimió el amor á su hijo preciosísimo y de qué manera.

Prosiguiendo estos ejercicios algunos años, tomó por costumbre: lo primero, hacer confesión general cada año desde aquel año; esto después de haber hecho diversas confesiones generales al principio.

Lo segundo: recogerse dos veces cada año á diversos conventos, por Navidad y la Semana Santa, á llorar sus culpas y á entregarse todo á Dios, y entonces estrechaba y avivaba más la penitencia y oración.

Lo tercero: solía quedarse toda la noche velando y orando en el coro, y después de una disciplina larga, se quedaba adorando al Santísimo y á su Madre preciosísima, y si le rendía el sueño,

pedía licencia y se recogía á un rincón hasta la mañana.

Lo cuarto: le sucedió (y esta fué la primer vez que comenzó á inquietarle el demonio) que velando á la Virgen Nuestra Señora, delante de una reja, que hacía antepecho á su altar, habiendo dormitado un poco, le despertó el ruído de una culebra grandísima, gruesa como el brazo, de más de seis varas, que corría por el mismo antepecho. Dejólo descolorido y espantado; invocó á la Virgen y volvió á perseverar en oración. Esto le sucedió en un convento de Dominicos, de quien él es muy devoto.

En otro convento de Religiosos Descalzos, una noche después de haber velado, orando gran rato sentado en el suelo, arrimado á un banco (no asegura si fué dormido ó despierto), se le puso la Virgen con su Hijo en los brazos muy cerca, como un paso de donde estaba, y el Niño se le iba acercando sin soltarlo de los brazos su Madre gloriosísima, y la Virgen le parece que le dijo: toma á mi Hijo ú otras palabras ó demostración como esta, que significaba que le ofrecía y le daba á su Hijo dulcísimo y suavísimo.

Así pasó esto en cuanto a corteza; pero los efectos que le causaron, son los que se siguen:

El primero: desde entonces le ha quedado un amor de Dios tan sensitivo y vivo y á su Ma-

dre gloriosísima, que en treinta años no ha habido apenas día en que no lo haya sentido vivísimo, y cada día, en todos tiempos, y aunque ha caído como flaco y miserable, siempre ha vuelto llorando de puro amor y dolor y nunca ha tenido este dolor sin el amor.

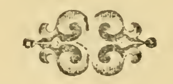
Lo segundo: desde entonces por la bondad Divina, aunque como miserable y el peor de los nacidos, ha caído diversas veces; pero nunca ha hecho amistad con la culpa. Y caído, ha procurado levantarse, y pecaba con dolor y volvía con amor, y diera la vida por no pecar. Y esta merced, que es muy grande, le debe á la Virgen y á su Hijo, y está creyendo que aquella noche la recibió.

Lo tercero: raras veces se acuerda de esto, que no sienta vivamente amor en su corazón, y le mueve á lágrimas tiernísimas de amor.

También en otra ocasión, estando enfermo y dormido, soñó que el demonio iba tras él, y que se subió este pecador huyendo á lo alto de un montecillo, y habiéndolo buscado allí para cogerle, se bajó huyendo y se arrojó entre innumerables pobres, y así, escondido entre ellos, miraba al demonio, que desde lo alto se la estaba jurando con el dedo en la frente, y luego volvió en sí y despertó.

Por este tiempo, estando leyendo una carta

impresa que habían escrito en cierta religión de las virtudes de un religioso, y que decía que los dolores eran pedazos de la Pasión del Señor, le dió deseo de padecer; y luego le vino un tan vehemente dolor de ijada, que le duró seis días, y le tuvo á pique de perder la vida; en él mejoró, visitado de su confesor (que era varón milagroso), el cual le puso la mano en aquella parte, y en muchos años no le volvió este género de achaque.





CAPITULO XV

De otras misericordias que Dios hizo á este pecador, y avisos que le dió hasta ponerlo en más alto grado en la Iglesia.

Prosiguió este pecador algunos años (que serían como diez) en esta vida interior de oración, dolor y penitencia, y sentimientos de amor y de dolor. Mas en medio de ellos fueron grandes las culpas, miserias y pecados en que incurrió. Porque aunque los socorros que Dios le hacía eran grandísimos, y su deseo de aborrecer al pecado y obrar lo bueno al paso que los socorros; después de esto fueron sus culpas muy grandes, señaladamente en atraer al alma propiedades y pasiones; era la misma flaqueza, y cuando menos pensaba, comenzando por lo bueno, se hallaba en lo más perdido y malo. Y llorando, penando, padeciendo y aborreciendo lo que pecaba, permitía Dios que tropezase

y cayese grave y gravísimamente, y purgase alguna secreta soberbia y vanidad que tenía entrañada allá en el alma; y que conociese con eso su miseria y tocase con las manos, que cuanto tenía que á Dios agradase, lo había recibido dado y muy dado de Dios, y que de suyo no era más que una sentina y manantial de vicios y maldades, y que sólo de Dios tenía cuanto tenía que no fuese lo malo y lo peor.

Y este conocimiento que ha cobrado después de muchas caídas (¡oh, Dios mío, dure y persevere en él y en él crezca sin caer!), le ha costado muchas lágrimas, penitencias, azotes, aflicciones y congojas, sintiendo vivamente que la humildad se fabricase en él á costa de ofensas de su mismo Creador, á quien sentía y tenía en su alma, sino como debía á la pureza de servirle, al vivo sentimiento de amarle y adorarle, porque éste, en medio de tantas culpas y miserias, nunca se le quitó; ni con ellas dejó de amar y llorar ejercitándose en una profunda guerra, ya vencido, ya venciendo; ya vencido de su flaqueza, ya venciendo en él la gracia. Y se acuerda que en una ocasión lloraron que la humildad y conocimiento propio lo cobrase á tanta costa de culpas, tomó la pluma, y, con vivo sentimiento de su alma, hizo estos ocho versos, que (aunque él nunca tuvo para esto habilidad) explican bien su congoja:

¡Oh cuán claras experiencias
las de mi conocimiento!
Pues que las cobro en mi daño,
si las logro en mi remedio.
Que os cueste siempre, Señor,
¡el humillarme ofenderos!
¡Oh, qué gran bien es el fin!
¡Oh, qué gran mal es el medio!

En este tiempo, pues, debe á Dios las siguientes mercedes, á las cuales mira con temor y con amor; con amor á quien tanto bien le hizo; con temor de que serán cargos en el juicio las mismas que aquí son misericordias.

Lo primero: debe adorar y adora eternamente á Dios, porque en tantos peligros, daños, culpas y caídas, siempre aborreció la culpa, el pecado y lo malo; y aquello mismo malo que hacía, lo aborrecía, lloraba y moría, porque no podía su flaqueza desasirse de aquello mismo que obraba.

Lo segundo: que nunca pudieron tanto sus pasiones, que lo despojasen de la penitencia ni del rigor de perseguirle; antes cuanto más flaqueza conocía en sí, tanto con más fortaleza se perseguía, castigaba y domaba, y á las culpas añadía ejercicios de dolor, de penitencia y rigor.

Lo tercero: debe á Dios, que nunca se le mitigó (á lo menos no le faltó), el sentimiento co-

tidiano del amor divino; antes crecía con el dolor y siempre sentía más haber ofendido á Dios, ó desviándose en algo de su santa voluntad, que el condenarse, pesándole mucho más dar disgusto á quien amaba, que destruirse y perderse, como se destruía y perdía.

Lo cuarto: por este tiempo (harto á los principios de su vocación), ya sacerdote, le mandaron ir acompañando á una gran reina muy santa, con puesto mayor del que él merecía: hizo una grande jornada por Europa y en todas partes le ayudó Dios y libró de grandes males, y conservó los dictámenes de agradarle, de servirle y no ofenderle.

Lo quinto: en las partes por donde andaba siempre procuraba hospedarse en conventos y retiros donde dentro de su ocupación (que era toda de Palacio) se daba á Dios todo el tiempo que podía, huyendo de vanas recreaciones.

Lo sexto: dormía (cuando podía sin nota) en una tarima. Y ya desde este tiempo comenzó el demonio abiertamente á perseguirle y ofenderle, y haciéndose dueño de sus sentidos exteriores (aunque no de sus potencias) lo afligía, oprimía y maltrataba. Particularmente, en una de las ciudades grandes que anduvo, le sucedieron muchas veces cosas notables en esto.

Lo séptimo: durmiendo en una ermita que había dentro de un convento de Carmelitas Descalzos, abrazado de una cruz (como acostumbra), en siendo las tres de la mañana ú otra hora semejante, sentía en la misma cruz dos ó tres golpes, con que lo despertaban, para que se levantase á orar y él lo hacía. Y aunque podía hacerlo el demonio para desvelarle y engañarle, pero siempre creyó que era su ángel y no el enemigo común; porque ordinariamente tenía buenos efectos, pues se levantaba, se disciplinaba, lloraba y oraba, pidiendo á Dios misericordia, y el demonio es más amigo de que el hombre ande dormido que no despierto.

Lo octavo: habiéndole Dios dejado, ó dado, ó permitido, para lastre de tantas misericordias, una gran tribulación que le ha afligido treinta años (y siempre ha pedido que se la quite, aunque con resignación), se la suspendía Dios casi todos los días solemnes. Y esto le causaba harto consuelo y descanso.

Lo noveno: habiéndose ofrecido una ocasión de gran peligro de su alma, en que se iba haciendo sobradamente á lo malo, lo tuvo Dios de su mano misericordiosa para que no incurriese en lo peor y no le volviese del todo las espaldas. Y le dió lágrimas y dolor para llorar el peligro y el daño, sin perder un punto el ansia de no enojarle

ni de no consentir en cualquiera cosa en que pudiese ofenderle.

Lo décimo: estando un día delante del Santísimo Sacramento (porque estaba descubierto) orando con gran fervor, mirándolo atentamente vió con los ojos del alma ó los del cuerpo, ó de la imaginación (no se atreve á asegurar de qué manera lo vió, sino que fué con gran claridad), en el aire un ángel que miraba á la Hostia consagrada y la señalaba con la mano derecha, según lo que le parece; y en la izquierda, que estaba hacia este pecador, tenía un poco de estiércol. Y le dieron á entender con esto que el estiércol era el mundo, y que no había otra cosa que desear sino á Dios.

Lo undécimo: desde este día se fué mitigando la ambición, de manera que positivamente no le parece que había cosa que desease, ni buscase, ni apeteciese, sino á Dios, con la parte racional; aunque la naturaleza tal vez ha hecho sus corcovos; más con tan gran señorío de la parte superior comunmente en treinta años, que de la misma manera deja que toma las cosas. Y menos que por motivos de servir y agradar á Dios, todos los puestos los dejaría fácilmente, y no le parece que haría ni dejaría de hacer cosa menos que por Dios y no por temporalidades de ambición por cuanto hay en el mundo. Y este bien y

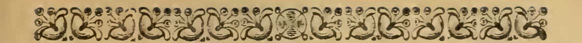
gracia ha crecido en él, cuanto ha crecido el darle su bondad más pureza de conciencia (si es que alguna vez la ha tenido) y constancia en la oración.

Lo duodécimo: le hizo Dios merced de que en una iglesia de Alemania, del Palatinado Inferior, en una ciudad llamada Preten, habiendo ido á ella á decir Misa, viese en un rincón arrimada una imagen de Cristo Nuestro Señor Crucificado, cortados los brazos y piernas por los herejes, que no lo habían podido aderezar en aquella pobre parroquia. Y cuando la miró le pareció que estaba rodeada de resplandor aquella Sagrada imagen, y que muy claramente le pedía que la sacase de allí; y lo rescató y trajo consigo siempre, y ha sido de gran consuelo y ha hecho algunos milagros, y le ha compuesto decentemente y nunca le ha faltado de su Oratorio; y la reconoce infinitos beneficios.

Lo décimotercero; en otra ciudad de Flandes le dieron una imagen del Niño Jesús, de madera, pequeña; la cual ha traído consigo ordinariamente, aun en las comunes jornadas y le ha hecho muchas mercedes por ella su original. Y en una ocasión, estando rezando con un capellán suyo el Oficio Mayor y en él las Horas menores, á las cinco ó seis de la mañana, en el Invierno, teniendo allí aquella imagen y un velón

para alumbrarse, se acabó el aceite totalmente. Y habiéndolo reconocido, viendo que se acababa la luz, encomendóse á aquella imagen, y pidiéndole remedio (por no inquietar á los que dormían para traerlo) comenzó á rebosar en el velón el aceite; de suerte, que no sólo lo llenó, sino que con virtud oculta crecía y subía hacia arriba y se derramaba por fuera, y se llenó una ampolleta de vidrio de aquel aceita. Y otras cosas poco menos maravillosas que esta ha hecho Dios por esta Sagrada imagen.





CAPITULO XVI

Prosigue este pecador en la penitencia, pero con hartos asimientos é imperfecciones y caídas, y dale Dios una gravísima enfermedad, y le reprende San Pedro Apóstol.

No puede negarse que si se hubiera de definir propiamente la flaqueza y debilidad, se había de decir que es la flaqueza el humano corazón. Y si hubiera de definirse la ingratitud, se había de definir: la ingratitud es el hombre. Y si se hubiera de definir la malicia: es el natural humano. Y si estas tres definiciones se hubieran de manifestar prácticamente en un sujeto, se podía con toda seguridad afirmar que la flaqueza, la ingratitud y la malicia práctica, ha sido y es este desdichado y perdido pecador. Porque siendo así que le hacía Dios tan grandes misericordias y lo sufría con tan grande tolerancia y le daba deseos de penitencia y algunos ejercicios, que parece

que lo eran, y sentimientos de amor; después de esto todo lo venció su flaqueza, su ingratitud y malicia. Porque teniendo buenos deseos caía infinitas veces; y en llegando la ocasión, en lo grave y en lo leve volvía á Dios las espaldas arrastrado de sus pasiones, miserias é imperfecciones. Y lloraba y pecaba, y pecaba y lloraba, y todo era levantar y caer, y llorar y pecar, y caer y levantar, y vencer y ser vencido; y por una parte penaba, llorando porque pecó, y por otra deshacía, pecando, lo que lloró; y de esta suerte vivía penando, llorando y padeciendo. Pero siempre le ayudaba Dios y tenía presente. Y en aquel tiempo puede hacerle, entre infinitos, los cargos siguientes:

Lo primero: nunca le dejó esta bondad infinita, que faltase la penitencia ni el dolor de sus culpas, ni que dejase el ejercicio de seguirle y de servirle, sino que si caía, lloraba y se levantaba.

Lo segundo: siempre, entre tantas pasiones y caídas, lo conservó en oración, y cuanto más caía más oraba, lloraba, se castigaba y clamaba. Y esta fué muy grande misericordia.

Lo tercero: en medio de culpas gravísimas, caídas y pasiones muy terribles (que son cargos de inmenso peso y medida que le ha de hacer y puede y debe hacer la justicia divina á este pecador), siempre lo volvía á sí su piedad y bondad;

lo buscaba como á ovejuela perdida y lo reducía y traía á dolor y á penitencia, y no le dejaba que se perdiese en el todo, sino como á un toro ensogado, aunque él tiraba para hacer mal (y lo hacía algunas veces), tiraba el Señor de la maroma fuerte de la gracia hacia su gracia y misericordia. Y si le soltaba este fierísimo toro, lo volvía á atar con los cordeles de su gracia graciosísima. Y lo tenía, contenía y traía á sí mismo, á fuerza de misericordia y gracia.

Lo cuarto: para domar esta fiera, fué Dios servido, por su infinita bondad, que le diese una enfermedad gravísima y mortal, porque se juzgó que vivió milagrosamente. Y aunque se dispuso con lágrimas y dolor, y era en tiempo en que hacía muy ásperas penitencias, según su fragilidad, no tenía ocasión para ofender á su Dios y á su Señor, y se confesó generalmente; con todo eso temía que no andaba derecho en espíritu y verdad, porque sus pasiones y miserias estaban verdes; por lo menos en llegando la ocasión de poder mostrar su perdido natural. Y así la bondad Divina le dió más tiempo de penitencia, y no lo quiso entonces juzgar y condenar á este miserable pecador.

Lo quinto: en esta enfermedad se privó de los sentidos exteriores, y le dió Dios grandes luces de sus miserias y culpas. Y en algunos tiem-

pos que estuvo sin ellos, le enseñó muchas verdades de su vida desventurada, y le pareció que había en su aposento muchos espíritus malditos y trataban de acusarle y molestarle, y finalmente, las especies de su imaginación estaban derramadas entre mil confusiones y temores.

Lo sexto: en esta ocasión vió á San Pedro (no sabe si fué con los ojos corporales, los del alma ó los de la imaginación) en forma de un viejo muy venerable, y con severidad (aunque harto dulce y piadosa para lo que él merecía) le dió una recia reprensión, que en substancia era llamarle perdido, vano, ingrato y flaco; en lo que más cargó la mano fué en la soberbia, diciendo que estaba lleno de vanidad. Y casi todo cuanto vió en aquel tiempo que estuvo sin sentido, se enderezaba á reprender la vanidad, soberbia, flaqueza y sensualidad, dando á entender que ésta dependía de aquélla. Pero después de haberle dado San Pedro, Vicario del Redentor, esta reprensión, lo animó y dijo que le había de llevar á ser Prelado de una Iglesia que le nombró, y que allí quería que le sirviese, y así desapareció.

Lo séptimo: durando esta enfermedad, y falta de sentidos exteriores (que fué de algunos días, teniéndole ya por muerto, ó por lo menos por muy próximo á la muerte), le pareció que venía

una religiosa descalza, carmelita, que barría el aposento con una escoba, y con eso echó de allí á todos los enemigos, y la confusión y obscuridad que en él había y que comenzaba en este pecador á haber claridad. Y poco después vió que una mano (que él creía que era de su Angel de Guarda) cogía las especies de su turbada imaginación, y después de haber dado con ellas diversas vueltas (como quien deshacía lo revuelto y mal concertado para componerlo bien), últimamente las ponía en su lugar, y el órgano descompuesto de los sentidos, lo componía y volvía á buen orden; con que después de algunos días, que estuvo privado de ellos, volvió en sí; y tan brevemente convaleció de una enfermedad tan mortal, que le pareció que fué sobrenatural, dada para aviso y castigo de sus culpas, y la salud y convalecencia para enmendar y reformar sus pasiones.

Lo octavo: ni convalecido (¡oh, Señor, lo que sufrís!) salió enmendado, sino que entre buenos deseos y ansia de enmendarse, volvía otra vez á caer y más caer, á pecar y más pecar, á llorar y más llorar, y á penar y más penar. Y así llorando y pecando y buscando excusas á sus pecados contra el discurso y razón natural y espiritual (que en esto ha sido sutilísimo este bruto), haciendo siempre argumentos contra la sinceridad y en

favor del apetito, vivió algún tiempo, hasta que Dios, compadecido de tal flaqueza y debilidad, puso en el corazón de su Rey, que le diese una Iglesia grande, de provincias muy remotas, á donde fué á servir á Dios. Y asimismo muy grandes comisiones del servicio de aquel Príncipe y Rey que se la dió y bien de aquellas provincias.

Lo noveno: dióle Dios al recibir esta nueva, puesto y dignidad, gran templanza en el animo, y tan grande indiferencia, que cualquiera cosa que fuese en bien de su alma abrazaría igualmente. Y así se puso en las manos de dos varones espirituales, maestros suyos, que mirando todas las conveniencias del servicio de Nuestro Señor y de su alma, le dijesen lo que más le convenía, y éstos le dijeron que aceptase y así lo hizo.

Lo décimo: no era esta Iglesia en el título de la Catedral, la misma que le había dicho San Pedro; pero ni él se quiso gobernar, sino por lo que le decían los siervos de Dios, con quien lo consultó. Pero después de haber ido á aquella Iglesia, halló que á un lugar de ella, de los más conocidos de la diócesis, se llamaba del mismo nombre que la Iglesia que le dijo el Santo que había de gobernar. Con que se verificó la visión á la letra, en esto y en las demás circunstancias que entonces le insinuó.

Lo undécimo: desde que se acercó al ministerio (aunque algunos meses antes había mostrado su natural flaco, miserable y perdido; si bien vuelto por la gracia y misericordia de su Señor, Creador, Dios, Redentor y Soberano, á su mano benditísima) comenzó á disponer buenos dictámenes para obrar y hacer apuntamientos de servir con perfección el oficio pastoral. Y esto lo hacía porque lo sentía, deseaba y se lo daban. Y de esta suerte se disponía con oración, penitencia y observaciones de espíritu al gobierno para hacer esta dilatadísima jornada.

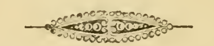
Lo duodécimo: poco antes de partir le consagró de Obispo un Cardenal muy santo y ejemplar en la iglesia de un convento de San Bernardo, y el día de San Juan Evangelista, con grandes sentimientos de su alma de amor, de dolor, de lágrimas, y deseo de acertar y humillarse al recibir estas unciones sagradas. Y desde aquel día sintió en sí grande amor espiritual á sus súbditos y sumo deseo del bien de sus almas y de su consuelo, y recibió la Consagración con vivos sentimientos de aquello que recibía. Y en consagrándole, se fué á ofrecer á la Virgen, en un Santuario muy devoto de la Corte. Y á esta Señora siempre tuvo por su medianera, y por su mano obraba y ofrecía cuanto hacía.

Lo décimotercero: este santo Cardenal le dijo

lo mucho que esperaban de este pecador en el ministerio, y entre otras razones que pugnase por las reglas eclesiásticas, y no por cosas pequeñas: consejo que siempre tuvo presente.

Otro santo Cardenal y Prelado, al pasar por su diócesis le hospedó en su casa y le puso en las manos la vida manuscrita de un gran Prelado de Granada y Sevilla, que tuvo muchas y grandes controversias, y se gobernó en ellas con gran valor y prudencia.

También poco antes que sucediesen las principales controversias eclesiásticas en favor de su iglesia, un varón muy espiritual le envió desde España á aquellas remotas provincias, donde este pecador estaba, un cartel ó pasquín de horribles oprobios contra San Carlos Borromeo, cuando reformó á Milán; siendo contingente que todo esto lo dispuso la Providencia Divina, para prevenirle el ánimo de que había de padecer por las almas de su cargo y por defender á su Iglesia y dignidad.





CAPÍTULO XVII

Hace una gran jornada y ausencia de su tierra, patria y provincia, este pecador, á servir una iglesia en partes remotas. Cargos y misericordias que Dios le hizo, y de qué debe dar cuenta.

Todo cuanto Dios ha obrado con este miserable pecador desde nacer hasta ahora (ó dure, Dios mío, conmigo vuestra piedad) ha sido, no muchas misericordias, sino una continuada misericordia, lástima y conmiseración de sus miserias. Porque cuanto ha habido menester para salvarse le ha dado, no sólo con los efectos y medios de la común providencia, que á todos desea ver salvos, sino con tan particular que pierde el juicio de admiración y dolor esta ingrata criatura, siempre que lo considera.

Porque viendo esta infinita bondad que este hijo pródigo se le perdía á cada paso en su tie-

rra (porque como tierra, y terreno y miserable, ni entre tantos deseos de amar lo celestial dejaba de amar y de asirse á lo terreno) y que á cada paso se le iba de la mano, dispuso, como al niño que le apartan de los pechos de su madre, como á Abraham y á Lot, que los sacó de Sodoma, y de Ur de los caldeos, sacarlo á él á servir á remotas provincias á su Dios y Creador, y á su rey, armado de potestad espiritual y temporal, y en materias importantísimas de la una y otra jurisdicción.

El primer cargo que puede hacerle Dios á este pecador, y que él conoce, reconoce y llora, es el de haber aceptado tantos oficios con tan corta ó ninguna capacidad, suficiencia y experiencia. Porque aunque había algunos diez ó doce años que era ministro y sacerdote, pero muy mal sacerdote y ministro, y que ejecutaba con bonísimos deseos erradísimas y desbaratadas obras.

El segundo cargo (y este es de beneficencia) fué haberle dado siempre buenos dictámenes de gobierno eclesiástico y secular, y amigo de obrar en uno y otro lo bueno, y con ansia de hacer con piedad justicia y poner las cosas en su lugar. Y su deseo fué siempre de que su Dios y su rey fueran servidos y se excusasen escándalos, se aliviasen los pueblos, se mejorasen las almas y se pusiesen las cosas en toda buena razón, y en

aquel corriente y orden que más cumpliese á la causa pública y servicio del Señor.

El tercero: en este dictamen le dió gran perseverancia y valor para ejecutarlo (cosa que él no tenía de suyo, por ser naturalmente vil y pusilánime, cobarde ó apasionado, y finalmente lleno de innumerables miserias), y con todo eso, en dando en el gobierno eclesiástico y secular, lo llenó de otro espíritu y fortaleza y constancia, con piedad y deseo de consolarlos á todos, y de aplicar los remedios con prudencia y fortaleza, aguardando la ocasión, y en llegando á obrar con resolución y constancia, y si alguna cosa ha sido dada (sobre serlo todas, sin dejar alguna) de aquellas, que fueron buenas, fué esta, por la incapacidad de este pecador, si bien poco respecto de lo que piden sus culpas.

El cuarto cargo fué, el haberle llevado Dios con brevedad y facilidad á su iglesia, en mil y quinientas leguas de navegación. Y habiendo muchas enfermedades en su navío, porque fue la navegación de dos meses, asistiéndoles él por su persona, curándolos, regalándolos, echando (casi cada día) cuerpos muertos á la mar; de suerte, que sólo de su familia murieron siete personas, y demás de cincuentas personas de ella, no fueron seis que no estuvieron enfermos en el navío en aquellos dos meses, y en desembarcando pere-

cieron más de ciento de los enfermos, dándoles él de comer por su mano, cuanto cabía en el tiempo, y asistiendo cuanto pudo á los unos y á los otros, estuvo siempre con muy entera salud.

El quinto: habiendo un moro en el navío que se llamaba Hamete, que él deseaba sumamente convertirlo y le persuadía muchas veces en esto, quedándose firmemente el infiel en su error, fué Dios servido, que en llegando al puerto, estando este pecador en su iglesia, á sesenta leguas, le dieron unas calenturas á este infiel, y abrasándole una de ellas, vió entrar en su aposento (conforme él lo refirió muchas veces) una señora vestida de blanco, y le dijo que se bautizase y estaría bueno, y él dijo que así lo haría: cesaron las calenturas, y diciéndole que se bautizase en el puerto, respondió que había de ser de mano de este Prelado; y fué á donde estaba, y después de catequizado se bautizó. Y por el milagro de la Virgen, y llamarse este pecador Juan y haberse bautizado en día de San Miguel, en público, con gran solemnidad y concurso de la ciudad se llamó Juan Miguel de Santa María. A este cristiano compró luego el Obispo y dió libertad, y sirviéndole ya libre y harto virtuoso, le dieron casualmente una puñalada, y murió asistido del Obispo, con admirable fervor, abrazado de una

imagen de Nuestra Señora, clamando que le ayudase, y así entregó su alma á Dios.

El sexto (cargo de beneficencia): que habiendo hallado la iglesia material de su iglesia, muy á los principio de su obra, porque no había llegado á la mitad, le puso Dios en el corazón que le acabase á la Virgen aquel templo. Y estando suspendida su prosecución hacía más de veinte años, comenzó en ella con notable confianza, ayudado con una buena cantidad, y á su ejemplo los demás, y con el calor que daba á otros devotos, en nueve años se acabó, gastándose en ella trescientos setenta mil reales de á ocho; y habiendo sábado (que era el día que se pagaba á los oficiales) que se gastaban dos mil reales de á ocho y trabajaban también, tal vez, doscientas personas entre oficiales y peones y este aliento, dinero y disposición parecía tan imposible al hallarlo á los principios, que hoy no sabe cómo ni de qué manera se disponía con tanta facilidad.

Lo séptimo: dióle Dios tan grande amor en hacer este servicio á la Virgen de la Concepción (que era la advocación de la Iglesia) y con tan grande ternura y devoción, así racional, como sensible, que decía muchas veces á esta piadosísima señora, y á muchos de los que le ayudaban á esta obra, que con gran gusto elegía acabarla y morir un día después de haberla acabado, por

asegurar á Dios este servicio y á la Virgen este gusto.

Lo octavo: no sólo le dió disposiciones y perseverancia para esto, sino que antes de partirse de aquella tierra le concedió el consuelo de que la consagrase y se trasladase á ella el Santísimo Sacramento y todo lo demás que había en la antigua y los venerables huesos de sus prelados. Y el día de la consagración, habiendo estado antes con grandes disposiciones, le dió un vigor tan grande en el cuerpo y en el alma, que hizo la consagración, comenzando desde las cinco de la mañana; y predicó y dijo misa de pontifical y oyó otra después, acabando á las tres de la tarde. Y al rodear la iglesia (que es suntuosísima) las veces que manda el pontifical por dentro y por fuera para la consagración, quedaba tan suelto, tan fuerte, tan ligero, tan sin cansarse que jurara que sobre tanta debilidad como la suya no era aquello natural; y de este género de agilidad y alivio del cuerpo, al obrar corporalmente en el ministerio pastoral, le ha sucedido con gran frecuencia, como después se verá.

Lo noveno: también puede hacerle Dios cargo á este obispo pecador de que le dió tan grande desasimiento en el alma el hacer esto sólo por la honra de Dios y servicio de su Madre, que con ser soberbio y naturalmente vanísimo sobre

manera (si Dios no le tuviera de su santa mano) no quiso que se pusiesen armas suyas en parte alguna del templo (como se suelen poner en las de los prelados) dando (como es justo) el primer lugar á las de los reyes, y sólo escogió por memoria de su reconocimiento, siete piés de tierra á lo último de la iglesia para poderse enterrar cuando Dios se lo llevare.

Lo décimo: á este cargo se puede añadir otro aún más misericordioso, que fué: que habiendo obrado con aquel cuidado de que nada fuese para sí en aquel santo templo, sino todo para Dios, y no habiendo querido poner sus armas, le acusaron (por una equivocación de los acusadores en no conocer las armas Reales) de que había puesto este Prelado las suyas dentro de los escudos y cuarteles de las Reales; hasta que mirándolo bien, se halló patente el engaño. Y llama cargo misericordioso á éste, porque siempre que una alma hace algún servicio á Dios, y este mismo le ocasion aalgún trabajo, ó por él se levanta alguna persecución ó calumnia, es grandísima merced, porque es señal que de lleno en lleno se lo premiará Dios, cuanto no tuvo premio del mundo, antes oprobio, aflicción, cruz y congoja. Y así era costumbre de este pecador decir (habiéndole sucedido padecer otras calumnias como esta) que Dios, por mayor bien nuestro, cuando nos

favorece, premia un servicio con un trabajo, y un mérito con una gran bofetada en esta vida, para hacer más preciosa nuestra corona en la eterna.

Lo undécimo: el gran cargo que puede hacerle Dios, es haberle dado gracia para que hiciese con sus limosnas y otros socorros de diversos bienhechores, otros dos templos á San Miguel y á San Juan Bautista; y con su orden y calor (aunque no á su costa) se erigiesen otros, hasta el número de treinta y seis, en su tiempo, de que es deudor á aquella eterna bondad.

Lo duodécimo: le puede Dios hacer cargo, y lo conoce y reconoce, de que le quitó todo amor á la codicia y al dinero, porque lo estimó como al estiércol de la calle. Y siempre (por la bondad Divina) lo empleó en el sustento de su casa, familia y de los pobres, y de otras públicas y particulares necesidades; sin que en más de trescientos mil reales de á ocho que libró de las rentas de su iglesia, hubiese jamás tenido (y lo que es más, visto) veinte reales de á ocho juntos. Ni gastó en cosa que no fuese pía ó religiosa ó del servicio de Nuestro Señor, ó que él juzgase por obligatoria ó necesaria, por necesidad de caridad y de conciencia, cien reales de á ocho. Ni envió á España dos mil reales de á ocho con tener muchos parientes y algunos necesitados.

Y estos los envió para obras pías y pagar deudas de su obligación. Ni tuvo plata en su casa, ni se sirvió con ella, ni alhajas preciosas, ni más que las necesarias, siempre amando la pobreza voluntaria, con tierno afecto de su alma.

Lo décimotercero: confiesa un cargo que llora con gran dolor, y es, que por su natural inclinación de dar, repartir y aborrecer el guardar el dinero, no cuidó de pagar algunas deudas en España (aunque pagó las más principales) por algunos motivos, que él tuvo por racionales, que después le han afligido muchísimo. Y que cuidó poco de la buena administración de las rentas eclesiásticas. Esto es, de tomar cuentas y excusarse de algunos excesos, que pudo haber en los gastos ordinarios de la casa, y no se fué á la mano al empeñarse y gastar más de aquello que podía (aunque fuese con buen fin). A cuya causa vino á deber cerca de doscientos mil reales de á ocho, de cuyas cantidades (aunque no de todas) pagaba intereses; si bien tenía caído de la Iglesia, para poderlo pagar, más de ochenta mil.

Lo décimocuarto: confiesa otro cargo y lo adora y lo reconoce, que Dios, piadoso, misericordioso y perdonador, le ha dado tiempo y disposición para pagar todo cuanto debía en aquellas provincias, sin que deba cosa alguna, que él sepa. Y aunque ha ocasionado el empeñarse des-

pués (como lo está ahora) á que ha ayudado su condición y perdición en el dar pródigamente; pero espera en la misma bondad divina, que le dará tiempo para desempeñarse, que es lo que más en esta vida desea; y pagadas las deudas, queda lo obrado bueno, perpetuo, y lo debido pagado, y es consuelo lo que antes fué desconsuelo.

Lo décimoquinto: conoce y reconoce por cargo haberle dado Dios gracia que formase otro colegio de Vírgenes utilísimo, con las disposiciones que le ofreció la visita, en que Dios fué muy servido. Y otros colegios y seminarios, fundándose con cátedras de teología, moral, escolástica, gramática y de lenguas, de muy grande utilidad, ayudando á esto de sus rentas cuanto pudo, y que dejase allí y donase una grande librería que tenía para el bien de aquella tierra; sin mirar en ello (en cuanto alcanza y se acuerda) sino á la mayor honra y servicio de Dios, aunque siendo obras de este miserable pecador, mal sacerdote y perdido obispo, no duda que mezclaría en ello muchas pasiones, miserias é imperfecciones.

Á todos estos y otros de este género que podía referir, los llama cargos gravísimos que le puede hacer la divina justicia; pues los beneficios son cargos, cuando no se sirven como es justo, y

más si quien los recibió y obró, no los obrara menos que asistido de gracia eficacísima, porque no tenía habilidad para obrar cosa buena por sí mismo, y cuando debiendo obrar esta perdida criatura, después correspondiendo á tan singulares mercedes, gracias y misericordias, correspondió en todo con muy grande ingratitud; si bien en estos diez años que ahora refiere, no tan perdidamente (en cuanto alcanza) como en los antecedentes y siguientes, aunque en todos tiene harto por qué llorar.





CAPÍTULO XVIII

Comienza este pecador obispo á reformar, y lo que obró en esto. Y con la reformación se le despiertan persecuciones notables.

Los oficios que este pecador servía eran de reformación, y de procurarla en ellos con las órdenes de Dios y de su rey. Eran de arrancar lo malo y plantar lo santo y bueno, que es para lo que Dios enviaba al profeta Jeremías, cuando le dijo: *Constitui te hodie super gentes, est super regna, ut evellas, est destruas, est disperdas, est disipes, est difices, est plantes.*

A la obligación de su oficio se añadían la necesidad de remedio en muchas cosas de lo espiritual y temporal. A esta necesidad, el amor grande que este pecador tenía á los oprimidos, que ordinariamente eran los más pobres é inocentes de aquellos Reinos. A esto, el servicio y gloria de Dios y el excusarle pecados y ofensas á que

este Obispo y pecador fué siempre muy inclinado (así lo fuera en no causarlas en su persona y servirle y agradarle, como él estaba obligado).

A esta inclinación ayudaba el que todo cuanto tenía delante que remediar no le parecía imposible (si bien lo tenía por dificultoso). Pero solía decir que lo imposible de remedio, dejarlo y llorarlo; mas lo posible, vencerlo y remediarlo. Con esto, obedeciendo á Dios, á su Rey, á los Consejos y Leyes y á las Instrucciones que traía, fué reformando muchas cosas con toda la orden necesaria, para que unas á otras no se embarazasen, sino que sucediesen unos remedios á otros para su mayor facilidad y suavidad.

Lo primero: en lo eclesiástico, puso el clero (que es muy dócil en aquellos Reinos) en reformación y lucimiento. Y cierta materia grande, que había más de cien años que estaba solicitando remedio, y los Reyes, Ministros y Consejos, enviavan órdenes repetidas para que se ejecutase, la dispuso de suerte, que en menos de tres meses la venció, la concluyó, la remedió. Puso al clero en su Ministerio de almas, de que estaba desposeído, y venciendo cuanto impedía este gran remedio, conseguido con grande utilidad de lo público, consuelo del pueblo y clero; aunque los reformados sintieron este necesario golpe;

pero después lo llevaron con espíritu, prudencia y con paciencia.

Lo segundo: remediado esto en lo espiritual (con que evitó grandes pecados), puso los ojos en remediar lo que toca á materias de justicia, y en esto obró cuanto pudo, de lo cual se le siguieron otros émulos, que después se juntaron con los otros.

Lo tercero: otras materias espirituales, en que era Dios ofendido, las reformó, mejoró y dispuso medios, para que de allí en adelante se excusasen los graves inconvenientes que resultaban de hallarse tan relajada materia de tanto peso.

Lo cuarto: contuvo diversos perjuicios, que resultaban al clero y sus primeras Iglesias. Y reconociendo su perdición, reformó los excesos y los redujo á términos que pudiese valer su razón al agraviado y se hallase reparo en daños intolerables.

Lo quinto: ajustó la observancia á los decretos de administración de almas, evitando y corrigiendo grandes ofensas de Dios, y medios muy torcidos y dañosos para su bueno y santo gobierno.

Lo sexto: en graves puntos de lo espiritual hubo de defender al Santo Concilio de Trento, su dignidad y derecho con grandísima fatiga,

juzgando que el padecer y perder por ella la vida, lo merecía la causa y el servicio de Nuestro Señor. Y su Divina Majestad se le premió con que le venciese y viviese más tiempo del que fué necesario para litigar, defender, conseguir, ejecutar una causa que duró siete años disputada y constantemente controvertida y defendida por las partes en los mayores tribunales de Europa, comenzándose en la América.

Lo séptimo: procuró remediar los daños de la codicia, que generalmente fatigaban á los inocentes y pobres. Y en este punto (que es en el que más padeció, y que él tenía por más justo y necesario, en que tuvo órdenes más estrechas, y que era en su opinión el más fácil si le asistiera la mano superior del gobierno que le envió á esto) fué vencido. Y en lugar de desterrar él de aquellas provincias á la codicia (causa capital de infinitas maldades), ella (¡oh juicios secretos de Dios!) le desterró y venció á él, á su celo y jurisdicción, ya que no en el ánimo, en el poder, y triunfó de él, quedándose en pie sus daños, y escarmentados para otra vez los deseos y malogrando todos sus buenos deseos.

El cargo y los cargos que en esto se hace, y debe y puede hacerse, y los adora y reconoce, en cuanto los hace Dios, es que siendo este pecador naturalmente incapaz, ignorante y pusilá-

nime, le hubiese dado resolución y valor para estas cosas, y todas (menos el punto de la codicia) se hubiesen vencido, allanado y conseguido, aunque con grandes fatigas, penas y persecuciones á la vista humana (como luego se verá), pero todos quedaron asentados.

Estos cargos, aunque de piedad y misericordia, los conoce y reconoce. Porque todo cuanto obró fué con grande alegría, gozo y asistencia del poder de Dios, dándole notable constancia y perseverancia, y haciendo Dios para allanarle los medios imposibles de lo humano, muchas cosas, sólo posibles al poder Divino, en las cuales palpablemente reconocía que allí andaba el dedo omnipotente de Dios. Y decía (viendo su dificultad, al comenzar y proseguir, y viendo después el suceso dichosísimo al vencer y conseguir materias tan grandes de su servicio) que en aquellos nueve años había navegado y remado agua arriba de la voluntad de los hombres, y agua abajo de la voluntad de Dios.





CAPÍTULO XIX

De otras misericordias que Dios hizo á este pecador en el pastoral ministerio, y de lo que le pasaba cuando ayudaba á las almas escribiendo y predicando.

Entre las muchas, grandes é innumerables misericordias que hizo Dios á este pecador, fué el darle dictámenes de verdad y sinceridad en los puestos que ocupaba. Y aunque no obraba en todo, como veía, por su grande fragilidad; pero el deseo que Dios le comunicaba era siempre de buscar su agrado y servicio y lo útil á lo público.

Lo primero: le aficionó á acudir á Dios con todo, y á orar y clamar en su presencia, y se quedaba algunas veces en la iglesia de su catedral toda la noche, orando, velando, clamando

y disciplinándose, pidiendo á Dios luz, gracia, esfuerzo y misericordia.

Lo segundo: le puso en que predicase á sus súbditos, siendo él incapaz para predicar, así por no ser su facultad la de teólogo, como por su corto talento y suma ignorancia en todo, y el Señor le hacía que predicase con sinceridad, verdad y afecto pío, aquello que les cumpliese á las almas de su cargo. Y así, habiéndolo consultado primero, con parecer de su confesor, comenzó su predicación de pláticas y sermones frecuentes á toda suerte de gente, en lo cual consiguió para ellos y para sí, no pequeña utilidad.

Lo tercero: le aficionó (como siempre lo había estado) á los pobres, sirviéndolos por sí mismo en su casa los jueves, y en los hospitales los viernes. Y en eso le daba Dios sumo consuelo y gozo.

Lo cuarto: comenzó á dar doctrina con là pluma, y escribir é imprimir para el bien de las almas. Y, aunque ya antes de ser Obispo, había comenzado sobrado temprano, pues sin tener él virtud, solicitaba que la tuviesen los otros (y era, que el corto y congojoso vaso de su corazón, no podía contener afecto pío ni amoroso, sin vaciarlo y derramarlo). Pero después de Prelado, le pareció que era de su obligación el

exhortar por escrito, y enseñar y persuadir á lo bueno.

MOTIVOS QUE TENÍA EN SU CORAZÓN MUY FIJOS

El primer motivo es, que el Prelado ha de ayudar á las almas de su cargo con la voz, con la pluma y el ejemplo. Y cuanto hace menos que esto, falta y no llena el ministerio. Y San Pablo dice que se ha de llenar: *Ministerium tuum imple.* Y aunque este hombre es malísimo, pero debe aspirar y procurar lo mejor siendo Prelado.

El segundo: porque decía que la vida del hombre era breve, y para servir y alabar á Dios quería hacerla más dilatada, con dejar quien en sus escritos le alabase y procurase que otros le sirviesen y alabasen.

Lo tercero: porque la voz del Prelado sólo se oye donde está. Pero la pluma y la imprenta es oída en toda la diócesis, y suple este género de presencia los daños grandísimos de la ausencia.

El cuarto: el predicar y persuadir en el púlpito dura poco, porque no puede la humanidad del hombre durar mucho trabajando, ni los oyentes oyendo, ni los prelados predicando. Pero lo escrito dura mucho y enseña en todas partes, y siempre y cuando quiere el Señor obra con gran-

de eficacia, y á su tiempo llama, alumbra y aprovecha ausente el predicador, lo que no puede la voz.

El quinto: hacerse con la pluma el mismo que escribe y exhorta á lo bueno, el proceso contra sí si no procediere bien. Porque escribir que sean buenos, es ofrecerse á ser bueno, y exhortar á otros á la virtud, es obligarse á ser virtuoso. Y es tanta nuestra flaqueza, que necesita de estos medios y remedios para poderse tener y contener en lo bueno, y no arrojarse á lo malo.

Lo sexto: en que Dios le hizo merced es que el escribir fuese sin grande dificultad ni tener que ocupar el tiempo en revolver libros, autoridades ni autores. Porque siempre escribía con una imagen delante (que era la que ha dicho del Niño Jesús ó de Nuestra Señora con su Hijo preciosísimo en los brazos). Y raras veces tenía necesidad de meditar lo que escribía, sucediéndole en dos horas escribir cinco y seis pliegos con tanta velocidad, que él mismo se admiraba de lo que hacía y no sabía de dónde se le ofrecía mucho de lo que á la pluma dictaba.

Lo séptimo: que con el tiempo fué el Señor purificándole más y más la intención al escribir, sin mirar más que su gloria, y á que ésta se aumentase. Y si para ello fuese necesario quemar cuanto escribía, y á él con ello, desde luego se

entregaría y lo entregaría á las llamas, porque Dios fuese más servido y glorificado.

Lo octavo: haberle dado Dios deseo y ansia de no apartar las obras de las palabras, ni el obrar del escribir, sino que todo anduviese por una calle. Y si él pudiera obrar en todo y por todo con los dictámenes que escribía, en todo se conformara sin omitir cosa alguna; y según su fragilidad, lo obraba en cuanto podía, aunque no como debía.

El noveno cargo de beneficencia fué el ansia grande que le dió Dios á este pecador de aprovechar á las almas de su cargo y darle gracia para que fuese á visitar su obispado, predicar y confesar en sus parroquias, sin dejar el escribir al tiempo, que no los podía aprovechar; en estas visitas, particularmente en una de ellas, le sucedieron casos muy raros y admirables misericordias de Dios.

Lo primero: le libró Su Divina Majestad de grandísimos peligros al pasar ríos, bajar por despeñaderos y andar á buscar lugares que no había visto en setenta años Prelado alguno y propio nunca.

Lo segundo: habiendo llegado al primer lugar y saliendo los feligreses (muy contra su dictamen) bailando, como se acostumbra en aquella tierra, á recibir al Prelado, habiéndose puesto

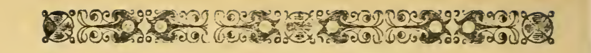
poco después que llegó á ver los bailes, por no desconsolarlos, sucedió allí un caso bien notable, en que le dió Dios muy claramente á entender que aunque fuese con aquel fin honesto de no desconsolarlos, no los había de mirar, pues al visitar no se había de ver bailar, sino llorar.

Lo tercero: habiéndole dado una enfermedad de dolor penosísimo y que le impedía la visita, siéndole preciso (por ella) volverse á su casa y dejarla, encomendándose á Dios se aventuró, y al instante que se puso á caballo cesó el dolor y se suspendió la enfermedad. Y en llegando á la posada le volvía á atormentar. Y en comenzando á obrar en el ministerio de predicar, confesar, caminar ó confirmar, cesaba, y en volviendo á casa continuaba. Y así duró cuatro meses, que visitó más de cuatrocientas leguas de malísimos caminos, varios templos, siempre con este trabajo y consuelo, ya penando, ya descansando, dejándole el dolor sólo cuanto había menester para trabajar en el bien de las almas. Y volvió á su casa sano, bueno y sin aquella enfermedad, que se le quitó poco antes que llegase, dando á Dios gracias con grande gozo de haber (en cuanto pudo su fragilidad) confesado, confirmado, administrado y aprovechado á las almas.

En estas visitas estableció que se rezase el rosario de la Virgen Nuestra Señora, siendo él

el primero á rezarlo con sus feligreses, y procurando que esto mismo hiciesen en sus casas los vecinos que no podían ir á las iglesias. Y creía que esa era una medicina eficacísima contra maldiciones, blasfemias, juramentos, y así se lo advertía. Y como los que no son letrados, ni eruditos, ni sacerdotes, ni leídos, no tienen medios fáciles para orar, hallaba que era el rosario de la Virgen el Breviario de todos aquellos que no saben leer ni tienen muy gran capacidad, y, finalmente, que es devoción que causa infinitos bienes.





CAPITULO XX

Levántanse grandes borrascas contra este pecador y arrójanle en la mar de sus trabajos. Cargos de misericordia y de piedad que Dios en ellos le puede hacer.

Las materias y remedios grandes que miran á reformación de estados, ni la Omnipotencia Divina los quiso hacer fácilmente (aunque lo puede todo). ¿Qué hará la flaqueza humana? El Redentor de las almas, siendo Dios, estableció su Iglesia con trabajos y fatigas, muerte y cruz. Porque á un remedio tan grande como la humana redención y reformación del mundo, no quiso obrarlo sino con penas y venciendo dificultades.

Todos los remedios que aplicó este indigno obispo, fueron en personas y estados poderosos, á quien convenía contener y reformar en los puntos que tocaban á sus cargos, con que no pudo hacerse sin dolor de los comprendidos y

del mismo que trabajaba en curarlos. A este propósito decía este pecador que era imposible que lo que se reformaba dejase de ser cortado de alguna parte, ó del gusto, del provecho, del deleite, ó de la propia voluntad. ¿Y quién no siente que le corten ó le quiten del gusto, del deleite, del poder, ó de otras cosas á que está asido el corazón de los hombres?

Deducía de aquí: curar llagas sin suspiros y quejas del herido, y dejar de lastimar al manejarlas, no es dado á nuestra naturaleza. Y lo que más puede hacer el cirujano, es obrar con tiento y acompañar con la lástima al dolor: pero no es obrar con tiento dejar morir al enfermo.

De aquí se sigue, que no es posible que grandes y públicos remedios y necesarios, se apliquen debajo de secreto natural: porque es preciso que al paso del sentimiento, sean las quejas, los sentimientos, la defensa y expugnación y que se forme una guerra política entre el remedio y el daño; éste para defenderse y aquél para vencerlo, atarlo y desarraigarlo. Y así los superiores que desean ver grandes negocios vencidos y remediados, han de tener dispuesto el ánimo á pensar y creer que se han de pasar por esto, y deben dar asistencias eficaces al ministro que remedia, porque el no darlas es animar á los daños.

Los cargos que le entregaron á este pecador eran como de hacer jardín á un monte lleno de fieras, para lo cual era menester allanar, arrancar, desarraigar malas hierbas; quemar, deshacer y vencer dificultades. Y así forzoso era que con el fuego de la justicia, huyendo salgan las fieras aullando, y que haga ruído el desarraigar y el ver caer los árboles que asombraban con su sombra á la inocencia. Y que los poderosos que pierden lo que le usurpaban á la rectitud, á la verdad y bondad, se defiendan, clamen y pongan en mala fe los remedios para que duren los daños.

Todo el tiempo que fué asistido en sus comisiones de los Superiores y que no se dió crédito á las quejas de los mal contentos, pudo hacer y hizo, en cuanto obró, muchos servicios á Dios y á su Rey. Pero cuando fueron cobrando crédito las quejas de los reformados de las órdenes Reales, cobraron también aliento los quejosos. Con que no bastando la justicia á obrar, hubo de valerse de la paciencia, tolerancia y constancia, para vencer á fuerza de padecer lo que no le permitían al obrar. Y Dios (que de los daños humanos sabe hacer remedios divinos, y de la persecución enmienda, y buril de la aflicción, para labrar á las almas y quitar lo brusco y tosco á lo natural y labrarlo como quiere)

dispuso remediar esta alma aplicándola remedios fuertes, porque no se rendía á los suaves y dulces. Y así le decía un varón muy Santo y de virtudes heróicas (anunciando á este pecador lo que había de padecer): *Dios quiere que seais Santo, señor, pero no de pincel, sino de escoplo y martillo, de bulto, no de pintura.*

Lo primero: fué permitiendo que se le volvieran contrarios los amigos, y los confidentes poco menos que enemigos. Y los que tenían secreta la emulación obraban abiertamente contra él por una secreta providencia ó permisión que los llevó á este dictamen. Unos y otros, por su misma conservación se le opusieron; con que al obrar, al remediar, se iban resistiendo á todo. Y sólo tuvo de su parte á algunos varones doctos y píos, y al pueblo inocente que deseaba los remedios y veía que prevalecían en su daño los excesos.

De esta unión de voluntades de personas poderosas y armadas de jurisdicción Real, y otros de religión, autoridad y poder, y otras, que á unos y á otros se allegaban de menos obligacion, resultó haber llegado á estado, que si no fuera porque Dios lo quiso atribular, más no matar, en todo anduvo aventurado este Prelado y Ministro, en honra, en hacienda, en vida y en cuanto en este mundo es estimable. Y así ha-

biendo sido todos estos expedientes que Dios enviaba á su alma para que se mejorase, y sólo en Dios confiase y lo buscase, y librándolo de todo, estando tantas veces para morir afrentado en las manos de los hombres, bien pueden llamarse cargos que Dios hace y puede hacer á esta alma, siendo tan grandes misericordias. Y más habiendo correspondido después este pecador tan ingrato y tan infame al servirlos y reconocerlos; antes por el contrario ofendido grave y gravísimamente á este eterno bienhechor.

El primer cargo que le puede hacer Dios á este hombre, es, que habiendo hallado y tenido á todo el mundo por enemigo, sólo halló á Dios por su defensor. Y mereciendo por sus culpas que lo dejase, quiso por su bondad ampararlo.

Lo segundo: que le labrase con trabajos de buena medida y muy ajustados á sus culpas, si bien los juzga menores que ellas. Y si él supiera aprovecharse de ellos, de otra suerte estuviera su alma de lo que ahora se halla y antes de ahora se ha hallado.

Lo tercero: haberle prevenido el ánimo de lo que había de padecer con haberle dicho cierto religioso grave que una alma había visto en visión á un Obispo vestido con su capa colorada consistorial y la falda extendida, y una cruz muy larga sobre sus hombros y tanto como la falda,

dándole á entender que había de padecer muy largas persecuciones, y que este Obispo era este pecador. Y cierto que há catorce años que duran, pero con tan gran gusto suyo, que si no es aquellas penas, que se mezclan con sus culpas, las demás, más las goza que padece.

Lo cuarto: en otra ocasión, antes de comenzar sus persecuciones, le sucedió que, caminando en su coche á visitar una imagen muy devota, se llegó á él con grande aceleración un loco, y le puso en las manos una imagen de papel de San Bernardo, abrazado de los instrumentos de la Pasión dolorosa del Señor, y se la dejó en las manos, y sin hablarle palabra echó á correr.

Lo quinto: permitió que para labrarlo todos los tribunales le hiciesen proceso de lo que no había hecho, ni obrado, y cosas que él no había imaginado; si bien juzgarían ellos que lo debían hacer, y que lo habían obrado, porque eran mejores que él. Y lo permitía Dios, para que pagase lo que en otras materias y miserias de su vida había excedido, imaginado é incurrido.

Lo sexto: permitió que tuviese quien lo buscase para matarlo, y sin que él lo entendiese, lo libró Dios del peligro, habiéndole arrepentido el agresor que lo intentó.

Lo séptimo: permitió el Señor que (aunque nula é inválidamente) públicamente lo descomul-

gasen y publicasen en la misma diócesis dos religiosos con nombre de conservadores, ya descomulgados antes por su Provisor. Y aunque el derecho (como después declaró el Pontífice romano Inocencio X) y la razón estaba de parte de la dignidad y persona de este pecador; pero como la asistencia de las potestades temporales y el poder de las cabezas estaba de parte de los que le descomulgaban, padecía con la nulidad cuanto debían sus contrarios padecer con el derecho; porque los superiores defendían á las nulas censuras y despreciaban las justas. Aunque sería con bonísima intención.

Lo octavo: en medio de estas persecuciones, le dió Dios gran fortaleza de ánimo y paciencia y amor á los que le perseguían, aunque obraba cuanto convenía á la defensa necesaria de su iglesia. Y cuando pusieron las nulas excomuniones por las esquinas de la ciudad, puso él en la puerta de su oratorio, de letra grande, el lugar de San Pablo: *Cupio ego ese anathema pro Christo Iesu, fratribus meis*: Con interior consuelo de que hasta allí llegase su persecución.

Lo noveno: viendo que por defenderle los pueblos se exponían sus ovejas á grandes desdichas, estuvo (por lo que toca á su ánima) resuelto á exponerse arrodillado á que le matasen á la puerta de su iglesia, porque con su muerte cesa-

sen estas contiendas. Pero reconociendo que esto mismo podía ocasionar otras mayores desdichas y repetidas muertes y que quedaba desamparada su iglesia, se resolvió á tomar otro expediente de no menor pena para él, y más saludable para su iglesia y ovejas.

Lo décimo: habiéndose declarado los pueblos en su defensa, y los poderosos á su ofensa, por excusar muertes y desdichas, le dió Dios luz para tomar expediente de retirarse, hasta que viniese el remedio de mano más superior, que las que había eran donde le perseguían. Y así (avisando de ello á los superiores seculares y eclesiásticos, y dejando en su iglesia las órdenes necesarias, cargando sobre sí todas las penas que trae consigo una sangrienta persecución, porque se excusasen culpas y no padeciesen los mismos que le ofendían, á mano de los pueblos indignados) se retiró y escondió por cuatro meses, con grande descomodidad y peligro.

Lo undécimo: permitió este divino señor, que se viese despojado de su iglesia, y perseguido, buscado, ultrajado y afrentado, y que anduviese buscando cavernas y cuevas donde esconderse, todo con grandísima alegría y gozo, y dando gracias á Dios y conociendo que era justo y misericordioso; justo en que fuese por sus culpas, y misericordioso en que fuese con tanta piedad, y

guardándole siempre su amor en el corazón y con él á todos aquellos que lo estaban persiguiendo.

Lo duodécimo: permitió que llegase á andar (por huir de las desdichas que amenazaban á las almas de su cargo) veinte leguas en un día, y que para comer entre su secretario y confesor y otro hombre noble, en el día de San Pedro apóstol (por cuya jurisdicción padecían) no tuviesen más que un pedazo de pan y un huevo.

Lo décimotercero: que habiendo pasado de noche, cuando se retiró, por un golpe grande de agua, sin saber el vado de él, cayó la mula, ó porque no cayese se hubo de apear (que no se acuerda bien si fué uno ú otro), y caminó más de quinientos pasos, de noche, llegándole el agua muy cerca de la cintura. Y cuando salió y llegó á la casa donde iban á esconderse, se halló que no se había mojado y sólo había un poco de humedad en lo alto de la media hacia la rodilla, cuando todos los demás venían llenos de agua.

Lo décimocuarto: que trayendo los papeles originales y protestas que había hecho en defensa de su jurisdicción y dignidad episcopal (que esa padecía), en unas vizazas con otras cosas, y habiendo estas caído en el mismo río y estando debajo del agua mucho tiempo, cuando se sacaron y juzgaron que estarían deshechos y molidos los papeles, hallaron mojado todo lo que había

en ellas sino sólo los papeles, que se conservaron como si estuvieran en tierra, estando descubiertos como otras muchas cosas que se mojaron.

Lo décimoquinto: que hubo de estar escondido, este mal obispo, más de cuatro meses en una parte muy húmeda, cerrada y cubierta la ventana por donde entraba á esconderse con un cuadro de San Pablo, y allí oraba, decía misa y pasaba con gusto y alegría su trabajo, así fuera con virtud, espíritu, pureza y limpieza de conciencia, entonces y todo el tiempo en que Dios le hacía tan señaladas mercedes.

Lo décimosexto: que le dió Dios valor y gracia para pasar y padecer estas cosas sin descomponerle el alma con el odio de sus enemigos, antes con tan grande amor á ellos que entonces hizo un tratado de la utilidad de las tribulaciones y amor á los enemigos (que después con otros dió á la estampa para el bien de las almas), y habiéndole hecho innumerables sátiras, no permitió jamás que persona alguna respondiese y satisfaciese; ni tuvo inquietud alguna sino deseo del bien de sus enemigos.

Lo décimoséptimo: que en este tiempo triunfaron cuantos quisieron de su honor y aunque los pueblos clamaban y muchas personas pías, pero contenidos de mayor mano, veían descomulgado á su Prelado con públicas excomuniones, por

jueces incompetentes y afrentado con máscaras, libelos infamatorios y otras ignominias, sin limitación alguna, en oprobio de su persona; buscados, maltratados y perseguidos todos aquellos que no hacían ó decían aquello mismo ó á su obispo defendían.

Lo décimooctavo: que habiendo llegado la relación de lo sucedido á los ojos de su rey y de su Consejo, con quien antes estaba muy acreditado (siendo la relación de sus émulos hecha como más les parecía conveniente á su intento), perdió este pecador todo el buen concepto y crédito que de él tenía su rey y los ministros, y lo cobró de soberbio, de vicioso, de ambicioso, de desatinado, y que era el peor ministro y obispo que había tenido el mundo; y por lo menos (sino todos le creían por su gran virtud) comunmente en aquella Corte y en toda Europa, por donde discurrieron las relaciones de sus émulos, y así corrió mucho tiempo, y en muchas partes hasta ahora así debe correr.

Lo décimonoveno: que de haber estado en parte tan húmeda tanto tiempo, después que volvió á su casa le dieron grandes enfermedades, sobre las que padecía, de que llegó á estar con mucho peligro su vida, y Dios le libró de todo.

Lo vigésimo: que en todos estos trabajos le tuvo el corazón firme en Dios para no faltar á la

defensa de la dignidad, consolándole en sus persecuciones con la lectura de las que padecieron los santos, señaladamente San Atanasio y San Juan Crisóstomo. Y en las que padeció este último doctor de la iglesia hallaba grande consuelo por la semejanza de la persecución (si de este pecador no anduviera tan ausente la virtud), porque á aquel santo le promovió todas las persecuciones un prelado patriarca de Alejandría; á este pecador, también otro gran prelado, á quien él mismo había consagrado. Al santo doctor, una mujer que se llamó Eudoxia, valiéndose de la sinceridad del emperador, su marido; á este pecador, una señora que se valió de la bondad de su marido (aunque no duda que tendrían uno y otro buenísima la intención). A los que al santo seguían los tenían por sectarios y los llamaban Juanetas. Y á los que seguían á este pecador los llamaban sus émulos, del nombre mismo de este pecador, por ignominia. Al santo lo seguían los pueblos y los virtuosos, y lo perseguían los poderosos; á este pecador lo perseguían los poderosos y lo seguían los pueblos y los virtuosos. Al santo lo descomulgaron sus émulos nulamente; también este pecador nulamente fué descomulgado de sus émulos. Ultimamente, á aquel santo que murió desterrado lo defendió y declaró su inocencia Inocencio I, Pontífice máximo; y tam-

bién las controversias de este pecador las declaró en favor suyo otro Inocencio X, Pontífice máximo. Solo lloraba este desdichado pecador, que allí padecía un santo; aquí un perdido; allí honraba la persecución con las virtudes; aquí la infamaba este mal prelado con las culpas; allí era santo el perseguido, y aquí él digno de toda pena y persecución.

Lo vigésimoprimero: permitió el Señor que le hiciesen gravísimos y ofensivos pasquines, sátiras en verso y prosa y todo género de desprecio, sin reservar cosa alguna que mirase á su mayor ignominia.

Lo vigésimosegundo: es cargo gravísimo contra él que siendo estas mercedes que Dios le hacía tan grandes y que debía servirles con pureza y vivir humillado, penitente y contrito, en medio de que procuraba mortificarse y no dejaba la penitencia de la mano, disciplinas y cilicios, y la oración y el clamar á Dios y amor á sus enemigos; eran las culpas tan grandes y sus pasiones tan verdes y sus miserias y caídas á cada paso y momento intolerable (y tales, que si lo que padecía por defender justa causa, lo padeciera por ellas, era ligerísimo castigo), y Dios á todo aguardar y perdonar á este pobre y perdido pecador.

Lo vigésimotercero: habiendo venido el remedio de la mano superior (que estaba á dos

mil leguas) con la mudanza del gobierno, volvió á su Silla Episcopal, aclamado, amado, estimado y amorosamente recibido, con tan grandes demostraciones de amor de sus mismos enemigos, que otra cosa que fiestas y regocijos no se veían en todo aquel Reino y aun de muchos de sus enemigos, trocando Dios los corazones en tan contrarios afectos, que en un instante fueron aplausos, las que antes eran afrentas.

Lo vigésimocuarto: que habiéndose acudido á los Tribunales Superiores y al Sumo Pontífice, para la declaración de estos puntos principales, sobre qué fueron estas eclesiásticas controversias, se vencieron y declararon en favor de su dignidad y de este perdido pecador. Y el Breve que vino de Roma, dos mil leguas de distancia, se lo entregaron el mismo día, y al mismo tiempo, en que por orden de este Prelado se estaba poniendo en la cúpula de su Catedral la imagen de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles; de suerte, que en una misma hora se estaba fijando la estatua del Vicario del Señor en la parte superior de su iglesia, y en la misma le pusieron en sus manos el Breve Apostólico, en que se conservaba su santa jurisdicción, exaltado este glorioso Vicario de Jesucristo con los trabajos de este pobre pecador, á un mismo tiempo en lo material y formal, con grande consuelo suyo.

Lo vigésimoquinto: que hizo Dios visibles demostraciones de lo que se enojaba con los que así ofendían la Episcopal dignidad; porque algunos murieron de repente, otros con grandes desgracias. Y en el navío donde llevaban los procesos que le formaron de lo que él no había obrado, cayó un rayo antes de partir y después le dió una tempestad, que estando para ahogarse, clamaron todos los que en él iban, que se echasen á la mar los papeles y procesos que iban contra aquel Prelado, afirmando que eran los que causaban la tempestad, por ser contra su inocencia. Y los mismos que los llevaban, siendo hechuras de sus émulos, los echaron á la mar y cesó la tempestad. Y casi todos los que más se señalaron contra su dignidad, tuvieron muy trabajoso fin y muertes repentinas, y otras cosas bien notables de este género.

Lo vigésimosexto: que haciendo Dios todo esto, defendiendo la dignidad santa de este pecador miserable, fiera y no hombre, no se enmendaba, ni lloraba sus pecados, ni ponía en Dios como debía su alma y su corazón y á cada paso caía. Y si se levantaba era para volver á caer. Y de esta suerte estaba siempre probando y tentando á la Divina bondad, y caído, porfiaba Dios á levantarlo y ayudarlo, pero él á enojarlo y ofenderle.



CAPITULO XXI

Sácale Dios de otros trabajos á este pecador, y nuevos cargos y misericordias al volverle á su patria

Fueron tan grandes los peligros de que Dios le libró á este ingrato y perdido pecador, que no se podrán saber hasta que se vean en aquel espejo eterno, en donde todo se vé, cuándo y á quien él quiera manifestarlos.

Pero los visibles fueron sacarle amado, no sólo de quien antes había sido siempre amado y seguido, que eran los afligidos, pobres y perseguidos pueblos, sino muchos de los mismos que le habían perseguido.

Lo segundo: haberle dado fuerzas, salud, vida y gracia para acabar causas tan grandes y dejarlas establecidas, aunque á costa de estos trabajos y penas.

Lo tercero: haberle dado salud al volver á

su patria ó reinos, donde nació, siendo una jornada larguísima y donde muchos perecieron.

Lo cuarto: haberle librado Dios de la peste que corría casi en todas partes y puestos por donde andaba y tocaba.

Lo quinto: haberle avisado un día Santo Domingo, su gran devoto, con un recio golpe de mar en una grande tempestad, que dejase algunos pensamientos vanos que le ocupaban la imaginación y desde ella pretendían ganarle el alma y el corazón, é inclinarlo á este caduco temporal y transitorio, y hacerlo soberbio y vano.

Lo sexto: haberle puesto en el pensamiento hacer apuntamientos cristianos, prudentes, cuerdos y espirituales de cómo se había de portar en la ausencia de la Iglesia que dejaba para obrar más al agrado de Dios; pero él los cumplió después, de manera que parece que cuando los escribía juraba de no cumplirlos.

Lo séptimo: haberle conservado siempre el afecto á la oración, á la penitencia y dolor de sus culpas y deseo de no volver á ofender á Dios, sin que hubiese día en la mar ni fuera de ella (sino es en el tiempo de alguna recia tempestad) que no confesase y dijese misa, y con deseo, aunque no como debía, de agradar en todo á Dios.

Lo octavo: hallando el mundo donde entraba lleno de innumerables enemigos, emulos y quejosos, que con santísima intención le procuraban mortificar y deslucir, haber hallado quien le amparase, sin que él por su parte mereciese amigos sino enemigos.

Lo noveno: habiendo entrado desacreditado y deshonrado por las relaciones que de él habían hecho los quejosos de sus comisiones y resoluciones, ser recibido el perseguido del mundo, ayudado de poquísimos, como si fueran muchos los amigos y pocos los enemigos.

Lo décimo: habiendo mandado que le tomasen residencia de los oficios temporales (cuando no la habían tomado al tiempo que podía defenderse por estar presente), dejando en aquel reino los ofendidos y estando ausente, y darle Dios ánimo para fiarlo todo de su bondad infinita y no querer defenderle, dejándolo, pues sabía su intención en el obrar y deseo de acertar, diciendo que á su providencia tocaba el defender á quien le deseó agradar.

Lo décimoprimero: haberle tomado la residencia los ofendidos ausentes, á dos mil leguas, sin amparo, sino sólo de Dios (¡oh, cómo sólo es este el amparo verdadero! ¡Oh, Señor, amparador y amparo mío!), no sólo no hallarle cargo alguno ni culpa en él ni en sus ministros familia-

res y allegados, sino salir con tantos aplausos su gobierno, como pudiera si estuviera favorecido y honrado de todo el mundo, justamente perseguido y despreciado.

Estos son, fueron y serán cargos de misericordia. Pero ¿quién podrá contra los cargos que Dios puede hacerle á este enorme pecador de culpas y de miserias? Sólo Dios y el corazón de aquel que lo está escribiendo y lo ha pasado y padecido, puede contarlos y ponderarlos.

Porque lo primero: á estos beneficios fué ingrato, sin agradecerlos y reconocerlos como debiera.

Lo segundo: tuvo sentimiento no pequeño de que sus servicios no fuesen premiados, como pudiera tenerlo un seglar muy relajado. Y aunque no los manifestaba sobradamente; pero algunas veces más de lo que convenía.

Lo tercero: otra cosa apenas hacía, que ponderar sus servicios, por escrito y de palabra.

Lo cuarto: comenzó á introducirse en pasiones vilísimas, bajísimas é infames, no sólo para un hombre de principal profesión y ministerio, sino para el más perdido seglar.

Lo quinto: se relajó en hablar en donaires y palabras ociosas, y aunque entre personas graves, que les dañaría menos por su prudencia y caudal; pero era cosa torpísima y feísima para un sa-

cerdote y Prelado, que sólo ha de decir palabras de espíritu, de verdad y sinceridad, decirlas de donaire y de gracejo; y tales palabras, aunque no fuesen livianas, sino vanas (si en un sacerdote pueden ser vanas sin ser livianas), debe y puede llorarlas como blasfemias.

Lo sexto: estas pasiones las ejecutaba y lo arrastraban ó lo llevaban á la vista de innumerables luces, avisos y misericordias, que Dios le daba para que no se perdiese.

Lo séptimo: esto lo obraba, y algunas veces lo procuraba con resistencia de la luz que de Dios recibía, que era grandísima, reprendiéndole con tantas inspiraciones para que no se perdiese.

Lo octavo: para enfrenarlo le mostró Dios un alma, sobre cuya cabeza caían bolas de fuego, y volvían á subir y bajar, dándole á entender que eran sus propósitos, confesiones, misas, obras y palabras buenas tales que no llegaban al cielo; por no rendirse á sus divinas inspiraciones, antes caían sobre él y eran su condenación.

Lo noveno: en todo cuanto obraba, ó peligroso, dañoso ó dudoso á su alma, le parece que iba echando capas de bronce al cielo, por la parte cóncava, para cerrarlo y que no entrase en él, de lo cual resultaba grandísimo dolor, congoja y aflicción, y acudir á Dios, llorar, pedir, clamar y suspirar; pero nunca se enmendaba,

porque le era á su flaqueza más fácil el llorar que el enmendarse.

Lo décimo: entre estos peligros, daños y pecados, le parecía que veía el infierno abierto y que le iban á echar en él; con que se volvía á Dios á pedir misericordia, pero sin dejar, como debía, sus culpas, aunque huyendo siempre de ellas y reventando con ellas.

Lo undécimo: en otra ocasión le mostraron un fuego (no sabe si era de purgatorio ó infierno, mas de que se espantó muchísimo), dándole á entender el peligro ó daño de una alma que había muerto á su vista, insinuándole que así sería de él si no se enmendaba y no seguía los movimientos divinos.

Lo duodécimo: en otra ocasión, soñando, le parecía que le asían los demonios para llevarlo consigo, y volvió pidiendo á Dios socorro y diciendo letanías, que es con lo que se consolaba.

Lo décimotercero: de otras maneras muy notables le manifestaron sus daños y sus peligros viendo muchos sapos, culebras y sabandijas que andaban por donde andaba.

Lo décimocuarto: en otra ocasión recibió al tiempo que le había menester mucho su afligido y perdido corazón, un papel de una persona virtuosa (sin que pudiese saber cosa alguna de lo que pasaba en él) con solas estas palabras: *Sur-*

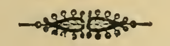
sum corda, dándole á entender sólo con estas palabras que cuidase de levantar al cielo su corazón y no lo arrastrase con pasiones en el mundo.

Lo décimoquinto: en otra ocasión, muy acaso, oyó una palabra de grandísimo desprecio suyo, y se la dijo un hombre que él no llegó á conocer, y lo aplicó este malo y perdido pecador al estado miserable en que se hallaba.

Lo décimosexto: haberle puesto Dios un temor al infierno tan terrible y á la propia conciencia tan formidable, que no tenía ánimo para ver cuadro alguno del infierno, y le sucedía rodear mucho por no ver pintura que lo representase. Imagen de lo que pasaba en él con las luchas de su alma al defenderse de las pasiones del cuerpo.

Lo décimoséptimo: estando en una ocasión en gran peligro ó en gran daño, representósele un alma en la figura de su cuerpo, que murió de repente, y se dijo por cierto que se había aparecido ardiendo en las llamas del infierno.

Todos estos avisos y otros de este género, dió Dios á este pecador para que no se perdiese, para que se volviese á Dios y le llamase, y sobre estos no son menores los que se siguen.





CAPITULO XXII

Raras misericordias que Dios usó con este pecador para que del todo no se perdiese.

Cuanto este desdichado pecador más obraba y caminaba en su daño, tanto y con más beneficios inefables le iba Dios previniendo y aplicándole el remedio.

El primero: haberle conservado Dios el dolor de ofenderle y el ansia de no ofenderle, de suerte que no tenía hora de quietud, ni consuelo para ofenderle, ni gozo, sino sólo al no ofenderle.

El segundo: haberle conservado la penitencia, lágrimas, dolor y el clamar y orar a Dios, defendiéndose y levantándose en cayendo, siempre afligido y llorando.

El tercero: hacerle que huyese las ocasiones y que anduviese con una inquietud terrible, peleando, ya herido, ya hiriendo; pero siempre encontrado con lo malo y aborreciendo lo malo, y

lo mismo malo que hacía, aborrecía y lo mismo que aborrecía, lo obraba y lloraba, y si hay pena del infierno en este mundo, es la que este pecador y alma perdida padecía al dejar á Dios y volverlo á cobrar y al querérselo quitar, queriéndolo él defender y al no querer él dejarlo y llevarlo sus pasiones arrastrado á que dejase á quien antes quería dejar la vida que no dejarlo.

El cuarto: no haber perdido en todo este tiempo el hacer penitencia, disciplinarse y traer cilicio todos los días, confesar y recibir al Señor. Y aunque puede ser que el decir misa fuese con bien grande imperfección; pero cuando él se disponía y confesaba, diera la vida al cuchillo por disponerse muy bien.

El quinto: haberle Dios librado de grandísimas caídas y de que no fuese mayor su perdición y sacado de las uñas y boca del lobo infernal á esta pobre y flaca oveja, haciéndole que hiciese una confesión general (sobre muchas que había hecho, y la última con grandísimas lágrimas y dolor) desde entonces por la divina bondad, ha andado cada día más desasido y creciendo más en la ansia de tener purísima la conciencia.

Lo sexto: haberle dado Dios desde esta confesión general confianza de que no le había de dejar y habiendo frecuentemente oído luego que la hizo y algunos días después le decían en lo

interior de su alma, repetida y frecuentemente al llorar y hacer penitencia de sus culpas, entonces y después estas palabras: *Hec mutatio dexteræ Excelsi.* Dándole esperanzas de que de allí adelante ya serviría á Dios mejor y con más desasimiento, que no le ofendería, ni sería tan malo como hasta allí.

El séptimo: haber hecho esta confesión general en el mismo convento, y llorado en el mismo coro, en donde veintitres años antes la Virgen Santísima le ofreció á su hijo preciosísimo, cuando selló en su alma los sentimientos del amor divino, que siempre le han acompañado en todos tiempos y partes.

El octavo: estando diciendo misa en un altar de la imagen de un Santo Cristo, devotísimo, bajarle gran lluvia de dolor de sus pecados y sentir en su alma que caía de las llagas y de todo el cuerpo de aquella imagen de Jesucristo, Señor Nuestro, un mar de sangre sobre él, que consumía sus culpas, y reconoció grandes efectos de enmienda desde entonces.

El noveno: haberle quitado aquel horror que tenía al Infierno, restituído á más nobles motivos de su dolor, que son los que tuvo de servir por servir, amar por amar, padecer por padecer por Dios, para Dios, con Dios y en Dios.

Lo décimo: haberle librado Dios, con gran

consuelo suyo, de diferentes lazos y peligros, y estar diciendo siempre su corazón, dando gracias á la infinita bondad de su Redención: *Laqueus contritus est, nos liberati sumus.*

Lo undécimo: haberle parecido ya á su alma que aquellas capas de bronce que iba echando con sus culpas, para tener cerrado el Cielo, se habían abierto y desaparecido con la sangre que derramó aquel Señor; con que oraba con más santa confianza y lloraba con consuelo, y le nacía en el alma la esperanza del perdón que antes tenía, si no perdida, no poco desconfiada y amortiguada.





CAPITULO XXIII

De los medios que se valió la culpa, el demonio y su mala inclinación para que este pecador estuviese expuesto á tan grandes peligros de perderse, y lo escribe para que otros escarmienten.

Algunas veces se ha puesto este pecador á considerar qué es lo que pudo inclinar al Señor para que este pecador no cayese de irreparable caída para siempre en el infierno, y que lo ayudase tanto, detuviese, convirtiese y asistiese, y que nunca para siempre lo desamparase; antes bien lo limpiase, le levantase, le diese fuerzas para volver á pelear, penar y padecer, y no dejar de la mano la espada del resistir y el ansia de no pecar, ya vencido, ya venciendo, siempre llorando y clamando.

Y suponiendo que de todo lo que obra Dios en las almas es especial motivo su piedad, que es

sola la que le persuade á que las ampare, ayude, consuele, busque, halle, cobre y las lleve sobre sus divinos hombros, á pasos y pastos de eterni dad; con todo eso es su bondad tan inmensa y se deja tan fácilmente obligar de sus criaturas, que para ejemplo y escarmiento de otros, pondrá aquí este pecador sus daños al caer, y sus remedios y asideros al procurarse levantar.

La primera causa de haber estado tan cerca de perderse para siempre y de haberse relajado tan sin medida ni término, fué el faltarle la humildad; porque si él la tuviera como debía, estuviera más atento á huir de todo aquello que podía ocasionar las ruinas de su alma; y aunque era en lo exterior humilde, pero debía de pensar que era humilde: y aunque procuraba y deseaba ser bueno, pero debía de pensar que era bueno; y por aquella oculta soberbia le debió el Señor de querer escarmentar, con que viese que no era bueno, sino malo, flaco, miserable y lleno de soberbia, ambición, sensualidad y liviandad, y un pródigo despreciador de los bienes de la gracia y de tantas luces y sentimientos devotos como Dios daba á su alma.

La segunda fué el arrojarse sin temor á los peligros y daños, ya de la ambición, ya de la soberbia, ya de mil afectos desordenados y sensuales de la porción inferior. Y esto nacía de

lo primero, que era la falta de temor, de humildad y de entender que no caería ni pecaría por el deseo grande que tenía de no pecar ni ofender á Dios, y este en lo sensitivo es consiguiente que se lo aumentase el demonio, para que en esa confianza se pusiese, empeñase y acercase al despeñadero más á prisa y con más seguridad.

Lo tercero: fué hacerse sordo á las divinas inspiraciones, ó, por mejor decir, replicarlas, que era mayor desvergüenza, por la propia satisfacción y deseo que sentía en sí de no ofender á Dios y pensar que nunca llegaba á ofenderle, y con eso andar buscando razones para defenderse contra Dios, que le alumbraba para que viese que lo que él tenía por razón era pasión; y este es uno de los enemigos más fieros que puede tener un alma, particularmente en naturales vivos, ardientes, discursivos y fecundos de razones, las cuales en juntándolas á alguna secreta pasión, ya sea de ambición, ya de soberbia, ya sea alguna aficioncilla que toque á sensualidad, ú otra cualquier cosa que sea, en habiendo cualquier color para defenderla, aunque Dios avise, llame, clame, vocee y tire de la otra parte, él hallará y buscará razones para su opinión, y que fomenten su antojo y su devaneo; y obligará á Dios á que lo deje y desampare, pues quiere discurrir más que Dios y conocer más que Dios, y otros desatinos

semejantes; y finalmente, andar siempre buscando contra Dios *excusationes in peccatis.*

Y así lo que debe hacer el buen espiritual en estos casos es (en sintiendo el alma algún peligro, y viendo la luz y la inspiración divina que le advierte) caminar, y caminar á lo seguro siguiendo la luz que le dan cuando conoce que le aparta de los peligros; y tener por sospechoso su discurso y su razón si es para acercarse á ellos, y finalmente, tener por pasión á su razón.

Lo cuarto: es haberle entrado en su alma la afición á cosas permitidas que andaban cerca de las prohibidas, y cebándose en las unas, acercarse sobradamente á las otras; y con eso él pensaba (aunque podía y debía no pensarlo) que era poderoso para todo, siendo la misma flaqueza, miseria, maldad y debilidad. Y Dios, que vió que se negaba á sus inspiraciones y que andaba con la razón sin razón, cubriendo y justificando sus pasiones (ó para castigo suyo ó para que escarmentado, como quien cae y se rompe la cabeza, y se huelga el que ama porque escarmiente á mayor daño el herido), lo permitía para que de allí en adelante viviese más atento á los peligros y obrase ya escarmentado con el tiempo que no quiso ni supo obrar cauto. Finalmente, permitió y dispuso esta bondad infinita que cayese, para

que con la caída abriese los ojos, y levantado huyese de las caídas.

La quinta causa fué el no estar atentísimo á huir de todo aquello que era más conforme á su inclinación, porque como quiera que el vano se perderá fácilmente fomentando la soberbia; el ambicioso andando con puestos y dignidades; el sensual entre deleites y recreaciones, y así de los demás vicios, así el que conoce en su alma propensión al mandar, al dominar, al subir, al valer, al juicio propio, á la fragilidad de la carne, á la soberbia ó ambición del espíritu, no sólo debe huir de aquello á que es más propenso, sino estar atentísimo á pelear, humillarse, confundirse y apartarse de cuanto puede arrastrarlo, vencerlo ó sujetarlo. Y este pecador no sólo no huía ni peleaba como debía, apartándose de aquello que le mataba, sino que era tan loco y desatinado, que algunas veces pensaba, probaba é intentaba en medio del peligro estar exento del daño, y quería hallar en el fuego el refrigerio y no mojarse nadando; y esta locura le nacía de propia satisfacción, ya que no de su virtud, por lo menos de su deseo de servir y agradar á Dios y no ofenderle. Esto es bueno cuando se obra con el santo recato, advertencia y atención á huir de todo aquello que de mil millones de leguas se acerca al pecar; pero cuando sirve de acercar el alma á los peligros,

suele ser el mayor lazo, pues aunque haga mayor penitencia que han hecho los Santos y despida más lágrimas y sentimientos que han tenido los más fervorosos penitentes, si él anduviere al obrar, ya por algún secreto asimiento de ambición ó soberbia, sensualidad ó codicia, caminando entre peligros, en ellos, con ellos ó entre ellos, se perderá en ellos de irreparable caída, si ya Dios, por su bondad infinita, como hizo con este miserable pecador, no le levanta caído y le ayuda levantado.





CAPITULO XXIV

De los medios de que se valió la gracia para que este pecador no se perdiese del todo y para siempre, y lo escribe para que otros esperen y peleen.

No hay duda que es infalible, verdadera y constante la sentencia del Santo Job, que después pronunció San Pablo con la misma claridad, *que es guerra la vida del hombre sobre la tierra y que la carne pelea contra el espíritu y el espíritu pelea contra la carne.* Y así como la culpa y el demonio se valían de todos aquellos medios que hemos dicho para ganar y destruir á este alma, Dios y la gracia se valían de otros para tenerla, contenerla, y perdida cobrarla y caída levantarla.

Lo primero: le dejó Dios á esta alma un ansia grandísima de no ofenderle, servirle y agradarle. Y aunque no era eficaz y poderosa para huir de los peligros, y algunas veces para incu-

rrir en los daños, lo era para sentirlos, aborrecerlos, llorarlos y pedir á Dios perdón. Y aunque esto no es lo mejor acompañado de aquello (esto es, pecar y llorar), es menos malo que si fuera aquello solo, porque una cosa es perderse ya vueltas á Dios las espaldas, y esto es perderse del todo. Otra es perderse sin querer perderse, sintiendo perderse y pidiendo á Dios que no le deje perder: este modo de perderse, aunque es de daño el perderse, tiene disposiciones más fáciles de cobrarse.

Lo segundo: le conservó siempre el dolor de cualquiera cosa en que se desviase de agradar á Dios ó se acercase á ofenderle. Y en lo grande y lo pequeño, si caía se levantaba, lloraba, clamaba á Dios, le pedía lo apartase de lo malo, lo conservase en lo bueno y que muriese antes que le ofendiese; y estar un alma clamando á Dios son prendas de que lo halle.

Lo tercero: le conservó la penitencia, el dolor y sentimientos de ofenderle, aborreciendo cuanto no era agradar y servir á Dios; conociendo lo malo y llorándolo; defendiendo lo bueno y abrazándolo; de suerte, que el vencer era con gran gusto suyo y el caer con gran disgusto, porque siempre la razón y la gracia estaban aborreciendo á la pasión y á la culpa.

El cuarto: no haberse rendido á la culpa de

voluntad, que abrazaba las pasiones como á amigos, sino como á enemigos, vencido, rendido y triunfado de la culpa; pero reventando, no caminando (cuanto á los pasos del alma) por su pie, sino arrastrado. Y esto de obrar como obraba el imperfecto, pecaminoso ó malo (aunque es malo obrar con tanta luz y así lo agrava) pero tiene más fácil el remedio que si fuera voluntario de voluntad amigable, y gustoso sobre malo, porque entonces obra el alma, rotas las dos riendas de la razón y vergüenza, persuadida más que no llevada del apetito, sin quererse contener.

Lo quinto: que no dejó la oración y la penitencia, y el pedir á Dios perdón y misericordia, ni aquellos ejercicios que miraban á su agrado y gusto, sintiendo hacer cualquier cosa que lo apartase de Dios, cuanto más aquello en que le ofendía y desagradaba.

Lo sexto: que todos los días confesaba, decía misa y se preparaba, y aunque no era entre estas batallas y miserias con la pureza que debía; pero le parecía á él que la quisiera tener purísima, y así lo entiende ahora, y á los piés del confesor diera la vida por no haber ofendido á Dios y no volver á ofenderle, y en la misa clamaba con voces de su alma, dolorosísimas, y lágrimas bien frecuentes, que no permitiese le dejase y le

librase de estos peligros y daños, y aunque esto era en muchas ocasiones, sin apartarse de los medios del peligro y perdición, debía de compadecerse Dios de ver malo al que quería ser bueno, y enemigo al que deseaba ser su esclavo y amigo, y de ver siervo afligido de la culpa al que en su alma no deseaba ausentarse de la gracia.

Lo séptimo: también debió de compadecerse aquella Divina misericordia de este hombre, porque cuando podía huir de su perdición y le ayudaba Dios á hacerlo, huía de los peligros y andaba siempre buscando á su daño el remedio; y ya clamando, ya orando, ya haciendo penitencia, ya huyendo, siempre estuvo peleando; y era como un luchador y un soldado que ya se levanta, ya lo llevan, ya queda como muerto en la campaña, ya se levanta y pelea, y sin perder el ánimo, herido y vencido, vuelve otra vez á pelear, hasta vencer y escaparse; y este modo de caer y pelear (que se debe á la gracia Divina, que ayuda al pobre soldado que pelea) es de grandes esperanzas, y del que dice el Señor que quien así cae no se perdería del todo, antes volverá á servirle: *Cum ceciderit non collidetur, quia Dominus sipponet manum suam.*

Supone su mano Dios unas veces para que no caíga el alma desde la culpa leve á la grave; otras para que no desde la grave al infierno. Y

se levanta, y todo es caer sobre la misericordia, que le alumbra, le levanta y favorece. Bendita sea tan inefable piedad. Así cayeron David, San Pedro, San Pablo y este pecador pecadorísimo, con mayor superstición que cuanto tiene, ni ha tenido, ni puede tener el mundo.

Lo octavo: debió de ser grande bien para el alma el no haber perdido los sentimientos de Dios y de su amor, dolor con amor, y amor con dolor grandísimo de ofenderle, que este nunca se apartó de su alma, ni su Divina Majestad se le quitó: sino que, aunque como miserable caía, lloraba y se levantaba amando á quien le ayudaba, adorando á quien le amaba y pidiendo gracia y fuerzas para perseverar en lo bueno y no incurrir en lo malo.

Y aunque es así, que el amor imperfecto sensitivo, se compadece con la culpa y tiene en ello mucha parte la naturaleza; pero cuando este amor sensitivo á Dios, tiene ó tuvo su raíz en el racional, espiritual y verdadero, fácilmente con la gracia y por la gracia se hace y se vuelve verdadero, racional y espiritual. Y asimismo no hay amor de Dios perfecto, ni se compadece con la culpa, ni cabe en un corazón, amor de Dios y culpa mortal. Pero de lo que sirve dejar Dios al alma, á quien lo dá aquel sensitivo amor, es para que se vuelva á Dios y llore su culpa y se junte

el sentimiento con el consentimiento; y el amor sensitivo con el espiritual y verdadero, y con eso llore más vivamente sus culpas con motivos de amor y con un dolor vehementísimo y ansia de apartarse de sus culpas, como San Pedro, que no hay duda, que al buscar al Señor la noche de la Pasión en casa de Anás y de Caifás, *ut videret finem*, tenía amor sensitivo y racional: y cuando como flaco lo negó, le quedaría el sensitivo, y con la culpa se le fué el espiritual y racional, y después, como amante vuelto ya en sí lloraba con amor y dolor sensitivo y racional aquella culpa. Y así, aunque no hay duda, que esta verdadera caridad, obra como ama, y es amar con pureza y obrar con ella, sin ofender á Dios, que es el verdadero amor de Dios; con todo eso, tengo por gran bien y merced de Dios para todo tiempo darle su Divina Majestad á cualquiera cristiano tal amor, que ame en todos tiempos el alma á Dios, esto es, que tenga sentimiento de amor de Dios: porque es como tenerle un despertador, para que si como flaco cae, luego vuelva á buscar á quien adora, á quien ama, y tanto más siente haberle ofendido, cuanto más lo quiere y lo siente en su alma amado.

Ultimamente, sólo Dios sabe, y no se puede bastantemente explicar lo que esta alma pasó, lo que padeció, lo que obró la gracia para defender

á esta alma de la culpa; lo que obró el demonio, las malas inclinaciones y pasiones de este pecador para despojar á esta alma de la gracia; lo que Dios obró para que no se perdiese; lo que este desdichado y rebelde pecador obró para perderse; lo que el alma pobre y desamparada de todo y sólo socorrida con los auxilios de la gracia, bondad divina y piedad sobre infinita de su Dios, trabajaba en que no le llevasen á su Dios; y en llevándoselo y en buscarlo, tenerlo y detenerlo, y esta batalla espiritual de perder y cobrar á Dios y asirse firmemente al no perderle, todo se debe á la gracia de aquel Dios, que es todo misericordia.

Bendito sea para siempre este señor (que según espera esta alma en su divina bondad) en esta porfiadísima batalla venció la gracia, triunfó y puso á sus piés la culpa.





CAPÍTULO XXV

Nuevas y repetidas misericordias que Dios obró con este pecador, después que le libró de tan grandes peligros y perdición.

Habiendo salido esta alma pecadora de esta espiritual batalla y naufragio en los brazos de la gracia y piedad Divina, y escapado como el que se está ahogando en la tempestad y le viene por socorro un diestro nadador que le toma sobre sí y le saca á tierra, comenzó con las raices que tenía echadas en su alma el deseo de servir y agradar á Dios, y no ofenderle á retoñecer, y á recibir nuevas y mayores misericordias de Dios, y las ha ido recibiendo en los años siguientes, que él se holgara que fueran eternidades, para haber llorado y servido á un Dios tan bueno y perdonador, y se irán apuntando algunas, por ser dificultoso y aún imposible á su discurso el poderlas referir todas.

La primera: que agradecido á lo que Dios había hecho en él, librándole de tan grandes peligros y daños, fué cada día recibiendo más gracia, y fortificándose más en los propósitos de agradarle y no ofenderle, y á este intento iba repitiendo devociones de la virgen y los santos.

La segunda: le dió gracia el Señor, para que fuera también avivando los ejercicios de la penitencia, y aunque ésta del todo no la dejó, pero la fué aumentando más desde entonces.

La tercera: que frecuentó más el acudir á los hospitales y á asistirles, y á los lugares é imágenes de devoción, señaladamente á las de la Virgen Santísima, en quien siempre ha puesto su corazón y toda su confianza.

La cuarta: en los mismos hospitales iba obrando con más humildad que antes, sirviendo de rodillas á los pobres, y llevando la hollas y lo demás (aunque lo más de esto lo solía hacer antes de treinta años á esta parte).

La quinta: algunos meses antes de lo que se dirá, andando en el coche, particularmente en el campo, en poniendo los ojos por las ventanas del coche, se le presentaba la virgen María, Nuestra Señora, en figura de una niña muy hermosa, con manto azul, corona en la cabeza, la luna en los piés, y esto le duró mucho tiempo, y se le re-

presentaba en el aire, unas veces algo lejos y otras cerca; y aunque él no hacía caso de esto, porque no se ha gobernado por estas cosas, le consolaba muchísimo, y debía de dejarle algunos buenos efectos en el alma. Esto le duró hasta que le sucedió lo que se sigue.

La sexta: le sucedió, que saliendo una mañana (sería como á las once del día) de servir á los pobres en un hospital, tomó su coche para ir á visitar una imagen de devoción de Nuestra Señora, en donde veinte años antes, y más le había sucedido el quererlo el demonio espantar en figura de culebra (como lo ha dicho arriba en el capítulo 14), porque á esta santa imagen tenía grandísima devoción; y le sucedió, que seis ú ocho pasos después de haber partido vió al lado derecho á Nuestro Señor en figura de salvador á pie caminando hacia donde iba este pecador, y el vestido ó túnica parecía morada de color algo claro; el rostro hermosísimo sobre manera; los piés descalzos, el pelo castaño, los ojos claros y hermosos, el semblante grave, humano, pero no alegre. Y cuando vió aquello se enterneció, y cuanto caminaba el coche iba este Señor caminando. Los ojos con que le veía, eran de la imaginación, más no puede jurar que fuesen de ella solamente, porque influía tan eficazmente al entendimiento, calentaba de tal suerte en la volun-

tad y se ponía tan presente á los del cuerpo, que con todos ellos parece que lo veía.

Apeóse y siempre le parecía que caminaba á pocos pasos (como á cuatro ó seis) de su persona y á la mano derecha. Algunas veces volvía este pecador los ojos á la otra parte del coche, y allí se le ponía como á la otra parte, de suerte que le fué continuando esta preferencia cerca de seis años: y hasta ahora no se le ha quitado del todo, más ó menos conforme ha sido su voluntad; particularmente cuando vá á las visitas de las almas lo primero que ve ordinariamente (aunque en estos años últimos no ha sido tan frecuente) es este dulce acompañamiento en este género de presencia.

El juicio que él hace de esto es, que el Señor, para recoger su alma, permite que algún ángel le represente en esta figura, ó que la imaginación y los sentidos necesariamente mirando lo vean de esta manera ó porque así cumpliese su voluntad santísima; y de cualquiera manera, esto lo tiene por cosa de Dios, porque los efectos son: quietud, paz y sosiego, devoción y ninguna propiedad en el alma, recogimiento, amor divino, pureza de conciencia, agradecimiento á Dios, mira lo que dice y habla y ninguna propiedad en el alma, ni asimiento alguno á esto.

Es verdad, que de tres años á esta parte se

mudó el rostro y semblante en figura de que estaba padeciendo coronado de espinas, y así se le ha representado comunmente en estos tres años y en los antecedentes, como salvador, de la manera que tiene dicho.

Lo séptimo: cuando ha tenido algunas tercianas, particularmente en dos ó tres ocasiones, se ha avivado más esta presencia con grandes efectos y ternuras de corazón; y en dos ocasiones se le presentaba su madre santísima en figura de una señora de hasta cuarenta y más años, sumamente hermosa y venerable, y asentarse en un lado de la cama el Señor y su Madre en el otro, mirándolo con agradable vista, y causándole notable recogimiento y amor, consuelo y gozo, y tanta quietud y sosiego en el alma, que se manifestaba que aquello debía de ser obra de Dios.

Lo octavo: en este género de visiones nunca ha sentido en su alma embarazo, ni asimiento, ni afecto, que le cause aflicción, ni congoja ni deseo de que se repitiesen, sino un sosiego y quietud grande, y desasimiento, como sino sucediese; porque siempre lo ha tenido á este género de cosas, como sujetas á engaños, y desde los primeros años de su vocación le ha dado Dios desapego á lo criado, y á criaturas en la voluntad, sin consentirle afecto, ni cosa alguna, que no fuese hacer la voluntad de Dios, y obrar en fe,

en espíritu y verdad, exceptuando el tiempo que ha referido, en que ha vivido ya arrastrado, ya luchando con sus pasiones, pero han sido de otro género, y siempre aborreciendo aquello que á Dios no le acercaba, ó que de Dios le apartaba; porque verdaderameute, aún cuando las pasiones hacían suerte en él y lo perdían, era reventando y aborreciendo cuanto no era este desasimiento, y deseo de ser solo, y todo de Dios, y creo que es la causa de aborrecer cuanto no es de Dios, ó puede tener al servir y agradar á Dios el que desde que le sucedio haberle pegado fuego en su corazón la Virgen con el amor que tenía en sus brazos y manos (que era el dulcísimo Jesús en la ocasión que ha referido en el capítulo diez y seis) y el amor de los bienes eternos, y eterno es enemigo del temporal y de todo lo criado, el amor del Criador le ha defendido aquel amor de este amor, y aquel deseo de Dios de todo deseo que no sea aquel deseo, que es de Dios, en Dios y por Dios.

Lo noveno: le ha dado Dios fidelidad en el alma, si no en el servirle como debe, en conocer que es lo mejor, y procurar seguir lo bueno, cierto y seguro, y aún en lo espiritual en huir de lo que es malo, peligroso ó dañoso. Y siempre que ha sentido cerca de sí al demonio luego le palpita el corazón y teme, y se vuelve á Dios y lo

conoce como si lo viese, y como el polluelo en viendo al gavilán tiembla, y corre como puede á ponerse debajo de las alas de su madre, asi el alma se va á poner en el amparo y protección de su Dios y su padre celestial; y de esto ha tenido harto en los seis años siguientes.

Ultimamente siente y se le ha fijado más en el alma el santo temor de Dios y de sí mismo, y el fiar más en Dios y fiar menos de sí, diciendo diversas veces: *Consige timore tuo carnes meas.*

Y este temor de sí y temor con amor de Dios á Dios, lo tiene por grandísimo tesoro y desea perder antes la vida, que no perderle mientras le dure la vida.



CAPITULO XXVI

Que le mudaron á este pecador de iglesia, y lo que le sucedió para aceptarla, y nuevas misericordias y miserias.

Estando este pecador sirviendo en un Consejo, entre tanto que venían las causas y trabajaba en la defensa de su dignidad, habiéndolas allanado por la divina bondad, le presentaron á otra iglesia, y como quiera que él deseaba más conservarse en la primera y que habiéndole proveído antes á una Metrópoli, se había excusado y se había estrechado con su iglesia con vínculo de voto de no dejarla, por quitar todo motivo á la humana ambición, que en cosa alguna descansa, en esta ocasión rehusó también admitir esta, á que le presentaron.

Es verdad que no era el motivo de no aceptar esta iglesia, tan puro y tan limpio, como lo fué el voto, ó promesa, que hizo de no dejar la

primera: sino por una graduación que había hecho, harto presumida y vana, de sus méritos y servicios y de tantos años y puestos de Ministo y Prelado y que había remediado tantas y tan graves cosas y materias y que le parecía menos crédito de su persona y servicios, el no darle otra que fuese de mayor estimación y graduación, en el concepto común de este género de premios.

Y aunque veía que era preciso aceptar alguna iglesia, por no poder servir la primera á dos mil leguas ausente y más estando constante su Rey, de que sirviese en estas provincias, con que cesaba la causa del voto y era ruína de la iglesia lo que antes podía ser conveniencia; pero quería su vanidad de tal altura esta gracia, que calificase con proporcionada estimación sus méritos y servicios.

Para defender este dictamen de la propia estimación y hacerlo muy puro, espiritual y santo, trabajaba su discurso notablemente: y como para lo peor y para perderse ha sido siempre sutil y agudo este pecador, hallaba tantas razones espirituales y santas, de decencia y de conciencia (sin embargo, que le hacía otras mercedes por sus servicios, abrigadas á esta promoción), que le parecía á él (¡oh amor propio lo que engañas!) que era pecado ser humilde y culpa ser resignado.

A esto ayudaba harto la familia, que ordinariamente se viste y sobreviste ciegamente de la honra de su Prelado, y mide con varas de grande medida sus méritos, y sentían vivamente que no fuese lo que ellos llamaban premio (siendo verdaderamente Cruz) muy á su satisfacción.

Acudía al consejo de varones doctos y espirituales, y él hacía de suerte la relación y ponía de manera el caso, que ordinariamente daban la sentencia conforme á su propio amor, con que cobraba más fuerza en su dictamen y con él su perdición; porque es cierto que, si porfiara en esto, se ponía en infinitos embarazos y disgustos, é inquietudes muy ajenas de camino espiritual y de Dios.

Andando con estas perplejidades, asido el ánimo al dictamen y teniendo por bueno, allá en lo interior siempre el alma andaba fiel y contra las bachillerías del entendimiento. Daban voces dentro de ella la humildad, la sinceridad, la verdad, para que anduviese por el camino del desasimiento y se negase á la propia estimación y exaltación y conociese quién era.

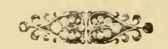
Con estos cuidados se entró un día en el oratorio á orar, ó á adorar á aquella santa imagen de Jesucristo, bien nuestro que siempre ha traído consigo, á la cual cortaron los herejes los brazos y las piernas, y mirando á aquel Señor, le dió

instantáneamente un rayo de luz al entendimiento, y como si fuera una vela encendida que corta y quema un hilo á que está asida alguna cosa, así le quitó el asimiento de su propia voluntad, y al instante se le ofrecieron muchos discursos de verdad y de humildad, y los abrazó con sumo gusto su corazón; porque luego se le propusieron las razones siguientes con que él á sí mismo se reprendía, diciendo: ¿Estoy loco? ¿Qué engaño es este? ¿Es posible que he de resistirme á cosas que ordena Dios? ¿No lo representa el Príncipe? ¿Qué méritos, qué servicios son los míos, que merecen premio alguno? ¿Por culpas me han de premiar? Y cuando hubiera méritos y servicios, ¿cuándo merecía esta iglesia? ¿Cuándo la merced que le acompaña y califica los méritos? Y las iglesias, ¿son premios ó ministerios ó cruces? ¿No es locura discurrir de esa manera?

Finalmente se trocó el corazón y el discurso, y á la hora de comer dijo á los familiares con resolución: *Que quien no le hablase con estimación de la iglesia á que era presentado y le persuadiese á que no la aceptase, era enemigo capital de su consuelo*. Con lo cual volvió á hablar de otra manera á los ministros, que con gran gozo suyo se ajustó. Y es cierto que así se sintió en el cuerpo y en el alma, consolado desde entonces como si hubiera arrojado de sí la peña y pena de

Sisiso, que traía sobre sí, quedándole con este suceso gran luz de acudir á Dios en todo, pues da más su Divina Majestad en un instante, cuando le buscan las almas, que todas las criaturas, aunque estuviesen alumbrando con la luz de su caudal enteras eternidades.

Desde entonces también el Señor, en premio de aquella resignación ó porque es manantial de misericordia, le fué aumentando las luces. Porque habiendo dejado la ocupación de Ministro, se retiró á la soledad, y en ella y con ella vivía siempre en ejercicios devotos de oración y de mortificación, y en la misa, en la mesa, en el oratorio, en la presencia divina y en sus acciones y operaciones, se conocía esta mudanza, y habiendo venido sus bulas, partió el día de su ángel de guarda, á su iglesia, contentísimo de haber de servir á Dios en aquella soledad, que lo era, respecto de los lugares grandes, donde se había criado toda su vida.





CAPÍTULO XXVII

Llega á su iglesia, comienza á obrar en su ministerio y nuevas misericordias y cargos, sin descargo, sino la misma misericordia, que satisface á sus cargos.

Todo el camino hasta llegar á su iglesia, que no fué largo, lo ocupó todo en entregarse de todo á Dios y ofrecerle el corazón, en que hallaba grande consuelo. Llevaba ya apuntados los dictámenes, con que se había de gobernar en el ministerio, como más juzgó que cumplía al agrado del Señor y al aprovechamiento de las almas de su cargo, á las cuales le comenzó á dar Dios grande amor, como le sucedió cuando lo eligió para la primera esposa. Y por estos apuntamientos é instrucciones que él hizo á sí mismo, se gobernó más fielmente por la gracia y misericordia divina que por los que hizo cuando vino de aque-

llas provincias remotas, en los cuales, si hubiera sido observante, de otra suerte estuviera su alma y harto más aprovechada. Si bien puede ser que no hubiera sacado el fruto de la humildad y penitencia que le ofrecían sus culpas, sus pecados y miserias.

Las misericordias que su indignidad ha recibido de su Señor, Redentor y Criador, no se pueden contar ni escribir, sino adorar.

Lo primero: le ha dado en esta iglesia y diócesis que sirve, quietud de ánimo y consuelo para amar todo aquello que puede entristecerle la naturaleza, y para hallar y abrazar con reverencia y gozo, cuantas descomodidades aquí se pueden considerar, hallándose aquí con una espiritual alegría: y esta es grandísima merced, por ser el campo donde se hacen y corren alegremente todas las operaciones de pastoral y ministro; pues si él estuviera descontento con la iglesia y en su diócesis, no hiciera cosa alguna de provecho.

Lo segundo: le ha dado tierno amor á su iglesia y almas de su cargo, y deseo de su alivio y de que consigan la salvación; y por hacerlo, le parece que diera la vida con gran gusto, con que se le hace muy fácil cuanto obra en su servicio.

Lo tercero: á poco tiempo que estuvo, con ocasión de sus empeños y deudas (que eran muchas, por el poco cuidado que ha tenido con la

renta de su dignidad), arrojó de casa (movido de luces é inspiraciones) la poca plata que tenía, coche, litera y todo lo demás que miraba á fausto y ostentación; y esto con una espiritual alegría tan grande, que si como dejaba el coche, pudiera dejar la vida por Dios, con igual gusto y amor la dejaría.

Lo cuarto: á esto ayudó mucho haber leído vidas de santos obispos; y habiendo visto en la de San Martín Turonense, que habiendo sido pobrísimo, con todo eso, al morirse, andaba el demonio buscando en su pobre aposento si había alguna cosa que acusar, y que cuando subía á los cielos su alma, iba el demonio tras ella á ver si había de dondo asirle, le hizo tanta fuerza este ejemplo, que arrojó de casa para pagar sus deudas con ellos, todos estos asideros, que en otros fueran ornamentos debidos á la dignidad; y en su indignidad y miseria de este pecador, podían ser motivos de propiedad.

Lo quinto: siempre que tomaba cualquiera de estas resoluciones y otras de este género que miraban á espíritu de pobreza (que siempre ha amado muy tiernamente), le daban tantos ímpetus de amor, de luz y misericordia, que conocía que era gustosa á Dios aquella resolución.

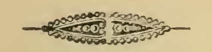
Lo sexto: leyendo en otra ocasión la vida de San Martín, reparó en que por su mano daba de

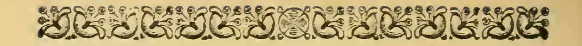
comer á los pobres y los lavaba los piés. Y al instante propuso de hacerlo así; y todos los miércoles y los sábados, cada uno de aquellos días se los lava, les dá de cenar y los sirve de rodillas, y al besarlos los piés lo hace con el mismo consuelo y á la misma consideración que si fuera Jesucristo, bien nuestro. Y aunque desde que entró á servir el ministerio pastoral, todos los jueves ha dado por su persona de comer y servido á doce pobres; pero no ha hallado el consuelo y gozo que en lavarles los piés y servirles arrodillado, y darles después de haber cenado una limosna con que comen el dia siguiente.

Lo séptimo: le ha puesto Dios por su bondad infinita tan gran respeto á los pobres, que de ninguna manera, al servirles, se atreve á cubrirse delante de ellos, y le parece que en cada uno mira á Dios, y así los trata, como si en cada uno viera aquella eterna y divina majestad, principalmente cuando les dá de comer.

Lo octavo: estando en un convento muy santo de su diócesis, salió un día como por entretenimiento á dar de comer á los pobres de la puerta, y le supo tan bien esta ocupación, que luego trató de obrarlo siempre en su casa, en la cual se les daba antes por el limosnero, en pan ó en dinero la limosna. Comunicólo con el guardián del convento, que era hombre docto, y le

dijo que era bueno hacer esto, y que no podía deslucir á la dignidad. Luego lo preguntó á un religioso lego, muy virtuoso (porque este pecador es muy aficionado á consultar con la sinceridad, después de haber consultado á los doctos) y respondió lo mismo. Fuese luego á consultar con el Santísimo Sacramento, que estaba descubierto, y le preguntó si esto sería de su gusto; y le respondieron interiormente que mirase á su Evangelio, y como hablaba de los pobres y se le representaban, y á quien servía el que á ellos les servía. Con que hizo propósito de hacerlo, é indispensablemente lo ejecuta, y por su mano se les escudilla y provee de lo que han menester para comer á medio día de dos ollas grandes, y halla en ello grande consuelo. Y llama cargos á estos ejercicios, y misericordias á estas misericordias, pues cada beneficio es cargo; y en su obrar no halla acción que por el modo, la substancia, la propiedad, la vanidad ú otros géneros infinitos de imperfecciones, con que las echa á perder, no sea una miseria continuada que espera le perdonará la divina bondad y misericordia.





CAPITULO XXVIII

Le va Dios estrechando más las reglas á este pecador y dando inflamaciones de amor:

Con estos y otros ejercicios del ministerio se ha ido más facilitando el obrar aquello que juzga que es más agrado de Dios, y cada día desapropiándose más de todo humano deseo, llevándole la gracia con gran gozo y alegría á servir con alegría al Señor.

Lo primero: le ha ido creciendo de suerte el amor, que algunas veces si no brotaran por los ojos los afectos interiores, le parece que reventaría el pecho; y hasta que salen las lágrimas (y con esto desahoga el corazón) padece el alma mucho en aquellos interiores movimientos. Y aunque es así que desde ahora treinta años que le parece que le imprimió el Señor en su alma su amor divino, ha tenido grandes ímpetus de este divinísimo fuego en todos tiempos, hasta arrojarse

en el suelo clamando, voceando y llorando por no poderlo sufrir; pero no de esta manera, porque aquellos ordinariamente venían por ilustraciones del entendimiento, y de allí pasaban á calentar la voluntad, y ésta á amar y llorar de amor y de dolor de haber ofendido el objeto de su amor. Pero este, que ahora padece, es más dado y sobrenatural; porque sin considerar en cosa alguna, sino con un toque interior tierno y fuerte del amor Divino (aunque más fuerte que tierno), siente ser tocada su alma é inflamada, y de allí pasa el fuego al corazón, y luego se ata la lengua que no puede hablar, y se le levanta el pecho, y hasta que sale el descanso por los ojos llorando (cayéndose y brotando lágrimas los ojos, con un modo notable interior, como si fuese por un surtidor de agua hacia arriba) padece mucho; de suerte, que si durase, corría mucho peligro la vida.

Lo segundo: algunas veces, sólo en nombrando á Jesús, ó viniéndole alguna luz interior, ó nombrando el dulce y suave nombre de MARÍA, se le inflama de manera el carazón, como ha dicho, que parece que se le sale del pecho, y de allí pasa á quitarle el habla, y le dan unos gemidos tiernos, que nunca ha tenido, sino de cuatro ó cinco meses á esta parte, y hasta que se sosiega, aunque sea delante de algunos, ni puede hablar, ni discurrir sino llorar.

Lo tercero: algunas veces siente su alma, tan movida, y da unos saltos y movimientos interiores tales, que teme no prorrumpa en alguna demostración, más que llorar (que esa es ordinaria en la misa, y fuera de ella), de la misma manera que cuando un niño de seis meses está en los brazos de su madre, dando saltos hacia arriba, así ve este pecador en su alma, con vista interior y espiritual, que está en los brazos de la gracia, del amor y de la misericordia, y ella dando saltos interiores, y dulces de alegría y de gozo sobre manera interior y superior, sin estar en su mano el poderla sosegar.

Lo cuarto: un día estando comiendo enfrente de una ventana de donde se veía el cielo, mirando acaso hacia él, vió en todo el espacio del cielo, que se venía un alma sola y sin compañía, y que al derredor no se veía cosa alguna; é interiormente le ilustraron con cierta noticia muy superior, diciéndole en lo más reservado de su alma: *así quiero que camines.*

Lo quinto: comenzó el Señor á darle fuerzas para aumentar penitencia; y siendo así, que había probado á ver si le dejaría la salud dormir vestido como lo había hecho muchos años (y después por sus indisposiciones le dispensaron), habiendo probado en una ocasión, y ocasionándole un gran catarro, que le duró mucho tiempo

y le impidió con calentura acudir al ministerio (que es lo que él siente mucho); probó de allí á dos años, víspera de San Andrés, y se halló bien, y no sintió ninguna indisposición, y así lo continuó y lo continúa.

Lo sexto: dejó la cama y tomó un jergón con grandísimo consuelo suyo; por la paja que tenía le despertaba memorias del pesebre del Señor, y cubriéndose con una manta raída y su capote, comenzó á volver á sus principios de cuando se veía mozo, y cada día se halla mejor, más sano, fuerte y contento.

Lo séptimo: en todas las ocasiones que ha hecho actos de caridad y servido á los pobres en tiempos fuertes de frío, siempre descubierto, jamás por ello se ha acatarrado, ni perdido la salud.

Lo octavo: cada día le ha ido quitando más el sueño (y con gran gusto y consuelo suyo), hasta ir disponiendo que se levante á las tres de la mañana; y siendo así que siempre ha sido trabajado de la cabeza, le ha fortificado de suerte, que no le hace daño alguno para acudir á su ministerio.

Lo noveno: le ha ido estrechando más en la frecuencia de las disciplinas y penitencia del día y noche, y siempre halla más consuelo y salud (si bien siente que el brazo derecho debe de pa-

decer en este ejercicio mucho, porque por la conyuntura del hombro le causa mucho dolor).

Lo décimo: en la comida le ha ido también estrechándole, disponiéndole con santas inspiraciones y deseos que vaya dejando lo regalado. Y así le ha dado á Dios muchos años á la fruta, y si no es en dos ó tres ocasiones ó tiempos (en las dos por enfermo y en la otra por lo relajado), en treinta años no la ha comido otra vez. Ahora le ha quitado todo lo que es truchas, besugos, capones, gallinas y cualquiera otra cosa de este género, y el dulce raras veces se le consienten, y sólo se sirve de dos platos al comer y uno al cenar, aunque haya en la mesa más por los huéspedes.

Lo décimoprimero: con ocasión de que Dios haya piedad de su alma en la hora postrera de su vida, le ha quitado el comer postres y se los ha dado á Dios para que su bondad se los guarde para entonces.

Lo décimosegundo: le ha puesto en que cuando come sea ofreciendo á Dios su corazón, si se acuerda, en cada bocado, y al comenzar algún plato pone los ojos ó corazón en una imagen de Cristo Nuestro Señor, que se le ofrece siete veces; y otras en la de la Virgen, y si así no lo hace no siente consuelo este pobre pecador.

Lo décimotercero: le ha formado el modo de

comer religiosamente en comunidad con su familia, leyendo mientras se come, hallando en ello grandísima utilidad para todo y haciendo se vaya á recibir la bendición de la Virgen antes de ir á comer, y después se vuelve al oratorio á pedir la misma bendición.

Lo décimocuarto: en una ocasión, estando comiendo, tenía delante una imagen de Cristo Nuestro Señor Crucificado, y habiendo hecho este pecador un acto de mortificación interior (y no era de la abstinencia de comer) volviendo los ojos al Santo Cristo, vió con los de la imaginación ó entendimiento ó del cuerpo (que todo participó) un Serafín á sus piés adorándole y besándole, y fué tanto lo que le hirió en el alma á este pecador esto, que se le inflamó el corazón y anduvo movido y con suma reverencia y presencia de aquella vista algún tiempo; y en otras ocasiones, mirando allí, siente recogimiento y amor, y cuando lo escribe está sintiendo muy vivo y ordinariamente sólo con acordarse de aquello.

Lo décimoquinto: en nombrándose, cuando se lee, el Santísimo Sacramento, se descubre este pecador, y no se vuelve á cubrir, y si se nombra el dulce nombre de María, hace lo mismo, como se nombre tres veces, y dos si se nombra el de Jesús. Y si se lee alguna historia de la virgen la oye descubierto, aunque hace gran frío en aque-

lla tierra donde está, mas esto jamás le ha causado, ni ha hecho daño.

Lo décimosexto: en otra ocasión leyendo la vida de aquel varón apostólico el maestro Avila, viendo este pecador el fervor de aquel varón de Dios, y lo que predicaba sólo por la caridad, y lo que él, necesitado de la justicia se defendía de cumplir con tan alto ministerio, se puso á llorar con grande fuerza en su oratorio; después de haber comido, contraponiendo su flaqueza con el fervor de aquel varón santo, que no se podía consolar, y sintió su preferencia allí donde lloraba, y lo consoló y abrazó, y aunque no dejó de llorar, sino mucho más, quedó su alma muy movida é inflamada en amor de Dios: y así ha de predicar, y publicar con su pluma y con su voz la palabra del Señor.





CAPITULO XXIX

De otras misericordias de Dios, y deseos qne le ha dado del consuelo y bien de las almas de su cargo, y de sembrar la divina palabra.

El ansia que le dió Dios á este grandísimo pecador del bien de las almas de su cargo desde que fué consagrado, veinte años ha, cada día ha ido creciendo más, y tan práctico está en este ejercicio, que nada de cuanto él puede alcanzar, y les conviene, puede (si así es lícito decirlo), aunque quiera omitirlo; señaladamente en estos últimos años, porque es tan grande la fuerza de la gracia, que parece que si él no fuera á obrar lo que obra, lo arrastraran y llevaran por fuerza, aunque el amor entrañable que les tiene, ni admite fuerza, ni dilación en lo que obra. Si bien

algunas veces es menester bien la gracia para avivar esta flaca y débil naturaleza, y siente harto las omisiones, que reconoce en tan santo ministerio.

Lo primero: habiendo temido como flaco el andar á caballo y no en coche, como solía visitar antes, por ser esta tierra tan fría, no sólo le ha dado fuerzas, sino consuelo, gozo y salud para hacerlo. Y cuando hace frío ó nieva ó hace aire recio ó hiela, visitando, siente su alma una alegría tan grande, que entonces se pone á cantar ó reir ó á llorar de gusto; y en una ocasión (casi sin poderse contener), helando y ventiscando reciamente, se puso á cantar estos dos versos que entonces se le ofrecieron:

Padecer por el amado
son pasos de enamorado.

Tan contento y alegre, que si le dijeran que dejase lo que hacía y le valdría muchísimo descanso y consuelo, mirara á este consuelo como enemigo capital, por lo que aquel trabajo le recreaba, como dulcísimo amigo.

Lo segundo: nunca ha dejado de exhortar, predicar, rogar ó platicar, no sólo ofreciéndose el caso y hora de predicar, sino en las conversa-

ciones visitando el obispado, hablando con agrado á las almas, mezclando cuanto les puede ser de provecho.

Lo tercero: le han enseñado á que cuando ha de ir á predicar pida á Dios el espíritu de compunción, y en lo interior y exterior vaya triste, ó por lo menos gravemente recogido y compungido; porque sale mejor la palabra divina del ánimo penitente, que del alegre, distraído y relajado.

Lo cuarto: que hable lo menos que pueda ser poco antes de predicar, y ande en silencio, y si no palabras muy medidas y serias, nunca salgan de sus labios.

Lo quinto: halla gran consuelo en predicar con el Señor en el pecho, algo después de haberle recibido en la misa, ó por lo menos sin haber obrado otra cosa que le ocupe ni distraiga, desde que acabó el divino sacrificio.

Lo sexto: raras veces para predicar piensa media hora lo que ha de decirles; sino es que, comunmente, cuando es sermón de importancia, toma una disciplina, se encomienda á Dios, lee el Evangelio y allí apunta aquello que se le ofrece sobre el Evangelio, y alguna vez (mas muy raras) mira algún libro, y pocas veces puede seguir los discursos que allí lee, aunque haga diligencia para ello, porque, aunque quiera, no puede retenerlo en la memoria.

Lo séptimo: en no hallando que apuntar mira al rostro de la Virgen ó de Nuestro Señor, y luego se le ofrece. Otras veces cuando predica, particularmente á los pobres labradores, no piensa lo que les ha de decir, sino que toma la bendición del Santísimo, y dice postrado el himno del Espíritu Santo, hasta el verso: *Sermone ditans guttura*, y luego los versículos y después la oración y después *Iube domine benedicere.* Y responde asimismo: *Benedictione perpetua benedicat nos pater æternus. Amén. Iube domine benedicere. Unigenitus dei filius nos benedicere, adiuvare dignetur. Amén.* Y otra vez: *Iube domine benedicere. Spiritus Sancti gratia illuminet sensus, corda nostra. Amén.* Y otra: *Iube domine benedicere Ipsa Virgo Virginum intercedat pro nobis ad Dominum.* Y otra: *Iube Domine benedicere. Omnes Angeli Dei, omnes Sancti, Advocati mei accipiant cor meum, offerant Domino meo jesu Christo. Amén.*

Luego dice con profunda humildad: Señor, poned en mi corazón, pecho y labios, aquello que más convenga al bien de estas almas y gloria vuestra. Con esta preparación predica una hora, y más algunas veces, y siendo indignísimo é ignorante, le da Dios que decir á las almas de su cargo; que mire á hacerlas mejores y llevarlas á la eternidad de gloria.

Lo séptimo: con este sencillo modo de predicar de que amen á Dios y lo sirvan, y poniéndoles delante las postrimerías, particularmente después que ha dado en contar ejemplos de almas que callan pecados, son y han sido los casos que le han sucedido de sacar almas de veinte, treinta y treinta y cinco años de malas confesiones, tantos, que cien mil años estuviera padeciendo por servirle á Dios esta merced, y por lo que en esto le ha dado su bondad no fuera condigna satisfacción.

Lo octavo: le dió luz y gracia para que estableciese el Rosario de la Virgen en todo el Obispado, que es el Breviario y diurnal de los pobres labradores, como acostumbra á decir.

Lo noveno: le dió ánimo y resolución para aventurarse á morir por el ministerio y bien de las almas de su cargo, sin el cual no se puede hacer lo que conviene. Y decía que los Obispos habían de ser espías perdidas del ejército de Dios, que han de tener jugada la vida para servirle y darla por quien la dió por las almas. Y aunque sentía morirse empeñado de deudas, decía que más quería morir empeñado de hacienda que de comisiones y omisiones en el oficio, por ser menores las penas del empeñado, porque gasta más de lo que tiene, que las del Obispo que hizo lo que no debía ó no llegó á lo que

debía. Y cuando para impedirle estos santos ejercicios se le ofrecía el temor de morir, decía en su corazón: *Buen fiador tengo*, creyendo que Dios sería su amparo y socorro.





CAPITULO XXX

De otras misericordias que Dios hizo en las visitas á este pecador y de sus misericordias, y cómo visitaba su Obispado y repartía al visitar las veinticuatro horas del día.

En las visitas le sucedieron algunas cosas harto sobrenaturales en orden al ministerio.

Lo primero: le ordenó el Señor, su bondad y su gracia, que hiciese la visita constantemente en la forma siguiente:

Llegaba al lugar que había de visitar con su familia á las cinco de la tarde, más ó menos temprano, según se había podido despachar en el lugar antecedente.

En llegando á la Iglesia (á cuyas puertas se apeaba) y dado la bendición solemne al pueblo, entre tanto que venía el Pontifical y ornamentos, hacía junta de los niños y la gente del lugar.

Comenzaba por su persona á explicar y preguntar la doctrina á los pequeños, y con esa ocasión daba luces de enseñanza á los grandes, y á los que le respondían bien daba alguna cosa para acariciar á los padres y madres en los hijos y ganarles á todos el amor, y á los que erraban no les reñía mucho, sino que los animaba para que supiesen más, y por no atemorizarlos ni apartarlos del amor, que es bien que tengan á su Prelado.

En viniendo los ornamentos pontificales y estando preparado, se vestía y decía los responsos solemnes por la Iglesia, y luego descubría el Santísimo con gran consuelo de su alma, y le incensaba y daba, con su Divina Majestad en las manos, la bendición al pueblo. Y en el incensar, y en tenerlo en ellas, le daba Dios particulares sentimientos de amor y de reverencia, y tan grande al incensar y derramar con el incienso su alma delante de aquel Divino Señor, que le parece que si en el cielo se pudiera escoger oficio, él había de pedir el de incensar al Redentor de las almas.

En acabando esto visitaba de Pontifical la pila y lo demás que á esto toca, y volvía al altar y se desnudaba y ponía la capa pontifical, porque deseaba siempre al predicar parecer Obispo y autorizar en los pueblos su dignidad,

por lo que mueve en ellos lo exterior á lo interior.

Luego se postraba delante del Santísimo y recibía su bendición, como se ha dicho arriba en el capítulo antecedente; leíase el edicto, y en acabando comenzaba la plática, y ordinariamente era de una hora ó de tres cuartos.

Todo el discurso de la plática primera se reducía á tres puntos. El primero á mostrarles amor espiritual de su bien y decirles que venía á curar sus almas y componer bien las cosas de sus conciencias, arrancar vicios, plantar virtudes y remediar lo que necesitase de remedio espiritual, así en los eclesiásticos como en los seglares.

El segundo: á que se preparasen para confesar el día siguiente, y que se dispusiesen bien; y aquí les ponderaba lo que importa la gracia, lo que vale, y merece buscarse con ansia la Gloria, el rigor de la cuenta, la delgadeza del juicio, el horror y tormentos del infierno, y que acercarse á las culpas es acercarse á él, y apartarle de él, apartarse de la culpa.

En el tercero les ponderaba el gozo que trae en las almas el servir á Dios, la suavidad y consuelo en confesándose, con qué brevedad y suavidad puede ponerse en gracia por la gracia de Dios, y que no perdieran estas ocasiones ni las indulgencias que ofrecían á cuantos comulgaban

de su mano, y que no callasen pecado alguno, contando algún ejemplo de los que por callarlos se habían condenado.

Ultimamente decía que todo se había de hacer con el amparo de la Virgen, y que así fuesen todos con este pecador á rezar su rosario, para que el día siguiente se obrase todo en su servicio. Con esto les daba la bendición al acabar de la plática, y luego rezaba con todo el pueblo el rosario, y acabado decía un responso y el acto de contrición; luego tocaban á la oración, y hecho esto volvía con todo el pueblo, que ordinariamente le acompañaba á su casa, mostrándole grande agrado: duraba este ejercicio por la tarde tres horas.

A la mañana, cuando ya se habían levantado, enviaba confesores para que se confesasen, y después iba este pecador, y de sepultura en sepultura decía un responso rezado en cada uno de los que habían muerto desde la visita antecedente; luego se sentaba á confesar, y no lo dejaba hasta que todos los que se querían confesar lo hiciesen muy á su gusto, aunque fuese hasta la una y las dos del día, y de esta perseverancia conoció grandísimos frutos y milagros, de que se dirán algunos en otra parte.

En acabando de confesar se confesaba él y se vestía para decir misa al pueblo, y en la misa los

comulgaba á todos de su mano, y en acabando, teniendo el sitial delante, hacía una plática de una hora poco más ó menos.

En esta plática enderezaba el discurso y la doctrina lo primero á darles gracias de su docilidad, y de que se hubieran confesado, explicándoles cuán dichosas eran sus almas de estar en gracia, y pintándoles la hermosura del alma en ella, y la fealdad de la condenada.

Luego les iba dando instrucciones de perseverar, contra juramentos, maldiciones y otros vicios, dejándoles instrucciones cómo se habían de defender del enemigo y sus asechanzas.

Después les dejaba las devociones que habían de tener, y cómo se habían de gobernar para servir mucho á Dios, perseverar y tener presente á Dios y no ofenderle, y vencer una mala costumbre de cualquiera vicio que sea; y á esta plática llamaba preservativa, y á la otra curativa, y con esto les daba la bendición solemne y los dejaba consolados.

Acabada la plática, y dado la bendición solemne confirmaba á todos los que querían, si no es que para más comodidad de los mismos feligreses se aguardase para la tarde.

Entre tanto que él hacía estas funciones el visitador visitaba lo material y tomaba las cuentas y lo demás que tocaba á las almas; y en

casa le comunicaba aquello que tenía dificultad.

Solía salir á la una, á las dos y á las tres de la tarde, y ni al pueblo le causaba molestia alguna (como veían que padecía lo mismo su Prelado), ni él sentía jamás fatiga.

A la tarde volvía á la iglesia y rezaba con sus feligreses el rosario del corazón, decía el responso de despedida y á todos les daba su bendición y los dejaba contentos, y así se acababa la visita y pasaba á otro lugar en donde hacía lo mismo.





CAPITULO XXXI

De algunas cosas que le sucedieron visitando su Obispado.

Las cosas que en estas visitas le sucedieron fueron notables.

Lo primero: le sucedió, no una vez, sino tres ó cuatro, llegar un pecador á sus piés cuando ya acababa de confesar y decirle que el demonio le estaba persuadiendo á que no se confesase con su Prelado, y que se había salido de la iglesia dos veces y que otras dos se había entrado á ella por haberle dicho al oído una voz, que fuese y se confesase con él: y era un pecado callado de muchos años, que confesó con grandes lágrimas. Otro estando en el campo arando dejó los bueyes y el arado, y vino á los piés de su Prelado, diciendo: que le estaban persuadiendo, sin saber quién, que se fuese á confesar y confesose, y ne-

cesitaba de confesarse, como el otro, por pecados callados adrede en la confesión.

En otra ocasión, diciéndole á un pecador de treinta años de malas confesiones por un pecado callado, y preguntándole que cómo lo había callado tanto tiempo, respondió: que de vergüenza, y que sino hubiera venido su Prelado y no le oyera predicar, muriera de esa manera.

Otra persona que se hallaba en el mismo estado le dijo que así como entró por la puerta de la Iglesia su Prelado, le pareció que veía á su ángel, y que luego le dijo su corazón: *Con este te has de confesar y salir de mal estado.*

De este género de confesiones sólo en esta visita hizo más de veinticuatro, quedando las almas consoladas, y asimismo este pecador, y lo advierte para que sepan los Obispos y Prelados cuánto importa predicar y confesar por sus personas, y que se animen á confesar y predicar por sí mismos, porque harán gran bien á las almas de su cargo.

Procuraba mostrarles mucho amor y humanidad, hablándoles y acariciándoles para que no les apartase del remedio la autoridad y gravedad que ordinariamente acompaña la dignidad, porque en estas ocasiones es tiempo de consolar con amor, dulzura y suavidad á las almas, y guardar la gravedad y autoridad para otras, como

cuando se defiende un punto de honra de Dios, ú otro de jurisdicción eclesiástica ó de disciplina ó corrección necesaria.

En medio de todas estas misericordias que le hacía Jesús dulcísimo y gloriosísimo su Señor, tenía tantas miserias y omisiones este pobre y perdido pecador en todo género, que aunque su deseo era bueno y de la gloria de Dios, y por todo el mundo no le ofendiera; pero su ignorancia, flaqueza y poco seso, falta de prudencia, de celo, de virtud y de espíritu, de que andaba rodeado, le daba materia bien fecunda á muchas lágrimas.





CAPITULO XXXII

De otras misericordias que Dios le hizo en las mismas visitas y cosas harto notables.

Una de las cosas por que este pecador tiene más que adorar á Dios, es por haberle dado gracia para mejorar las almas y facilitarles los medios y disposiciones para hacerlo, y hacer más fácil lo que á todos les parecía imposible.

En una ciudad propuso hacer una Congregación de eclesiásticos y seglares, y á todos pareció imposible, y dentro de pocos días no sólo fué posible, sino que ha echado tan hondas raíces en la virtud y perseverancia, que por la bondad divina se consigue de ella y en ella muy grandes frutos, y se espera que ha de durar para siempre.

En otro lugar formó otra (en tres días) de oración y ha sido consuelo de aquel pueblo, y

los mismos que al principio la censuraban, después más fervorosamente la frecuentaban.

En otro comenzó á conferir sobre esta materia con la gente más honrada y virtuosa, y no hubo alguno que no lo dificultase; y comenzando á obrar se dispuso de manera que es el consuelo, reformación y alegría de aquel pueblo, siendo grande, comprendiéndose en ella el estado eclesiástico y secular.

De este género de sucesos, confesiones generales, amistades, paces y restituciones se han hecho muchas en todas partes, llevados de las exhortaciones de su Prelado. Y esto es bien que lo entiendan los que gobiernan almas, porque si este pecador obispo, ignorante sobre malo, sólo con hablar sencillamente y mostrar amor á los súbditos y acariciarlos en cuanto él podía, socorrerlos y servirlos, hacía fruto en sus súbditos, ¿qué harán ó qué no harán tantos, tan grandes y tan santos obispos como hay en todas partes, si predican, confiesan y exhortan?

En todas las visitas, aunque al principio traía cama, se la quitó Dios y no se la dejaba traer ni desnudarse, ni comer regaladamente, ni de lo que tenía prohibido, y se levantaba á las cuatro de la mañana, poco más ó menos, y andaba á caballo con soles, aires y frío y tenía cerca de sesenta años y dos fuentes. Todos los días hacía

dos pláticas, y confesaba y caminaba de un lugar á otro, y siempre volvía de la visita mejor, y más gordo de lo que salía á ella, y sucedieron en ellas algunas cosas particulares.

Lo primero: le sucedió muy ordinariamente que cuando había de estar más cansado se hallaba más descansado, y después de haberse fatigado todo el día, al acabar el rosario de la Vírgen, que era el último ejercicio, á las siete, y á las ocho de la noche en el invierno, entonces le venía un género de descanso y alivio tan grande, que si se comenzasen los ejercicios del día, se hallaba, no sólo con más aliento en el ánimo, sino en el cuerpo, para comenzar á obrar.

Lo segundo: de tres años á esta parte particularmente, le ha sucedido aligerarle el cuerpo y quitarle todo lo pesado de él, porque siendo así, con cincuenta y ocho años de una vida de muchas fatigas, enfermedades, jornadas, trabajos, y (lo que es más y peor) cansada, atormentada y quebrantada de pecados, apenas se puede levantar cuando se postra. Y otras veces de cualquiera cosa se cansa, aunque no ande sino trescientos pasos. Con todo eso, cuando venía á las siete ó á las ocho de la noche de hacer pláticas á pié, otras á caballo y volvía solo ó con un criado á su casa, se hallaba el cuerpo tan aligerado y suelto, como si á un hombre que era de plomo lo hubieran

hecho de corcho, y solía al andar ir con tanta ligereza y decir á Dios: *Señor ¿qué es esto que me dais? ¿Qué quereis de mí?* Admirado de que esto pudiese hacer; y esto le ha sucedido diversas veces.

Lo tercero: en una ocasión, después de haber predicado y hecho otros ejercicios espirituales, fundando una Congregación, viviendo entonces en un convento muy santo, habiendo vuelto á las siete y media ó á las ocho de la noche, se entró en un coro bajo para aguardar la familia y rezar con ella el rosario; y estando arrodillado en un rincón del coro, se le pusieron delante tres Santos, que eran San Bernardo, Santo Domingo y Santo Tomás de Aquino, con una presencia tan tierna para el alma y una ilustración tan amable al entendimiento, ó á la imaginación, ó á todo junto, y tan tierna y dulce, que le consoló muchísimo. Estaban con sus hábitos mismos, y que le mostraban agrado y que le asistían como sus amparadores. Y ahora no puedo escribir esto sin bien abundantes lágrimas. Era este convento de nuestro Padre Santo Domingo.

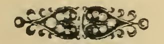
Lo cuarto: en otra ocasión, en este mismo convento, habiendo madrugado antes que se levantase la comunidad para ir á recibir la bendición del Santísimo, al coro alto, llevó una carta pastoral para que sus súbditos ofreciesen á Dios

repetidas veces su corazón, y simplemente arrodillado dijo: *Dios mío y Señor de mi alma, dad espíritu á estas palabras muertas y vida de gracia á estas obras; haced que todo sea para gloria vuestra y bien de las almas; dadme á mí trabajos y penas y á Vos gloria y alabanzas*, ú otras cosas de este género. Le sucedió que estando diciendo esto, desde la llaga de los piés de una imagen de Cristo Nuestro Señor, que estaba en lo más alto del altar, vino un rayo de luz ó fuego sobre la misma carta pastoral y de paso abrasó de manera el corazón de este pobre pecador, que hubo de derramar muchas lágrimas para poder descansar.

Lo quinto: en otra ocasión, habiendo partido con su familia por no gravar al cura con quedarse allí aquella noche, con grande ventisco y agua, con su gente, salieron después las cargas, en las cuales venía el Niño Jesús, que siempre trae consigo, y habiendo andado dos leguas de noche, lloviendo, por malísimo camino y barrancos, y estando á pique de caer la familia, y este Obispo ya casi del todo caído de la mula, ninguno cayó, siendo así que las cargas siempre llegaban en camino bueno media hora, y una después que las mulas, y que en este camino, que era malísimo, y de noche, con aguas, habían de llegar más de dos horas después; y así como llegó á la Iglesia,

pidió que con luces fuesen á buscarlas, y se pusieron á caballo para esto. Apenas salieron del lugar, á menos de doscientos pasos, poco más, las hallaron buenas, sin haber caído, ni otra cosa de daño ó dificultad, diciendo el mozo que el Niño Jesús era quien lo había traído, apenas sabiendo cómo ni de qué manera pudo llegar estando lloviendo por mal camino y andar dos horas de tiempo.

Lo sexto: en otra ocasión, visitando á caballo después que dejó el coche, saliéndole en un lugar á recibir los niños, como acostumbran, se le puso delante de la mula un niño de cinco años, arrodillado, y paró este Obispo y le dijo: *¿Hijo, qué quieres?* Y dijo el niño: *¿Dónde biene el Obispo?* Respondióle: *Yo soy el obispo* Dijo entonces el niño, con un modo de falsía bien notable: *¿Pues qué ha hecho del carricoche?* Causóle notable consuelo, y le hizo muchas fiestas al niño, pero le dejó admirado el verle tan desproporcionado á su edad, que le daba con ironía la enhorabuena de que hubiese dejado el coche y visitase á caballo. Finalmente consoló no poco á su alma este niño.





CAPÍTULO XXXIII Y ULTIMO

Dáse fin á esta vida interior.

Desde su primera vocación comenzó el Señor á disponerle á este pecador el que anduviese con vida y ejercicios ordenados cada día, de suerte, que en todas las veinticuatro horas tuviese cierta y determinada ocupación. Y estos diarios los ejecutaba más ó menos puntualmente, conforme eran las ocupaciones y variedad de negocios ó fragilidad y miseria de este mal cristiano y sacerdote.

Pero después que su Divina Majestad le llamó perdonado de su bondad (según espera de su misericordia) á vida más abstraída dentro de una ocupación tan oficiosa, como la del ministerio pastoral, se los puso más precisos y lo llevaba, sino arrastrado, gustosa y voluntariamente compelido con la fuerza de la gracia, más puntual á seguirlos y ejecutarlo.

Levantábase á las tres de la mañana en todos tiempos, invierno y verano (aunque al principio era á las cuatro), y en levantándose ofrecía á Dios su corazón con breves jaculatorias. Cuando el cuerpo pedía más sueño, lo animaba diciendo: *Mira que está el Señor á la puerta con todos los que le acompañan, y hacen jornada á la eternidad; levántate á seguirlo y acompañarlo, no sea que se vaya y después no le puedas alcanzar.* Con esta consideración se animaba, como si hubiera de hacer jornada; y era tan poderosa esta meditación, que de ninguna manera le parecía que podía resistirse á sus impulsos y movimientos.

LAUS DEO

LIBRO

DE LAS

VIRTUDES DEL INDIO



SEÑOR

Pocos ministros han ido á la Nueva España, ni vuelto de ella, más obligados que yo al amparo de los indios, y á solicitar su alivio; porque cuando me olvidara de las obligaciones de sacerdote, en cuya profesión es tan propio el compadecerse de los miserables y afligidos, no podía olvidarme de la de pastor y Padre de tantas almas como están á mi cargo en aquellos reinos, en la dilatada diócesis de los Angeles, que, sin duda, cuando no en la latitud y extensión, en el número de indios llega á tener casi la cuarta parte de todo el distrito de aquella Real Audiencia de Méjico. Y claro está que no hay Padre tan duro de corazón que vea y oiga llorar, y lamentarse á sus hijos, y más siendo pobrecitos

é inocentes, al cual no se le conmuevan las entrañas, y se aflija y lastime, y entre á la parte de sus penas, pues aun el cuerpo (tanto antes difunto) de Raquel, ya reducido á polvo, lloró sin consuelo, con lágrimas vivas, la muerte de sus perseguidos hijos inocentes, por inocentes, por hijos y por perseguidos.

A esto se añade la confianza que Vuestra Majestad ha sido servido hacer de mí, para que le desempeñase del ardiente deseo que ocupa siempre el Real corazón y piedad de Vuestra Majestad al consolar y amparar á estos pobrecitos. Habiéndome honrado con la plaza de fiscal de Indias más há de veinte años, en cuyo oficio principal es ser protector de los indios, y con la de consejero del mismo Consejo, que todo se emplea en su amparo, y en uno y otro oficio se jura el favorecerlos, y después con el cargo de visitador general de aquellos Tribunales de la Nueva España, cuyas primeras instrucciones se enderezan á aliviar y consolar á aquellos desamparados y fidelísimos vasallos, y con el de virrey y gobernador, que en sus principales instrucciones se le pone ley precisa á su defensa y conservación, y el de juez de las residencias de tres virreyes y electo metropolitano de Méjico, que todos son vínculos eficacísimos para obligarme Vuestra Majestad á que cuidase de un

punto tan importante, y de tanto servicio de Dios y de Vuestra Majestad, y que así al Consejo como á todos sus ministros, con decretos, cédulas y órdenes apretadas nos manda, solicita y exhorta que asistamos á este debido cuidado.

Y cuando tantas obligaciones no me pusieran en la ansia de su alivio y conservación, me ocupara todo en ella la experiencia y conocimiento práctico de las fatigas y descomodidades de estos pobres. Porque así como cada oficio de estos no bastara á conocer las tribulaciones y penas que padecen; pero todos juntos han hecho evidencia y conclusión en mí, lo que en otros no tan experimentados puede quedar en términos de duda. Porque los virreyes, por muy despiertos que sean en el cuidado de su ocupación, no pueden llegar á comprender lo que padecen los indios, pues en la superioridad de su puesto, llenos de felicidad, sin poderse acercar á los heridos y afligidos que penan, derramados y acosados por todas aquellas provincias, tarde y muy templadas llegan á sus oídos las quejas. Y como se halla acompañada aquella gran dignidad frecuentemente de los instrumentos y sujetos que se las causan, y de los que disfrutan sus utilidades á los indios, no sólo impiden el oir los gemidos y ver las lágrimas de los oprimidos y miserables, sino que los ponen en concepto de culpados,

siendo verdaderamente inocentes, y sobre consumirlos con penas, se hallan también mal acreditados de culpas.

Y así, para averiguar estas verdades, es mejor oficio el de visitador general del reino. Pero ni este solo bastara, respecto de que la humana naturaleza y malicia en todos generalmente, como se vió en la primera culpa de Adan, aun dentro del Paraíso, en andándole á los alcances luego se arma y viste de disculpas, y valiéndose unas veces de la fuerza, otras de la calumnia y otras del poder, procura que falten los medios á la pesquisa del visitador, y unas amenazando á los testigos, y otras á las partes, y otras al juez, y otras interponiendo dilaciones, diferencias y competencias entre las jurisdicciones é informando siniestramente al Consejo, no sólo se suelen librar del suplicio y pena que merecían sus excesos, sino que turban y obscurecen las probanzas del delito, y echan todos los cuidados sobre cualquiera juez y ministro celoso que trata de reformarlos y que no quiere componerse con ellos.

Por esto es más á propósito para conocer estos daños (aunque no para castigarlos) el oficio de prelado y pastor, el cual como por su ocupación se ejercita en apacentar sus ovejas, verlas y reconocerlas, llamarlas, enseñarlas y buscarlas por los pueblos y los montes, y de quien no se

recatan los interesados ni los lastimados tanto como del juez ó visitador, porque siempre hablan al prelado con la confianza de padre, habiendo ya visitado tan dilatados términos de aquel reino con entrambas calidades y jurisdicciones, es cierto que aquello que de los unos oficios se ocultó á mi noticia, vine á comprender y reconocer fácilmente con los otros; con que este conocimiento y el que tengo de la piedad de Vuestra Majestad, y cuán grato servicio le haremos los ministros y prelados en darle motivos á hacer las leyes más eficaces en su ejecución, siendo en su decisión tantísimas, me ha obligado á tomar la pluma, y ofreceré á Vuestra Majestad lo más sucintamente que he podido, los motivos que están solicitando á la clemencia de Vuestra Majestad y santo celo de sus ministros, á que animen estas leyes y las vivifiquen con su misma observancia, usando de aquellos medios que más se proporcionen con la materia y el intento, pues no serán dificultosos de hallar. Porque las leyes sin observancia, señor, no son más que cuerpos muertos, arrojados en las calles y plazas, que sólo sirven de escándalo de los reinos y ciudades, y en que tropiezan los vasallos y ministros, con la transgresión, cuando habían de fructificar observadas y vivas toda su conservación, alegría y tranquilidad.

Para esto me ha parecido que era buen medio proponer á Vuestra Majestad las calidades, virtudes y propiedades de aquellos utilísimos y fidelísimos vasallos de las Indias, y describir su condición sucintamente y referir sus méritos, porque todo esto hace en ellos más justificada su causa, y en Vuestra Majestad más heroica y noble la razón de su amparo, y después de haber referido sus virtudes y alegrado con ellas el ánimo real de Vuestra Majestad, describir en otro breve tratado sus trabajos, para solicitarle y promoverle su remedio, y en tercero, con la misma precisión ofrecerle los medios y remedios que pueden aplicarse á estos daños, no poniendo aquí cosa que no haya visto yo mismo y tocado con las manos, y aun estas mismas por diversas relaciones son por mayor notorias al Consejo de Vuestra Majestad; y tampoco acumularé á este discurso erudición alguna, sino que propondré á la excelente religión y piedad de Vuestra Majestad la sencilla relación de lo que conduce al intento.

Suponiendo, señor, que hablo primero y principalmente de los indios y provincias de la Nueva España, donde yo he servido estas ocupaciones que he referido, y no de otras, si bien las del Perú son en muchas cosas muy semejantes á ellas, aunque con alguna diferencia en la condición de los naturales. Porque estas dos partes

del mundo, septentrional y meridional, que componen la América, parece que las crió Dios y manifestó de un parto para la Iglesia, cuanto á la fe, y para la Corona Católica de España cuanto al dominio, como dos hermanos gemelos que nacieron de un vientre, y en un mismo tiempo y hora, y aun así en la naturaleza conservan el parecerse entre sí en innumerables cosas, como hermanos.





CAPÍTULO PRIMERO

Cuán dignos son los indios del amparo Real de Vuestra Majestad, por la suavidad con que recibieron la ley de Cristo Señor Nuestro con el calor de sus Católicas banderas.

Para Vuestra Majestad y su religión esclarecida, el mayor motivo es el de la fe, porque en la Corona y augustísima casa de Austria, más que en todas las del mundo, ha resplandecido esta excelente virtud con dichosísimos incrementos de ella por todo el orbe universal, siendo cierto que el celo de los señores Reyes Católicos, en cuyo tiempo se descubrieron las Indias. y el de los serenísimos reyes emperador Carlos V y su madre la señora reina doña Juana, en el cual se conquistó la Nueva España, y de los tres piísimos y catolicísimos Filipos, sus hijos y sucesores, en el cual se ha propagado, no se ha

movido á descubrir y conservar aquel dilatado mundo, sino sólo por hacer más extendida la fe y más gloriosa y triunfante la Iglesia Católica.

Todas las naciones de Asia, Europa y Africa, han recibido, señor, la fe católica, no hay duda, porque hasta los últimos términos del orbe se oyó la voz evangélica por los Apóstoles Santos, sus primeros propagadores, publicada. Pero también por los anales eclesiásticos y los martirologios de la Iglesia, y por las lecciones mismas de las *Canónicas Horas*, y por la celebración de las festividades, se manifiesta cuánta sangre de mártires costó el establecerla, y cuánta después el conservarla. Porque más de trescientos años se defendió la idolatría de la religión cristiana, y con la espada en la mano, con infinita sangre, conservó acreditada y falsamente adorada su errada creencia y culto.

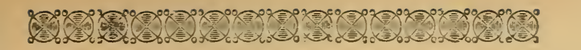
No así, señor, en la América, en donde como unas ovejas mansísimas, há pocos años y aun meses, como entró en ella la fe se fueron todos sus naturales reduciendo á ella, haciendo templos de Dios y deshaciendo y derribando los de Belial, entrando en sus casas y corazones las imágenes, y pisando y enterrando ellos mismos con sus mismas manos su gentilidad, vencida y postrada por el santo celo de la Católica Corona de Vuestra Majestad.

Este, señor, es un mérito excelente y muy digno de ponderación, y de que la esclarecida y ardiente fe de Vuestra Majestad le reciba, le estime, y que así en su Real piedad como en toda la Iglesia, hallen el premio que merecen estos naturales por tan grande suavidad, docilidad y sencillez con que recibieron nuestra santa fe.

Asimismo es constante por todos los anales y crónicas eclesiásticas y Padres de la Iglesia, que apenas la religión católica desterró la idolatría de todas las naciones de Africa, Asia y Europa, después de haberse defendido tan obstinadamente, cuando nacieron luego mónstruos horribles de heresiarcas y heregías que molestaron y persiguieron la Iglesia, no menos poderosa y despiadadamente que la misma idolatría. Pues vemos que en tiempo del mismo Constantino Magno, padre y amparo de la Católica religión, ya Arrio, y poco después Eutichas y Macedonio y otros, envenenaron las puras aguas de la cristiana y verdadera doctrina y llevaron con perniciosos errores innumerables almas tras sí, y hasta el día de hoy poseen sus discípulos y beben y viven sus nefandísimos hijos y sucesores de aquella abominable enseñanza, y poseen con ella infamada muy gran parte de Europa y casi toda la Asia y Africa.

No así esta cuarta parte y la mayor del mundo, la América, la cual, virgen fecundísima y constantísima, no solamente recibió la fe cristiana con docilidad y la romana religión con pure za, sino que hoy la conserva sin mancha alguna de errores ó heregías, y no solo ninguno de sus naturales otra cosa ha enseñado que la católica religión, pero ni creído ni imaginado; de suerte que puede decirse que en esta parte del mundo se representa la vestidura inconsutil y nunca rompida de Cristo Nuestro Señor, que no permitió Su Divina Majestad fuese dividida en partes, sino que toda se conserva y se guarda entera para Dios y para Vuestra Majestad. Circunstancia muy digna de que los dos brazos, espiritual y temporal, el Pontífice Sumo y Vuestra Majestad, concurran al bien, amparo y favor de tan beneméritas provincias y cristianas como son las de América.





CAPÍTULO II

De lo que merecen los indios el amparo de Vuestra Majestad, por el fervor grande con que se ejercitan en la religión cristiana.

A lo referido se llega el promover esta fe y conservarla los indios con muy hondas raíces de creencia y excelentes frutos de devoción y caridad. Porque si no es que en alguna parte, por falta de doctrina y de ministros, haya algunas supersticiones, es cierto que en todas las demás de este nuevo orbe son increibles, señor, las demostraciones que los indios hacen de muy fervorosos cristianos, como se ve en las cosas siguientes que yo mismo he mirado y tocado con las manos.

Lo primero, en las procesiones públicas son penitentísimos, y castigan sus culpas con increible fervor, y esto con una sencillez tan sin vanidad, que sobre no llevar cosa sobre sí que cause

ostentación ó estimación, van vestidos disciplinándose duramente, con incomportables cilicios, todo el cuerpo y el rostro, y descalzos, mirando una imagen de Cristo Señor Nuestro crucificado, en las manos, y tal vez, para mayor confusión, llevan descubierta la cara, y esto con una natural sencillez y verdad, que á quien lo viere y ponderare, causa grandísima devoción y aun confusión.

Los demás van en las públicas procesiones todos, hombres y mujeres, con imágenes de Nuestro Señor Jesucristo crucificado en las manos, mirando al suelo ó á la imagen con grande y singular humildad y devoción.

No hay casa, por pobre que sea, que no tenga su oratorio, que ellos llaman *Santo Cali*, que es aposento de Dios y de los santos, y allí tienen compuestas sus imágenes, y cuanto pueden ahorrar de su trabajo y sudor lo gastan en estas santas y útiles alhajas, y aquel aposento está reservado para orar en él y retirarse cuando comulgan con grandísima reverencia y silencio.

Un día antes que comulguen, señaladamente las indias, ayunan rigurosamente, y deseando que á la pureza del alma corresponda la del cuerpo, se ponen ropa limpia y se lavan los piés, porque han de entrar descalzos en la iglesia, y cuando vuelven de estar en ella perfuman los

santos de su casa en señal de reverencia, y aquel día, ó se encierran á rezar delante de ellos ó se están todo él en las iglesias, ó visitan los templos de la ciudad ó lugar donde se hallan, y todo esto con grande humildad y devoción, que nos da que aprender á los ministros de Dios.

En las ofrendas á la Iglesia son muy largos, porque nunca ellos reparan, en medio de sus trabajos, de sembrar para sus templos, y cuanto granjean es para ellos, y allí ponen su tesoro donde está su corazón. Finalmente, en habiendo pagado su tributo, todo lo demás lo emplean liberalmente en el divino culto y en sus cofradías, imágenes de santos, pendones, mitras, cera y cuanto promueve el servicio de Nuestro Señor, sin que por ellos se haga, comunmente hablando, resistencia á esto, particularmente cuando ven que sus ministros tratan sólo de aumentar las cosas divinas en su doctrina, y no de granjear utilidades con ella.

Y en el sustento de los ministros de la Iglesia, religiones y sus ofrendas, son asimismo muy liberales, porque ellos son, señor, fuera de lo que Vuestra Majestad da de sus cajas, los que en toda la Nueva España sustentan los sacerdotes y religiones; ellas dan ración á los maestros de la fe, que de entrambas profesiones los doctrinan;

ellos les hacen frecuentes ofrendas; ellos les ofrecen los derechos de las misas; ellos son los que fabrican las iglesias, y esto lo hacen en cuanto ellos alcanzan y pueden, con mucha alegría, suavidad y liberalidad; y digo en cuanto ellos alcanzan, porque tal vez se les pide lo que no pueden, y entonces no hay que admirar que porque no pueden no quieran, ó lo hagan con disgusto y pesadumbre.

La humildad y respeto, señor, con que tratan á sus ministros y prelados, creciendo éste en el afecto y demostraciones, cuanto ellos crecen en la dignidad, es admirable, besándoles las manos con grande reverencia, estando arrodillados ó en pie en su presencia aguardando sus órdenes, allanándoles los caminos cuando van á sus visitas, previniéndoles comida, jacales y enramadas para su descanso, y procurando agradarles en todo con una solicitud y ansia atentísima.

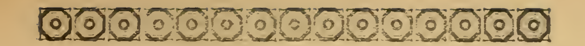
La devoción y puntualidad en el rezar y decir la doctrina en voz alta es notable, y al irse á cantar á la misa y la división con que están en las iglesias apartados los hombres de las mujeres, asistiendo con admirable reverencia en los templos, los ojos bajos, el silencio profundísimo, las humillaciones, genuflexiones concertadas, las postraciones tan uniformes y el orden tan grande, que dudo mucho que haya religión tan per-

fecta y observante que este exterior culto con mayor humildad le ejercite y ofrezca.

La piedad en el culto divino en que se explica la viva fe que en los indios vasallos de Vuestra Majestad está ardiendo, es grandísima. Y pocos meses antes que yo partiese de aquellas provincias, vino de más de cuarenta leguas, y por asperísimos caminos, un cacique llamado don Luis de Santiago, gobernador de Quautotola, doctrina de Xuxupango, á quien yo conocía desde cuando fuí á visitar aquella provincia, el cual era hombre de ochenta años de edad, y que parece imposible que tuviese fuerzas para tan largo viaje, persona sumamente venerable y que había sido el padre y amparo de aquella tierra, y temblándole ya todo el cuerpo y las manos de vejez, me dijo: «Padre, bien sabes que cuanto he »tenido lo he gastado en la iglesia de mi lugar (y »era así todo lo que decía) y en la defensa de »aquellos pobres indios para que los contasen y »no los llevasen más tributos de los que debían. »Ahora, viendo que me he de morir muy presto, »hallándome con ciento y cincuenta pesos, quería »antes gastarlos en hacer un ornamento para mi »iglesia del color que te pareciere; ruégote que »hagas que así se ejecute, y que me des la bendi»ción para volverme á mi tierra á morir.» Y alabándole yo su piedad, dí orden luego que se eje-

cutase cuanto ordenaba, y conseguido ésto volvió muy contento á morir á su casa, con haber hecho á Dios este servicio; de este género de afectos píos de estos pobrecitos, podía referir otros á Vuestra Majestad que confirmen su Real, generosísimo y piísimo ánimo para su más seguro amparo y protección.





CAPITULO III

De lo que merecen el amparo Real de Vuestra Majestad los indios por la suavidad con que han entrado en su Real Corona, y su fidelidad constantísima.

Así como estos fidelísimos vasallos de Vuestra Majestad son dignos de su Real amparo por la facilidad y constancia con que recibieron y conservan la fe, y el afecto y devoción con que ejercitan con excelentes actos de piedad, no lo merecen poco por la grande facilidad y prontitud con que se sujetaron al Real dominio de Vuestra Majestad y entraron á serle súbditos y vasallos, en que han excedido á cuantas naciones se han sujetado á otro príncipe en el mundo.

Porque como quiera que en sus principios no entraron en la Corona Real por herencia ú otro de los comunes derechos, sino por elección de ellos mismos, que voluntariamente se sujetaron

al señor emperador Carlos V, y por la aplicación de la Apostólica Sede á la Corona de Vuestra Majestad por santísimos motivos, y una justa conquista y jurídica acción, para introducir estas almas en la Iglesia y apartarlos de muchas idolatrías y sacrificios humanos y otras barbaridades que les enseñaba el demonio, á quien servían, y como quien para sacarlos de aquella durísima esclavitud, los traía al suave dominio de Vuestra Majestad, y de hijos de ira y de indignación, por este medio los reducían sus católicas armas á la libertad de hijos de la Iglesia, y á gozar del honor de ser vasallos de su católica y religiosísima Corona, y de una excelsísima y devotísima casa, como la de Austria, claro está que es muy loable y ponderable, y que pone en grande obligación á Vuestra Majestad el haber hallado á estos naturales tan fáciles y dóciles á este bien y tan suaves á inclinar la cabeza al yugo de la Real dignidad y jurisdicción.

Porque así como Hernan Cortés le dijo á Motezuma, rey universal de la mayor parte de la Nueva España, que le enviaba un gran príncipe y emperador, llamado Carlos V, á aquellas partes, para que no idolatrasen en ellas ni comiesen carne humana, y ni él ni sus vasallos cometiesen otras fealdades y vicios, y que le convenía ponerse debajo del amparo de aquel gran rey, y

servirle y tributarle, se redujo este grande y poderoso príncipe á juntar consejo y convocar sus sabios y reconocer los libros de sus errores y tradiciones antiguas, y hallando que les habían profetizado en ellas sus ídolos que de donde nace el sol, que es la Vera-Cruz, por donde vinieron de España los nuestros, les habían de venir unas naciones á quien habían de servir, se dispusieron luego Motezuma y sus reinos á ofrecer obediencia al invictísimo emperador Carlos V y pagarle tributo, y juntaron tesoro para remitírsele, y después que por diversas causas, más los vasallos de Motezuma que no él, quisieron apartarse de esta primera obediencia; ya segunda vez conquistados y sujetos, no han intentado más apartarse de la Corona de Vuestra Majestad, sino que le obedecen y sirven con rendidísima obediencia y lealtad. Circunstancia de singular mérito, y que puede inclinar á su grandeza á honrar, favorecer y amparar á estos naturales y fidelísimos vasallos.

Reconózcanse, señor, las historias y crónicas de todos los reinos y provincias de Europa, que no se hallará ninguna en la cual, por fidelísimos que sean sus moradores, no hayan padecido muchas enfermedades políticas, frecuentes á los cuerpos públicos de las naciones, despertándose y levantándose guerras con sus reyes ó goberna-

dores, unas veces sobre privilegios, otras sobre tributos, otras sobre derechos ó inteligencias de príncipes confinantes y poderosos, humores que revuelven los de los reinos, los cuales, sobre la sangre que costaron al conquistarlos, le hacen á la Corona derramar mucha al gobernarlos y conservarlos.

Y esta nobilísima parte del mundo, sobre haber costado á la de Vuestra Majestad y á España poquísima sangre, respecto de su grandeza, al sujetarse no ha costado ni gastado copia considerable al conservarse, y mucho más la de la Nueva España, que entre todas las de este Nuevo Mundo ha sido pacífica y leal.





CAPITULO IV

Del valor y esfuerzo de los indios, y que su lealtad y rendimiento á la Corona de Vuestra Majestad no procede de bajeza de ánimo, sino de virtud.

Y porque es muy ordinario, señor, á las excelentes virtudes deslucirlas con el nombre de los vicios é imperfecciones más vecinas, y llamar á la paciencia cobardía, y al valor crueldad, y á la liviandad galantería, y al celo santo, inquietud y ambición, y á esta docilidad de los indios le suelen llamar credulidad y facilidad, por dejarse sujetar á la Real jurisdicción y Corona de Vuestra Majestad, y así la llaman vileza y bajeza de ánimo, y poco entendimiento y discreción.

Debe advertirse que en esto no obraron estas naciones sólo por temor, ni son ni han sido tan pusilánimes ni desentendidos como han pretendido publicarlo por el mundo.

Porque de la manera que estando Hernán Cortés, no sólo con trescientos soldados y diez y siete caballos, como á los principios estuvo cuando entró en la Nueva España, sino con mil y trescientos soldados y doscientos caballos que se le agregaron, con los que trajo Pánfilo de Narváez, no sólo le echaron de Méjico los de aquella ciudad y sus circunvecinos, que respecto de lo restante de la Nueva España eran muy pocos, sino que le mataron ochocientos hombres, y á él y á todos los demás los hirieron y obligaron á volver rotos y deshechos á Tlascala; es ciertísimo que si á los principios no los recibieran como á huéspedes y á hombres admirables y como á dioses ó *Teules* venidos de provincias no conocidas, y llenos de admiración y espanto de ver hombres con barbas y á caballo, en animales que nunca habían visto, y á los caballos y perros tan feroces que los veían como racionales acometer con orden unos, y otros mirando tan bien unidos y trabados los hombres con los caballos, que creían que eran de una pieza, y medio hombres y medio fieras, viéndolos embestir con tanta ferocidad, y reparando asimismo en lo que sus dioses les tenían dicho de que habían de venir á mandarlos naciones hijas del sol, por donde él nace, espantados juntamente de las escopetas ó mosquetes que re-

sonaban tanto, y viendo que con ellas mataban las gentes, sin ver con qué los mataban, por ignorar aquel secreto y oculta fuerza que arrojaba tan lejos aquellos pedazos de plomo, con que ellos pensaban que aquellos extranjeros eran dioses ó *Teules* que fulminaban rayos y mataban cuando querían y como querían.

Si á los principios, pues, señor, y luego que entraron los españoles, no les ocupara la admiración y curiosidad á los indios sino que todos se juntaran contra los nuestros, ó tuvieran iguales armas ó caballos, ó se hubieran unido y conformado y no anduvieran divididos y en guerras sangrientas entre sí los tlascaltecas, de quien se valió Hernan Cortés con los mejicanos y los totonacos, con otras naciones, no puede negarse que el valor de los naturales fué grandísimo, y su resistencia hiciera en este caso muy peligrosa y dificultosa su conquista.

Porque sin embargo de ser la ventaja de las armas de los nuestros tan grande, que los indios peleaban con palos y piedras, y los otros con espadas y arcabuces, y los unos á pie y algunos de los otros á caballo, embestían los indios con grandísimo valor, y se juntaban y conjuraban cuatro y seis indios desarmados á coger un caballo y detenerle en su carrera estando armado el soldado sobre él, y le solían derribar y llevár-

sele, y hubo indio que de una cuchillada con una espada de madera le derribó del todo la cabeza á un caballo, y otro que habiéndole atravesado con una lanza el cuerpo, fué caminando con ella misma hasta llegar al soldado que la tenía empuñada, y herido y muriendo se la quitó de las manos, y en Méjico se defendieron tres meses, ya muy desamparados de los suyos, con grandísimo valor y haciendo sus asechanzas y emboscadas y engañando en ellas á soldados tan experimentados y valerosos como Hernan Cortés y los suyos, y padecieron increible hambre y trabajos con grandísima fortaleza de ánimo; y el último rey, llamado Guatemuz, con ser de edad de veinticuatro años, después de haber defendido la ciudad con increible constancia y fortaleza, cuando vió que ya no tenía gente, luego que retirándose le cogieron y llevaron á Hernan Cortés, y perdida del todo su corona, rendido delante de él se veía cautivo, le dijo: «Toma este puñal (sacándole de su lado) y mátame»; como quien dice que sin imperio y libertad le sobraba la vida.

De suerte que no hay que minorar el valor de los conquistadores de Nueva España, pues tan pocos con tan grande peligro y constancia sujetaron estas naciones á la Corona de Vuestra Majestad, ni el de los conquistados y naturales

indios de aquellas provincias, que admirados de ver gente tan nueva y nunca imaginada como aquella, obraban espantados y asombrados, divididos entre sí, y discordes, y como secretamente conducidos y guiados interiormente á entrar en la Iglesia por la fe y en la Corona de Vuestra Majestad para su bien.

Porque á la verdad era para ellos ver hombres á caballo y animales que embestían á los hombres, y tan asidos y trabados con los mismos hombres, que creían eran de una pieza el caballo y caballero, lo mismo que si á Europa viniesen naciones extrañas y nunca vistas ni imaginadas, que peleasen desde el aire, y escuadrones volantes de pájaros ferocísimos contra quien no valiesen nuestras armas y arcabuces, que claro está que creeríamos los europeos que aquellos eran demonios, como creyeron los indios que los españoles eran *Teules*.

Ni tampoco debe causar admiración ni tener por menos á los indios porque una cosa tan impensada les admirase, pues esto es común á nuestra naturaleza y se halla en muchas historias, no sólo en naciones tan remotas de la común política como estas de América, tan tarde descubiertas y enseñadas, sino en otras muy políticas, las cuales, antes de estar cultivadas y entendidas de las cosas y los casos é ilustradas con la fe, han

creído fácilmente cosas ligerísimas y vanísimas.

Los españoles, señor, que son tan despiertos y entendidos, y nación tan belicosa y valerosa, que con ella conquistó Anibal á Italia, y sin ella apenas se ha obrado cosa grande en Europa, pues Julio Cesar y Teodosio, que fueron los más excelentes emperadores, el uno de los romanos y el otro de los griegos, se sirvieron siempre de ella, y la primera á la cual comenzó á conquistar el imperio romano, y la última que acabó de conquistar fué España. Con todo esto, viniéndose huyendo Quinto Sertorio de Roma, un hombre fugitivo como éste, desde una cueva á donde estaba escondido, haciendo creer á los pueblos desatinos como que le hablaba una cierva al oído (á quien él había enseñado á que comiese en sus orejas poniéndole en ellas el alimento), salió de allí y nos engañó y sujetó, y se hizo capitán general y superior á esta nación, y con ella hizo bien peligrosa guerra á todo el imperio romano, que si ahora viniera cuando ya nuestra nación está del todo política, es cierto que el primer alcalde de aldea con quien topara en Castilla, y á quien quisiera persuadir esta maraña, le castigara por engañador y se acabara Sertonio.

Y asimismo es desdichado ejemplar el de los árabes y asiáticos y europeos, engañados con los embustes de Mahomet, que con ficciones sujetó

é infamó á aquellas naciones acostumbradas á mayor policía, inteligencia y perspicacia que no los indios, á los cuales cosas tan extraordinarias como las que veían y luego otras proporcionadas á la razón y prudencia y política, como las que les decían del señor emperador y de los cristianos, y de su santa ley, y de sus católicas verdades, y la secreta fuerza que Dios en todo ponía para que aquellas dilatadas naciones se salvasen, pudo, sin nota de credulidad ni bajeza de ánimo, traerlos á la verdadera fe y dominio de la católica Corona de Vuestra Majestad, lo cual ellos mismos escogieron, votaron y recibieron, servicio y mérito digno de los favores y honras de Vuestra Majestad por las razones siguientes:

La primera, porque entraron en su dominio con poquísima ó ninguna costa de plata y tesoros de la Corona de Vuestra Majestad, por lo que toca á la Nueva España, cosa que no ha sucedido en otras naciones conquistadas ni aun heredadas.

La segunda, porque sobre no haber costado plata, gastaron poquísima sangre de sus vasallos, respecto del número grande de naciones de indios que se sujetaron á la Real Corona, tan presto y con tan pocos conquistadores.

La tercera, porque desde que entraron en

ella no se ha visto sedición ni rebelión, ni aun desobediencia considerable de indios, en más de ciento treinta años, y lo que es más, rarísimas resistencias á la justicia ni á ministros, y esto ni aun afligidos tal vez y acosados de ellos.

La cuarta, porque en demostración de esta verdad, sucede quedarse un alcalde mayor con dos españoles en una provincia de veinte mil indios, y un beneficiado ó religioso solos entre diez y doce mil indios muchos días y noches, y esto sin armas y descuidados, y mandándoles diversas cosas, y algunas duras y trabajosas, y obedeciendo sólo por el nombre Real de Vuestra Majestad, en virtud del cual los gobiernan con la misma facilidad, sujeción y suavidad, á dos mil leguas de Vuestra Majestad, que pudiera un indio á diez mil españoles.

La quinta, porque el amor que tienen, no sólo al servicio de Vuestra Majestad, sino á su Real persona, es grandísimo, y esto lo he experimentado diversas veces, y poco antes que saliese de mi iglesia para ésta corte, habiendo llegado nuevas de que en algunos reinos había vasallos rebeldes á la Corona de Vuestra Majestad, me escribió un indio cacique, llamado D. Domingo de la Cruz, vecino de Zacatlan, una carta de grande pena, significando el cuidado con que estaba por haberle dicho que había quien hubie-

se perdido el respeto á Vuestra Majestad, y yo le respondí asegurándole que se iban castigando los malos, y que todos estaban ya á los Reales piés de Vuestra Majestad, pidiendo que los perdonase. Y quien conoce la cortedad de los indios y el respeto que tienen á un prelado, conocerá cuán grande es el amor que á Vuestra Majestad tienen, pues rompe por el embarazo y encogimiento con que ellos suelen obrar.

Lo cual, señor, todo está diciendo cuán mansas ovejas son á la fe, y cuán suaves y finos vasallos á la Corona, y cuán dignos estos indios del amparo Real que siempre han hallado en la piedad de Vuestra Majestad y de los serenísimos reyes, señores nuestros y suyos, y en el de su Real Consejo y ministros superiores.



CAPITULO V

Cuán dignos son los indios de la protección Real, por las utilidades que han causado á la Corona de España.

Así como los indios son los vasallos que menos han costado á la Corona, no son los que menos la han enriquecido y aumentado. Porque no puede dudarse que muchos de los demás reinos de Vuestra Majestad y de otras Coronas que hay en el mundo, aunque se consideren juntas, no igualan ni llegan á la menor parte de los tesoros que en tan breve tiempo ha fructificado la Nueva España en las minas del Potosí, Zacatecas, el Parral Pachuca, Guanaxuato y otras, y en los tributos, alcabalas, tercios de oficio y diversos géneros de renta, y esto sin hacer consideración de lo que mira al Perú.

Y aunque este excelente mérito y servicio á la Corona de Vuestra Majestad quieren algunos

extenuarlo con decir que por las Indias se ha despoblado España y se ha llenado de cosas supérfluas, se puede responder fácilmente que no cuesta mucho á un reino otro, cuando le pide alguna gente y recibe hijos terceros ó cuartos para formar colonias, y sujetarse á ellos y dejarse por ellos gobernar, enriqueciendo de paso sus vecinos y haciendo al reino poblador poderoso con tantos y tan frecuentes envíos como se remiten á España, no sólo de las rentas de Vuestra Majestad, sino de sus vasallos españoles de las Indias, á otros deudos, amigos y confidentes que dejaron en su patria.

Antes es muy loable y de gran mérito que cuando muchos Reinos, como los Países Bajos y otros de esta calidad, no han tributado renta considerable á la Corona, y ella les ha tributado gente, riquezas y sangre, y costado tantas guerras, hayan los de las Indias, sin costarle sangre, ni plata, ni oro, ofrecido cuanto la tierra ocultaba dentro de sus entrañas y veneros.

Y es muy cierto que si España no tuviera para consumir estos tesoros tantas guerras en Europa, estuviera abundando en riquezas, las cuales, aunque son la perdición de las costumbres y aún de los Reinos, si de ellas se abusare, pero siempre que con moderación y prudencia se usare de ellas, son el nervio de la guerra, la seguri-

dad de la paz y el respeto y reputación de los Reinos y Coronas. Pues con las riquezas se mantiene en autoridad la dignidad Real, se pagan los soldados, se fomenta el comercio, se ocupan los vasallos, se conservan los presidios, se defiende la Iglesia y á nadie condenan las riquezas, sino el abuso y mal empleo de ellas, porque no son más que un indiferente instrumento de nuestra salvación ó perdición si las gastamos en vicios, y de nuestra salvación si las damos honesto, santo y cristiano empleo.

Y así las Indias, sus provincias y reinos, sobre merecer la merced que Vuestra Majestad les hace por no haber costado mucho á la Corona, la merecen por haberla enriquecido con tan copiosos tesoros, cuales nunca se vieron en el mundo, siendo suyo sólo el darlos y de los Ministros el lograrlos.

Y es, sin duda, que para las continuas guerras del señor Emperador Carlos V y serenísimos Felipe II y III, su hijo y nieto, y las frecuentes y pasadas que V. M. ha tenido para defender la Iglesia y la fe y su dignísima Corona y Casa, han importado tanto los socorros de las Indias, cuanto se puede fácilmente reconocer de los que han venido desde el año 1523 hasta ahora, y de los que han faltado cuando por algún accidente no han llegado, que ha causado dañosísimos efectos.



CAPÍTULO VI

De la inocencia de los indios y que se hallan comunmente exentos de los vicios de soberbia, ambición, codicia, avaricia, ira, envidia, juegos, blasfemias, juramentos y murmuraciones.

La inocencia es una privación de vicios y pasiones consentidas, que en su raíz hace á los hombres admirables, y por sus efectos y pureza de vivir, amables y dignos de protección con los Reyes y superiores. Y suponiendo que los indios son hombres y sujetos á las comunes miserias y pasiones de los hombres, es ciertísimo que respecto de otros naturales y costumbres se pueden llamar inocentísimos, porque ninguno los habrá tratado con atención y mirado con afecto pío y cristiano que no reconozca con evidencia moral que están libres en cuanto cabe en la humana fragilidad de cuatro vicios muy capitales y otros que

en el mundo suelen ser vehementísimos y los que más guerras, divisiones, discordias y pecados han causado.

El primero, es codicia, que no la conocen los indios comunmente, y rarísimos se hallarán que amen al dinero, ni que busquen la plata, ni la tengan más que para un moderado uso y sustento; ni juntan unas casas á otras, ni unas heredades á otras, sino que con parsimonia moderadísima vive cada uno contento con su estado.

Lo segundo, están libres de la ambición que es tan natural en los hombres, porque son poquísimos los indios que aspiren con vehemencia á los puestos de Gobernadores y Alcaldes que les tocan, antes hacen con mucha paz las elecciones; y si hay algunos que las revuelven, son mestizos que ya salen de su nación, y con eso de aquella sencillez y natural humildad ó concitados de los doctrineros ó Alcaldes mayores que, por conveniencias suyas, deseando que sea más uno que otro Gobernador los suelen poner en algunas diferencias con que acuden á los Virreyes en las elecciones. Pero lo común (si á ellos los dejan) es elegir al más merecedor del puesto, ó porque sabe leer y escribir ó por ser noble, y algunas veces por la presencia, eligiendo indios de buen aspecto y ostentación; y solía yo decir que en lagunas partes donde los dejaban obrar á su

gusto hacían los Gobernadores y Alcaldes por la cintura, porque al más grueso y corpulento (por tener mejor aspecto y presencia) hacían y elegían para estos puestos. Con tanta sinceridad y tan sin ambición obran en las elecciones.

Lo tercero, no conocen la soberbia, sino que son la misma humildad y los más presumidos de ellos en poniéndosele delante el español, aun el mulato y el mestizo ó el negro, como corderos mansísimos se humillan ó se sujetan y hacen lo que les mandan, y no hay nación en el mundo que así cumpla el precepto de San Pablo á la letra: *Subditi sateomni humanæ creaturæ. Sujetaos á toda criatura*, como estos pobrecitos indios, cuya humildad, subordinación y resignación, antes ha de causar lástima, amor, deseo de su bien, descanso y alivio que hacerles más duro é intolerable el poder.

Lo cuarto, apenas conocen la ira, porque son templadísimos en sus disgustos, y no sólo tienen inimitable paciencia y silencio en sus trabajos, y es menester exhortarles á que vayan á quejarse á los superiores de muy terribles agravios, sino que con cualquiera cosa se quietan y tienen por su alivio el callar y padecer.

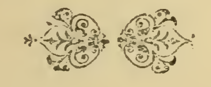
Estando en mi casa dos indios, que hice traer de la Misteca para ver como labraban unas piedras, y poderlo informar á Vuestra Majestad con-

forme á cierto orden que me dió sobre ésto, fueron un día á la plaza en tiempo que se levantaban dos compañías en la ciudad, y unos soldados, sin más jurisdicción que la de su profesión, les quitaron las tilmas, que son sus capas, por fuerza, y se quedaron con ellas, y ellos se volvieron á casa desnudos, y preguntándoles por las tilmas, respondieron que se las habían quitado, y sin pedirlas ni quejarse se estaban los pobrecitos desnudos, porque no traen más que la tilma y unos calzoncillos de algodón, y hasta que las rescataron estuvieron con un profundo silencio y paciencia, sin hablar palabra sobre ello, y á este respeto obran los pobres en sus trabajos, sino es cuando los alientan para que pidan justicia, que rarísimas veces lo hacen, sino introducidos de afectos ajenos que les animan á ello.

Lo quinto, ellos no conocen la envidia, porque no conocen la felicidad, ni hacen caso de ella, ni aspiran más que á vivír y á que se olviden de ellos, y como quiera que su ambición es ninguna, no puede ser alguna su envidia, ni los deseos los inquietan á tener más de aquello que les dan, ni les afligen ó entristecen ajenas dichas, porque no llegan á pretenderlas ni procurarlas. Están remotísimos de juramentos, blasfemias, murmuraciones, juegos y prodigalidad; vicios tan frecuentes en otras naciones, porque los de este

género no se hallan sino en muy raros de los que habitan aquellas dilatadas provincias.

Mande Vuestra Majestad, le suplico, ver si nación que está por la mayor parte exenta de vicios tan capitales y tan vehementes, como soberbia, codicia, avaricia, ambición, envidia é ira, juegos, blasfemias y juramentos, puede llamarse más inocente que las otras, y digna del amparo de su rey y señor, y más tan católico y pío como Vuestra Majestad.





CAPITULO VII

De otros tres vicios de sensualidad, gula y pereza en que suelen incurrir los indios.

En los otros tres vicios en que no pueden llamarse tan inocentes los indios, no puede negarse que son más templados que otras muchas naciones con quien no deseo hacer comparación ni es necesario; porque sólo es mi fin explicar los méritos del indio, tan remoto vasallo de Vuestra Majestad y que tan crecidos favores ha merecido siempre de su piedad, para que los continúe y honre con hacerlos eficaces con la ejecución de sus reales cédulas y leyes, sin notar naciones algunas, en todas las cuales es fuerza que haya inclinaciones buenas y otras reprobadas.

Porque lo primero, son muy templados en la sensualidad cuando no se hallan ocupados los sentidos, y embriagados ó embargados con unas

bebidas fuertes que acostumbran, de Pulque, Tepache, Vingui y otras de este género. Y aunque tienen entonces algunas flaquezas grandes, y al vicio de la sensualidad no hace menos grave el de la embriaguez; pero mal podíamos condenar comparativamente á estos miserables indios que pecasen é hiciesen (ocupados y embarazados sus sentidos) lo que hombres muy hábiles, despiertos y políticos, pecan con todos sus cinco sentidos desocupados.

Y así, este primer vicio de sensualidad, se reduce en los indios frágiles al primero de gula, en el cual dejan de incurrir todos los indios cuanto al comer, porque son templadísimos; y cuanto al beber también es ciertísimo que se enmendarían fácilmente, si todos los pastores de sus almas y los alcaldes mayores, pusiesen en ello cuidado especial para reformarlos, como lo hacen algunos; porque en los indios no hay más resistencia que un niño de cuatro años cuando se le quita el veneno de la mano y se le pone otra cosa en ella.

Y cuanto á la pereza, que es muy propia en ellos, por ser tan remiso y blando su natural, no hay que cuidar de exhortarlos á la diligencia y trabajo corporal: porque para este vicio están llenos de médicos espirituales y temporales doctrineros, y Alcaldes mayores que los curan con grandísima frecuencia, ocupándolos en diversas

granjerías, hilados, tejidos y todo género de artes y utilidades, en que consiste el fruto de los oficios con que en los que no son naturalmente diligentes se halla este vicio del todo desterrado.

Y de aquí se deduce, señor, una manifestación evidente de la virtud de los indios, pues de siete vicios capitales que traen al mundo perdido, se halla su natural, comunmente hablando, muy exento y moderado, y rarísimos incurren en los cinco, que son: codicia ó avaricia, soberbia, ira, ambición ó envidia, y cuanto á la pereza, tiene tantos maestros para hacerlos diligentes, que se hallan del todo convalecidos, y la sensualidad sólo se reduce en ellos al tiempo que están ocupados los sentidos con la gula, y este vicio no le ejercitan en el comer, sino en el beber ciertas bebidas de raices de hierbas que causan estos efectos con que vienen á hallarse libres de seis vicios capitales, en cuanto sufren nuestra frágil naturaleza, y del que les queda, en aquellos que lo incurren sólo son flacos en la media parte de este vicio, que es el beber, exentos del todo en la otra, por ser tan parcos en el comer, que parece que puede decirse, que de siete vicios, cabezas de todos los demás, sólo incurren en el medio vicio, cuando á los demás tanto nos afligen todos siete.

Compárense, pues, estos indios con las de-

más naciones del mundo, en las cuales es tan poderosa la ira, que hay algunas donde han durado los bandos y guerras interiores entre linajes y naciones cuatrocientos y seiscientos años, como güelfos y gibelinos, y narros y cadels. Y en otras es tan poderosa la gula, que apenas salen de los banquetes: y en otras la sensualidad tan disoluta, que apenas perdonan lo más reservado y sagrado. Y en otras la ambición, que ha despertado innumerables guerras: y en otras la envidia y la soberbia tan terrible, que han querido sujetar todas las naciones circunvecinas y destruir por estos dos vicios las casas y coronas más católicas. En otras son tan frecuentes las murmuraciones, blasfemias y juramentos, que apenas se oyen otras palabras en gran número de gente. Y se verá, que respecto de los muchos vicios que afligen en el mundo á las naciones, vienen á ser los indios virtuosos é inocentes, y dignos (por su virtud) del amparo real de Vuestra Majestad.





CAPITULO VIII

De la pobreza del indio.

Aunque la pobreza de los indios fuera totalmente necesaria, eran dignos de lástima y compasión, y ni aun de esta manera desmerecía la protección real de Vuestra Majestad, y el mandar que se aviven con su observancia las santas leyes que Vuestra Majestad ha establecido en su favor. Pero siendo esta pobreza en muchísimos de ellos voluntaria y elegida por un modesto parco y cristiano modo de vivir, sin codicia ni ambición, aún deben ser más amparados de Vuestra Majestad.

Entre los indios hay caciques, gobernadores, alcaldes, fiscales y que tienen muchas tierras que heredaron de sus pasados, y generalmente todos, como son tan mañosos y fructuosos, pueden recoger y acaudalar plata, frutos, alhajas y otras cosas que alegran y ocupan el corazón humano

con su posesión, y todavía son tan parcos, que su vestido, por la mayor parte, es una tilma que les sirve de capa, una túnica ó camisa de algodón y unos calzones de lo mismo, y así á tres alhajas reducen comunmente cuanto traen sobre sí, y son muy raros, y han de ser de los más nobles para traer sombreros y zapatos, porque ordinariamente andan descalzos y descubiertos. Conténtanse con un pobre jacal por casa, y en sus tierras, donde no hay sino indios, no tienen más cerradura en sus puertas que la que basta á defender la de las fieras, porque entre ellos no hay ladrones, ni qué hurtar, y viven en una santa ley, sencilla y como era la de la naturaleza.

Todas sus alhajas, exceptuando el Santo Caliz, donde tienen imágenes de santos de papel, se reducen á un petate ó estera de la tierra, sobre que duermen, que aún no es tabla, y un madero que les sirve de almohada y un canto que se llama metate, donde muelen un puñado de maíz, de que hacen tortillas que los sustentan, y éstas suelen ser en estos pobrecitos las de una dilatadísima y numerosísima familia.

Con este género de alhajas y pobreza viven tan contentos, y más que el poderoso y rico con las suyas, y no hay indio que teniendo esto se juzgue pobre ni pida limosna, ni se queje de la fortuna, ni envidie, ni pretenda, ni desee, y si los

conservaran en esta honesta pobreza y ejercicio, se tendrían por felices, y, sin duda alguna, en mi estimación lo fueran.

He oído decir á algunos religiosos de la seráfica Orden de San Francisco, graves y espirituales, mirando con pío afecto á estos indios, que si aquel seráfico fundador, tan excelente amador de la pobreza evangélica, hubiera visto á los indios, de ellos parece que hubiera tomado alguna parte del uso de la pobreza, para dejarla á sus religiosos por mayorazgo y para que sirviese á la evangélica que escogió.

Porque el más rígido religioso ó ermitaño, vive en casas fuertes de cal, piedra y madera, porque así es conveniente para sus santos ejercicios; pero ellos viven en jacales de paja ó de hojas de árboles.

Y el más pobre tiene una celda, un refitorio, coro, capítulo, claustros y huerta, porque así conviene á su profesión y á su espiritual consuelo y santos ejercicios; pero el indio no tiene más dilatación en su casa que los términos de los palos que la componen, y reciben sobre sí el heno ó paja ó hojas de árboles que les forman las paredes, que son doce ó catorce piés de suelo, y si tienen más tierra es para trabajar, padecer y sudar sobre ella; y el más pobre tiene una tabla en qué dormir y por almohada un pedazo de sayal;

pero el indio duerme sobre el mismo suelo y un petate ó estera grosera, y un pedazo de palo por cabecera.

Y el más pobre suele llevar unos zapatos de madera ó sandalias, aunque otros andan descalzos; pero el indio siempre anda descalzo de pie y de pierna.

Y el más pobre tiene capilla con que cubrir la cabeza á las inclemencias del cielo; pero el indio no trae cosa en la cabeza, aunque llueva, nieve y apedree.

Y el más pobre come dos ó tres potajes de pescado ó legumbres; el indio unas tortillas de maíz, y si añade un poco de *chile* con agua caliente, ese es todo su regalo.

Y si bien es verdad que los trabajos del religioso perfecto los hace de inestimable valor y superiores á todo por el alto fin con que los padece, que es el de servir á Dios y seguir la perfección evangélica, y esto se prefiere á lo demás y excede un trabajo moderado por éstos, padecido á muchísimos mejores, sin este santo mérito; pero no por eso deja de ser amable, admirable y aun loable la pobreza de los indios, pues sobre ser cristianos, con que muchos aplicarán á Dios su pobreza, aunque no en tan esclarecida profesión como la regular, viven con esta frugalidad y modestia, pudiendo no pocos, dilatarse

mucho más, y siguen tan á la letra el consejo de San Pablo, y lo que el santo quiso para sí, cuando dijo: *Habentes, alimenta et quibus tegamur his contentifumis. En teniendo con qué cubrir nuestros cuerpos y con qué sustentarnos, todo lo demás nos sobra*, que es á la letra lo que observan estos pobres naturales.

Y así refiere el P. Reverendísimo Gonzaga, general de la seráfica Orden de San Francisco, ilustrísimo arzobispo de Mántua, que en Taguacan, un pueblo del obispado que yo sirvo, se aparecieron á un santo religioso de su orden de San Francisco y santa Clara, y le dijeron entre otras cosas: *Indi paupertaten, et obedientian, et pacientan quan vos professi estis exercent. Los indios ejercitan la pobreza, obediencia y paciencia que vosotros profesais*, como quien acreditaba y honraba la pobreza natural de los indios, con referirla á la evangélica, santa y seráfica de los religiosos, y se compadecía de aquella miseria material, deseando que la imitasen los indios en la aplicación espiritual con que están los hijos de tan excelente familia, para que le pareciesen en el mérito.

Y lo que es más admirable en mi sentimiento, señor, es que siendo tan pobres en su uso y afecto estos naturales indios, y tan desnudos, son los que visten y enriquecen el mundo, y en las

Indias todo lo eclesiástico y secular. Porque su desnudez, pobreza y trabajo, sustenta y edifica las iglesias, hace mayores sus rentas, socorren y enriquecen las religiones, y á ellos se les debe gran parte de la conservación de lo eclesiástico. Y cuanto á lo secular, su trabajo fecunda y hace útiles las minas, cultiva los campos, ejercitan los oficios y artes de la república, hace poderosos los de justicia, paga los tributos, causa las alcabalas, descansa y alivia los magistrados públicos, sirve á los superiores, ayuda á los inferiores, sin que haya cosa alguna desde lo alto hasta lo bajo en que no sean los indios las manos y los piés de aquellas dilatadas provincias, y si se acabasen los indios se acabarían del todo las Indias; porque ellos son los que las conservan á ellas, y como abejas solícitas, labran el panal de miel para que otros se lo coman; y como ovejas mansísimas ofrecen la lana para cubrir ajenas necesidades, y como pacientísimos bueyes cultivan la tierra para ajeno sustento; y ellos, señor, y yo, y todos cuantos bien los queremos y solicitamos su alivio, nos contentaremos con que padezcan, trabajen y fructifiquen, como sea con un moderado y tolerable trabajo y pena, y sólo represento sus méritos y virtudes para que Vuestra Majestad se sirva de ampararlos en el padecer intolerable.

CAPITULO IX

De la paciencia del indio.

Entre las virtudes del indio más admirables y raras, es la de la paciencia, por dos razones principales: La primera, porque cae sobre grandísimos trabajos y pobreza. La segunda, porque es profundísima é intensísima, sin que se le oiga tal vez ni aun el suspiro, ni el gemido, ni la queja.

Cae sobre grandes trabajos, pues cuando su común vivir interior es tan pobre y miserable, ya se vé cuál será la sobrecarga del padecer exterior. Porque sobre el descanso es tolerable la fatiga; pero sobre la misma fatiga otra fatiga, sobre un trabajo otro trabajo, sobre un azote otro azote, es padecer de suprema magnitud.

No refiero á Vuestra Majestad lo que padecen en este discurso, donde hablo de sus virtudes, por no mezclar con ellas ajenos vicios y porque sería preciso mortificar en él á los que

con bien poca razón los mortifican á ellos, y mi intento sólo es favorecer á los indios, si pudiere, sin tocar ni desconsolar á los que á ellos lastiman y desconsuelan.

Sólo puedo asegurar á Vuestra Majestad con verdad, que ejemplo más vivo en el padecer cuanto á lo exterior, que el de estos naturales de los santos mártires y confesores, y de aquellos que por Dios padecen tribulaciones y penas, no me parece que se puede ofrecer á la consideración, y que yo los he deseado imitar y los miro y considero como espejo de una invictísima paciencia.

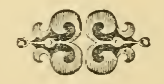
Pues por muchos y grandes que sean sus agravios, rarísimas veces tienen ira ni furor para vengarse, ni satisfacerse, ni aun se conmueven á ir á quejarse á los superiores, si no es que alguna vez lo hagan influídos ó alentados de españoles, clérigos, religiosos ó de otros de ajena condición, que ya lastimados de lo que padecen, ya por el celo de la razón, ya por el servicio de Vuestra Majestad y la conservación de ellos, ya por sus mismas utilidades ó pasiones, les persuaden que se vayan á quejar.

Porque lo ordinario es padecer, callar y pasar, y cuando mucho, ausentarse de unas tierras á otras y seguir el consejo del Señor, cuando dijo: *Si en una ciudad os persiguen, huir á otra.*

Ni ellos buscan armas para vengarse, ni ellos vocean ni se inquietan ni se enojan ni se alteran, sino que consumen, dentro de su resignación y paciencia, todo su trabajo.

Si á ellos llega el Superior y les manda que hilen, hilan; si les mandan que tejan, tejen; si les mandan que tomen cuatro ó seis arrobas de carga sobre sí y las lleven sesenta leguas, las llevan; si á ellos les dan una carta y seis tortillas, y algunas veces la carta sin ellas, y que la lleven cien leguas, la llevan; ni ellos piden su trabajo ni se atreven á pedírselo; si se lo dan, lo toman; si no se lo dan, se callan.

Si le dice á un indio un negro, que va cargado, que tome aquella carga que él lleva y se la lleve, y sobre eso le da golpes y le aflige de injurias, toma la carga y los golpes y los lleva con paciencia. Finalmente: ellos son, en mi sentimiento (por lo menos en este material), los humildes y pobres de corazón, sujetos á todo el mundo, pacientes, sufridos, pacíficos, sosegados y dignos de grandísimo amor y compasión.





CAPÍTULO X

De la liberalidad del indio.

No parece, señor, que siendo tan pobres puedan ser liberales los indios, y después de ello, es constante que son liberalísimos, como si fueran muy ricos. Porque como quiera que esta virtud no la hace mayor la materia, sino el deseo, y en un príncipe suele ser menos dar una ciudad que en un pobre cuatro reales, y por eso Jesucristo, Señor nuestro, á la viejecita que ofreció al templo dos blancas, alabó más que á otros que con mucho menos afecto dieron muy grandes limosnas: así los indios, aunque cada uno no puede fructificar copiosamente, pero todos juntos es certísimo que lo dan todo y que obran con gran liberalidad.

Porque estos pobrecitos, como no conocen ni codicia, ni ambición, son partidísimos, y si

tienen dos puñados de maíz, con gran gusto dan el uno á quien le pide.

A todas horas están abiertas sus casas, para hospedar y ayudar á quien los ha menester, como no los atemoricen ó vean alguna violencia, que entonces, si no pueden defenderlas, suelen dejarlas y desampararlas, é irse huyendo por los montes.

Al culto divino ya hemos dicho que ellos son quien le sustenta las ofrendas y los derechos de los curas, doctrineros, y todos los emolumentos ellos son los que los causan.

Jamás van á ver á sus superiores, de cualquier calidad que sean, ya eclesiásticos ó seculares, que no les lleven gallinas, frutas, huevos, pescados, y cuando no pueden más, les llevan flores, y quedan consolados si las reciben y afligidos si no admiten sus presentes.

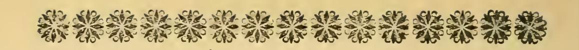
Andará un pobre indio cincuenta leguas cargado de fruta, ó miel, ó pescado, ó huevos ó pavos, que llaman gallinas de la tierra, ú otros frutos de ella, sólo para que se lo reciban, y pedir alguna cosa que pesa, y vale menos que lo mismo que él ofrece, y que de derecho se le debía rogar con lo que pide, cuanto más dárselo pidiendo aquello que se le debe.

En prestar cuanto tienen no reparan, y no sólo lo que tienen, sino á ellos mismos se pres-

tan, y como sea con buen modo, á cualquier indio que se encuentre en la calle, si se le manda que lleve alguna carga, que barra ó sirva en alguna casa y se esté sirviendo en ella uno ó dos días, dándole de comer, suele prestar su trabajo sin desconsuelo con cualquier motivo que para ello se le ofrezca.

Finalmente: sobre no tener los indios codicia, avaricia ni ambición, bien se ve cuán fácilmente serán liberales, como hombres que ni desean, ni adquieren, ni guardan, ni pretenden, ni granjean.





CAPÍTULO XI

De la honestidad del indio.

Los indios, generalmente son honestos, y si no es que la turbación de los sentidos por las bebidas de raíces á que son inclinados, los arrebate, en las demás ocasiones proceden con grande modestia y circunspección.

Y siendo así, que no se entran religiosas las mujeres por su miseria, ni pueden por su pobreza y por no tener dote para ello, con todo eso se entran á los conventos con gran gusto las indias á servir voluntariamente, y allí viven con grandísima virtud entre las religiosas.

Los viejos es cosa muy asentada que en llegando á cincuenta años raras veces conocen mujer, aunque sea á la propia, porque tienen por liviandad el uso de las mujeres en la edad anciana.

Y en Cholula hay hoy una india principal,

llamada Juana de Motolina, que no sólo es doncella muy acreditada, sino que cría en su casa á su costa otras doncellas indias y vive con grandísima virtud.

Cuando hacen en algunas provincias sus tratados de casamientos, es con mucha modestia y circunspección, sin que se hallen presentes los novios, y cuando vienen éstos al Tribunal eclesiástico á presentarse para las informaciones ó á la iglesia á casarse y velarse, asisten con los ojos bajos, con sumo silencio y grandísima modestia.

El modo con que se explican los mancebos en su pretensión al casarse, es modestísimo y honestísimo. Porque el indio mancebo que pretende casarse con alguna doncella india, sin decirle cosa alguna, ni á sus deudos, se levanta muy de mañana y le barre la puerta de su casa, y en saliendo la doncella con sus padres, entra en ella, limpia todo el patio, y otras mañanas les lleva leña, otras agua, y sin que nadie le pueda ver, se la pone á la puerta, y de esta suerte va explicando su amor, y mereciendo, descubriéndose cada día más en adivinar el gusto de los suegros, obrándolo aun antes que ellos le manden cosa alguna, y esto sin hablar palabra á la doncella ni concurrir en parte alguna en su compañía, ni aun osar mirarla al rostro, ni ella á él, hasta que á los parientes les parece que ha pa-

sado bastante tiempo y que tiene méritos y perseverancia para tratar de que se case con ella, y entonces sin que él hable en ello lo disponen, y con esta sencillez y virtud obran con diversidad de ceremonias en esta materia, según las provincias donde se hacen los tratados.



CAPITULO XII

De la parsimonia del indio en su comida.

El sustento ordinario del indio (siendo así que usan raras veces del extraordinario) es un poco de maíz reducido á tortillas, y en una olla echan una poca de agua y chile y la ponen en una hortera de barro ó madera, y mojando la tortilla en el agua y chile, con esta comida se sustentan.

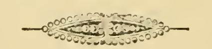
Al comer asisten con grandísima modestia y silencio, y gran orden y con mucho espacio, porque si son veinte de mesa, no se verá que dos pongan á un tiempo la mano en el plato, y cada uno humedece su corteza con mucho comedimiento y con una templanza admirable prosiguen despacio con su comida.

Si alguna vez comen más que chile y tortillas, son cosas muy naturales, asadas, y algunos guisados de la tierra; y entonces más lo hacen

por hacer fiesta á algún superior, ya sea secular, ya eclesiástico, como alcalde mayor ó doctrinero, que no por regalarse á ellos mismos.

Y en otras ocasiones, con ser distintas, los he visto comer con grandísimo espacio, silencio y modestia; de suerte que se conoce que la paciencia con que lo toleran todo los tiene habituados á tenerla también en la comida, y no se dejan arrebatar de la hambre ni ansia de satisfacerla.

Y de esta parsimonia en el comer, resulta que son grandes sufridores de trabajos; porque á un indio, para andar todo el día, le bastan seis tortillas con la agua que hallan en los caminos, que viene á ser menos en el precio y gasto de su comida, de tres cuartos castellanos; de suerte que con menos de doce maravedís de gasto, andan diez y doce leguas en un día.





CAPITULO XIII

De la obediencia.

Aunque en todas las virtudes son admirables los indios, en ninguna más que en la obediencia, porque como ésta es hija de la humildad, y ellos son tan humildes y mansos de corazón, son obedientísimos á sus superiores.

Lo primero, en ciento y treinta años que há que se entraron ellos mismos con mucha humildad y resignación á la Corona Real de Vuestra Majestad, no se les ha visto un primero movimiento de contradicción á las órdenes reales, ni falta de respeto á su Real nombre, ni deslealtad, ni sedición, ni sombra, ni imaginación de semejante exceso.

Lo segundo, tampoco se les ha visto desobediencia á las justicias cuando ellas les han man, dado, no sólo lo justo, sino lo penoso é injusto-

como haya sido en alguna manera tolerable.

Lo tercero, aun en lo injusto é intolerable les obedecen si no hay quien promueva sus quejas, y los apadrinan y alimentan para que pidan y se quejen en los Tribunales.

Lo cuarto, no han reclamado por sí mismos jamás á tributos que se les hayan impuesto, ni á cosa alguna que se les haya mandado de orden de Vuestra Majestad.

Lo quinto, ellos vivían por montes esparcidos, y se formó la cédula de las Congregaciones, y se redujeron á los pueblos, y se vinieron á ellos dejando su amada soledad y los montes donde se habían criado; después, reconociendo grave daño de esto, les ordenaron en algunas provincias habitar en chozas y jacales por los montes, y se volvieron de los pueblos á los montes, dejándose llevar un número infinito de hombres, mujeres y niños de naciones diferentes, de los montes al poblado, y del poblado á los montes, como manadas de mansísimas ovejas.

Lo sexto, á ellos los llevan al desagüe, calzadas, minas y otras obras públicas, y los reparten, y como unos corderos dejan sus casas y sus mujeres é hijos y van á servir á donde les mandan, y tal vez mueren allí ó en el camino, y no se les oye una queja ni un suspiro, insensibles, no al conocimiento de la pena, ni dolor, que

bien lo conocen y ponderan, sino á su manifestación, ira, furor ó impaciencia.

De esta obediencia podía referir á Vuestra Majestad infinitos ejemplos, si no fuera manifiesta á los Ministros de Vuestra Majestad y á su Consejo, en donde jamás se les ha oído á tantos agravios una queja, y si el celo de los Virreyes y Obispos y otros Ministros, con las órdenes que para esto tienen de Vuestra Majestad no los defienden y amparan, no hay que pensar que en ellos hay discurso en la obediencia, ni aliento á la repugnancia.





CAPITULO XIV

De la discreción y elegancia del indio.

Cualquiera que leyere este discurso, señor, y no conociere la naturaleza de estos pobrecitos indios, le parecerá que esta paciencia, tolerancia, obediencia, pobreza y otras heróicas virtudes, procede de una demisión y bajeza de ánimo grande, ó de torpeza de entendimiento, siendo cierto todo lo contrario.

Porque no les falta entendimiento, antes le tienen muy despierto, y no sólo para lo práctico, sino para lo especulativo, moral y teológico. He visto yo naturales de los indios muy vivos y muy buenos estudiantes, y ha sustentado con gran eminencia en Méjico públicas conclusiones, un sacerdote que hoy vive, llamado D. Fernando, indio, hijo y nieto de caciques.

Son despiertos al discurrir, y muy elegantes en el hablar. Y cierto, señor, que andando por

la Nueva España visitando, he llegado á algunos lugares donde los indios me han dado la bienvenida, con unas pláticas, no sólo tan bien concertadas, sino tan elegantes, persuasivas y de tan vivas y bien concertadas razones, que me dejaban admirado.

Y en un lugar que se llama Zacatlán, un Gobernador indio dijo tantas razones, tan elocuentes, y con tales comparaciones, y tan ajustadas, ponderando la alegría que sentían de que su Padre y Pastor los fuese á visitar y consolar, y el sentimiento con que se hallaban de lo que habría padecido en la aspereza de los caminos, y diciendo, que como el Sol alumbra la tierra, así iba á alumbrar sus almas: y que como él no se cansa de hacer bien, ni su Prelado se cansaba de cuidarlos y ayudarlos, y que las flores y los campos se alegraban de la venida de su Padre y Sacerdote. y comunmente casi todos hablan con mucha elegancia.

Y esta lengua sola de cuantas yo he penetrado y oído, habiendo corrido la Europa, aunque entre la griega ni la Latina tiene sílabas reverenciales y de cortesía, y que poniéndolas significa sumisión y quitándolas, igualdad, como para decir *Tadre*, se significa con la voz Tatl, y para decirlo con reverencia se dice, *Tatzin*; y *Sacerdote* se dice *Teopixque*, y con reverencia se dice,

Teopixcatzin, y de esta suerte en las mismas palabras manifiestan la cortesía y reverencia con que hablan.

Cuando tal vez vienen á hablar á sus Superiores en cualquiera materia que sea, ó declamatoria quejándose, ó laudatoria dándole gracias, dicen muy ajustadas y no supérfluas razones, y muy vivas, y son muy prontos en sus respuestas, y tan depiertos, que muchas veces convencen á las naciones que andan entre ellos, y esto con grandísima presteza.

Fundióse una campana en la Catedral de los Angeles, que pesaba ciento cincuenta quintales, y salió algo torpe al principio en el sonido, y afligiose un Prebendado, porque había sido Comisario de la obra, y díjole un indio oficial que la ayudó á hacer: *No te aflijas, Padre, que luego que naciste, no supiste hablar, y después con el uso hablaste bien; así esta campana ahora está recién nacida, en meneando muchas veces la lengua, con el uso hablará claro.* Y fué así, que quebrantado el metal con el ejercicio de la lengua, salió de excelente voz.

En otra ocasión estaba un indio toreando, á lo que son ellos aficionadísimos, y habiéndole prestado un español cierta cantidad de maíz, que el indio había asegurado con fiadores, y viendo el acreedor al deudor muy frecuentemente en los

cuernos del toro, hacíale señas que se apartase, como quien tenía lástima de su peligro, y entendiendo bien el indio de dónde nacía aquel cuidado, se fué hacia dónde estaba su acreedor, y le dijo: *¿Qué quieres? ¿Qué me persigues? Déjame holgar. ¿No te he dado fiadores?*

Yo les he oído hablar muchísimas veces, y nunca les he oído decir desatino ni desconcierto, ni despropósito, ni necedad alguna, ni por descuido, sino siempre siguiendo muy igualmente el discurso y siendo ellos tan humildes, y mirando con tanta reverencia á sus superiores, ya sean eclesiásticos, ya seculares, no ha venido jamás indio á hablarme en diez años que se haya turbado, ni equivocádose, ni cortádose, cosa que sucede tan comunmente á todas las naciones cuando hablan con personas de respeto, sino que juntamente con la reverencia conservan una advertencia y atención de lo que hablan, obran y responden, como si fueran hombres muy ejercitados en negocios graves.





CAPITULO XV

De la agudeza y prontitud del indio.

Cuando ellos defienden su razón, la representan con discursos vivísimos y la dan á entender de manera que convencen, de lo cual propondré aquí á Vuestra Majestad un caso bien raro.

Caminando un indio y otro vecino español, entrambos á caballo, acertaron á encontrarse en un páramo ó soledad, y el rocín del vecino era muy malo y viejo, y el del indio muy bueno. Pidióle aquel hombre al indio que se le trocase, y el lo rehusó por lo que perdía en ello; pero como el uno traía armas y el otro no las traía, con la razón del poder y con la jurisdicción de la fuerza, le quitó el caballo al indio, y pasando su silla á él, fué caminando, dejando en su lugar al pobre indio el mal caballo. El indio volvió

siguiendo al español y pidiéndole que le diese su caballo, y el hombre negaba que se le hubiese quitado.

Llegaron con esta queja y pendencia al lugar, en donde el Alcalde mayor llamó á aquel hombre á instancia del indio, y haciéndole traer allí el caballo, le preguntó por qué se lo había quitado al indio. Respondió y juró que no se lo había quitado, y que era falso cuanto decía aquel indiol porque aquel caballo era suyo, y él lo había criado en su casa desde que nació. El pobre indio juró también que se le había quitado y como no había más testigos ni probanzas que el juramento encontrado de las partes, y el uno poseía el caballo y el otro le pedía, dijo el Alcalde mayor al indio que tuviese paciencia porque no constaba que aquel hombre le hubiese quitado el caballo. El indio, viéndose sin recurso alguno, dijo al Juez: *Yo probaré que este caballo es mío, y no de este hombre;* díjole que lo probase, y luego quitándose el indio la tilma que traía, que es la que á ellos sirve de capa, cubrió la cabeza á su caballo que el otro le había quitado, y dijo al Juez: *¿Dile á este hombre que pues él dice que ha criado este caballo, diga luego de cuál de los dos ojos es tuerto*? El hombre, turbado con la súbita pregunta, en duda respondió: *del derecho;* entonces el indio, descubriendo la cabeza del caballo, dijo:

pues no es tuerto; pareció ser así y se le volvió su caballo.

Bien parece, señor, que en una duda como esta y falta de probanza no se pudo hacer prueba más aguda, ajustada, delgada y que hasta se parece á la que hizo Salomón con las dos mujeres que pedían el hijo y faltándoles pruebas para fundar cada una su derecho, pidió la espada, que hirió el amor de la verdadera madre y sacó en limpio la verdad del juicio y él quedó acreditado de sabio.





CAPÍTULO XVI

De la industria del indio, señaladamente en las artes mecánicas.

Y en cuanto á lo prácticos en las artes mecánicas son habilísimos, como en los oficios de pintores, doradores, carpinteros, albañiles y otros de cantería y arquitectura, y no sólo buenos oficiales sino maestros.

Tienen grandísima facilidad para aprender los oficios, porque en viendo pintar, á muy poco tiempo pintan; en viendo labrar, labran, y con increíble brevedad aprenden cuatro ó seis oficios y los ejercitan según los tiempos y sus calidades.

En la obra de la Catedral trabajaba un indio que le llamaban *siete oficios*, porque todos los sabía con eminencia.

La comprensión y facilidad para entender cualquiera cosa, por dificultosa que sea, es rarísi-

ma, y en esto yo no dudo que aventajen á todas las naciones, y en hacer ellos cosas que los demás no las hacen ni saber hacer con tal brevedad y sutileza.

Á Méjico vino un indio de nación Tarasco, que son muy hábiles, y los que hacen imágenes de plumas, á aprender á hacer órganos, y llegó al artífice y le dijo que le enseñase y se lo pagaría; el español quiso hacer escritura de lo que había de darle, y por algunos accidentes dejó de hacerla en seis días, teniendo entre tanto en casa al indio. En este tiempo compuso el maestro un órgano de que tenía hechas las flautas, y sólo con verlas el indio poner, disponer, tocar y todo lo que mira al interior artificio de este instrumento, viniendo á hacer la escritura, dijo el indio que ya no había menester que le enseñase, que ya sabía hacer órganos, y se fué á su tierra é hizo uno con las flautas de madera, y con tan excelentes voces, que ha sido de los raros que ha habido en aquella provincia, y luego hizo otros extremados de diferentes metales, y fué eminente en su oficio.

A Atrisco, una de las villas del Obispado de la Puebla de los Ángeles, llegaron un español y un indio á aprender música de canto de órgano con el maestro de capilla de aquella parroquia, y el español en más de dos meses no pudo cantar la música de un papel, ni entenderla, y el indio

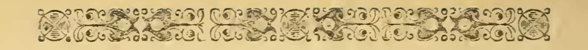
en menos de quince días la cantaba diestramente.

Hay entre ellos muy diestros músicos, aunque no tienen muy buenas voces, y los instrumentos de arpa, chirimías, cornetas, bajones y sacabuches los tocan muy bien y tienen libros de música en sus capillas, y sus maestros de ella en todas las parroquias, cosa que comunmente sólo se halla en Europa en las catedrales ó colegialas.

La destreza que tienen en labrar piedras y la sutileza con que las lucen, puede causar admiración, como consta á Vuestra Majestad por algunas que le he remitido, y son verdaderamente piedras preciosas y de excelente color y virtud, de que tienen grande conocimiento, y de otras cosas naturales, como de las plantas, raíces y hierbas, de que hacen remedios á diversas enfermedades con singular acierto.

Por no gastar, como son tan pobres, se valen de las mismas piedras para hacer de ellas las navajas y lancetas para sangrar, y hácenlas con notable facilidad, brevedad, sutileza, y de ellas usan con la misma expedición que nosotros con las más sutiles y bien labradas de acero.





CAPITULO XVII

De la justicia del indio.

También en los pleitos que tienen entre sí son muy rectos y discurren muy bien en sus cabildos y con una muy natural agudeza.

En el obispado de la Puebla, á la parte que cae la costa del mar del Sur, había un mulato tuerto de malísimas costumbres, que andaba entre ellos como lobo entre las ovejas, haciéndoles grandísimas vejaciones y molestias, porque á más de hurtarles cuanto podía de su pobreza, les molestaba y violaba las hijas y las mujeres, y cometía otros delitos é insultos.

A este mulato debían de amparar algunos vecinos, y habiéndole hecho cierta información ó proceso los alcaldes indios y probado estos delitos, le espiaron y tuvieron forma para cogerle, y en un monte le maniataron y allí le tomaron la confesión, y él confesó todo lo hecho, con que

trataron luego de su castigo entre todos los indios que había presentes, clamando el mulato que le dejasen primero confesar.

Decían algunos que era bueno ahorcarle luego, porque si venía el Padre (así llaman al doctrinero) á confesarle, se le quitaría y desterraría, y luego volvería á hacer otros insultos y á inquietar aquellos pueblos.

Otros indios decían que no era bien que muriese sin confesión, porque no se condenase, y que así se llamase al Padre para que le confesase. A esto repugnaron otros, porque creían que le habían de quitar, con que oído todo juzgaron los Alcaldes: «Que atento á que lo que le hacía daño y destruía aquel mulato tuerto para hacer tantas maldades era su propia vista, porque con ella codiciaba las mujeres y hurtaba cuanto veía, se le sacase el otro ojo, que ciego no haría mal y podría confesarse muy despacio y era menos que ahorcarle». Y luego trajeron un poco de cal viva y se la pusieron en la vista, se la quitaron del otro ojo que le quedaba, dejaron libre al mulato para que se fuese á confesar y después andaba entre ellos ciego, pidiendo limosna; se la daban y sustentaban por Dios, sin ningún género de ira, como si no les hubiera hecho agravio alguno.



CAPÍTULO XVIII

De la valentía del indio.

Del valor de los indios se ha tratado arriba y referido como son muy activos, guerreros, fuertes y animosos cuando pelean; hoy no se han podido domar en la Nueva España, por fuerza, las naciones Chichimecas, Salineros, Tepeguanes, Tobosos y otras, y cuando tal vez ha prorrumpido en alguna parte (que son rarísimas) la desesperación por los agravios que padecían, en demostración de ira han obrado con grande valor y fortaleza.

En cualquiera cosa que les encomiendan son constantes y aun valerosos y mañosos; no reconocen miedo, señaladamente contra animales ponzoñosos, á los cuales cogen, y siendo vehementísima la ponzoña, porque al que hiere le mata en muy pocas horas, los toman los indios con las propias manos y tienen aliento

para sacudir las víboras sobre las piedras y hacerles despedir de sí el veneno de la boca á golpes y después las llevan consigo vivas y se rodean con ellas el cuerpo y el rostro, y á los animales feroces, como tigres y leones, los sujetan y cogen en lazos y de otras muchas maneras.

Rara cosa es, señor, ver, vencer y sujetar un indio desnudo y nadando, á un caimán que suele tener tres varas de largo, animal ferocísimo y atreverse en el agua, elemento de esta bestia, á ponérsele á caballo el indio, y aguardar que abra la boca y con grande presteza y sutileza entrarle una estaca ó palo de media vara dentro de ella, con que cerrando el animal la boca se atraviesa, y con un cordelillo le saca de la mar á la tierra el indio como si fuera un pedazo de corcho, cosa de grande arte y resolución; porque yo he visto muchos de estos caimanes ó cocodrilos, y, verdaderamente, sólo el verlos causa espanto.

Su valor, resolución y maña explica bien un caso que sucedió junto á Zacatecas, en donde había un bandolero, hombre de grandes fuerzas y valentía, á quien deseaba coger el corregidor y no había podido conseguirlo porque iba con tres ó cuatro bocas de fuego y en buenos caballos, y por recelo de su gran valor no había quien se atreviese á embestirle. Habiendo un indio oído quejarse á un alcalde de la Hermandad

de que no podía prender á este hombre, le dijo el indio que si quería que se lo trajese maniatado, ó vivo, ó muerto; el alcalde, admirado, le dijo que se lo pagaría bien si lo traía vivo. Y el indio partiéndose de allí tomó un palo recio y proporcionado al intento, y se le puso debajo de su tilma ó capa, y tomando sobre sus hombros un cacastle, que es como una grande cesta en que suelen llevar gallinas, puso en él media docena de ellas y se fué cargado caminando, y luego que llegó á dos leguas del poblado, salió á caballo el bandolero y le preguntó que á dónde iba. El indio le respondió que el Padre (que así llaman á sus doctrineros) le enviaba con aquellas gallinas á una estancia, y el bandolero, apeándose del caballo y haciendo descargar al indio, se bajó para sacar algunas y llevárselas consigo. Pero el indio, cuando le vió bajo y divertido en escoger las gallinas, sacó el palo que traía oculto consigo, y le dió tan fuerte golpe en el molledo del brazo que le derribó en el suelo, y luego con increible presteza secundó con otro golpe en el otro brazo, y le baldó; y arrojándose sobre él, le ató las dos manos con un cordel que traía prevenido, y luego los piés y le arrojó sobre su propio caballo, y dentro de pocas horas entró por el lugar con el bandolero y le entregó á la justicia.

Casos de estos de maña, resolución y valor, podían referirse no pocos á Vuestra Majestad.

También tienen muy grande ánimo para ponerse en cualesquiera peligros que se ofrezcan en los oficios que sirven, y en esto grandísima maña y habilidad, y cierto que en la fábrica de la catedral era cosa de admiración la presteza con que subían á andamios altísimos y se ponían sobre la punta de un madero de treinta ó cuarenta varas, y muy despacio ataban los cordeles que ellos llaman mecates para poner otros piés derechos, hallándose tan en sí como si se pasearan por una sala. Y sucedió que estando uno de estos indios albañiles trabajando con este riesgo sobre la punta de un palo, viendo abajo un corrillo de hombres les voceó y dijo que se apartasen de allí, que podía él caer sobre ellos y matarlos, y ellos se apresuraron admirados de ver que en tan gran peligro les advirtiese del ajeno daño y que recelase más el que podía causar que el que muriendo podía padecer si cayera de aquel puesto, que era altísimo.

De todo lo cual se colige, señor, que las virtudes que yo he referido de esta nación, que miran á la paciencia, fidelidad, obediencia y reverencia á sus superiores, no nacen tanto de bajeza de ánimo cuanto que de una docilidad y suavidad de condición que debe de corresponder

al clima de la misma tierra, que es muy templado y suave; y por merced que Dios les hizo en criarles tan buenos y dignos de la protección Real de Vuestra Majestad por sus méritos y virtudes.





CAPITULO XIX

De la humildad, cortesía, silencio y maña del indio.

De su humildad he manifestado largamente á Vuestra Majestad donde he tratado de la devoción y paciencia del indio; pero puedo volver á asegurar á Vuestra Majestad que si hay en el mundo (hablo de los efectos de la naturaleza, y no tratando de los de la gracia) mansos y humildes de corazón, son los indios, y que éstos naturalmente parecen los que aprenden del Señor cuando nos dijo que aprendamos de su Divina Majestad á ser mansos y humildes de corazón. Por que estos angelitos, ni tienen, como se ha dicho, ambición, ni codicia, ni soberbia, ni envidia, y no es más humilde que ellos el suelo que pisamos.

A trabajo alguno no hacen resistencia considerable; si les riñen, callan; si les mandan,

obedecen; si los sustentan, los reciben; si no los sustentan, no lo piden. Cuando llamé á dos indios de la Misteca para ver cómo labraban las piedras que he referido, ordené á un criado se les diese cada día á cada uno dos reales y de comer y se cuidase mucho de ellos, y así lo hacía; pero un día, con otras ocupaciones, se olvidó el criado de llevarles la comida al aposento donde estaban trabajando. Llegaron las cuatro horas de la tarde y no se había acordado que tales indios había en el mundo; y entonces, reparando el criado en ello, fué á llevarles de comer y los halló trabajando con la misma alegría que si les hubiese proveído convenientemente; y diciéndoles el repostero que por qué no habian salido del aposento á pedir comida, pues estaba abierto y podían andar por toda la casa libremente, se rieron, diciendo que no importaba; y con esta paz, humildad y resignación, obran comunmente estos naturales.

La cortesía es grandísima, porque todos ellos son muy observantes en las ceremonias de reverencia y veneración á los superiores, y no se verá á ninguno que deje de estar atentísimo en este cuidado.

En llegando á donde está el superior, se arrodillan; siempre vienen á sus negocios diez ó doce, y en diciéndoles que se levanten, lo hacen

y bajan los ojos los que acompañan al que ha de hablar, y éste sólo propone la causa y hace su razonamiento, y los demás callan como si fuesen novicios. Nunca se van sin besar la mano, y si se lo niegan se desconsuelan mucho, pero lo disimulan y callan, y al salir es con grandísimas sumisiones y humildades.

Entre sí nunca se hacen descortesía, sino que con una llaneza muy fraternal se tratan y respetan unos á otros, conociéndose las diferencias de los puestos y calidades.

El silencio es admirable, porque si están dos horas y más aguardando á entrar á hablar á algún superior, aunque se hallen veinte ó treinta indios juntos, como ordinariamente sucede, todos callan y se están en pie ó sentados con un profundo silencio; y si hablan alguna cosa, es tan bajo que sólo se oyen los unos á los otros, y no otros circunstantes.

Y así no les he oído jamás vocear, sino que sólo usan de la voz conforme lo pide la necesidad. Rarísimas veces chancean ni se burlan unos con otros, y el reirse señaladamente entre españoles es tarde ó nunca, y el manifestar vana alegría, sino que siempre obran con severidad y veras y atentos á lo que se les ordena, si bien cuando les hacen algún bien no dejan de descubrir muy decentes señales y afectos de alegría.

No conocen jactancia ni vanagloria, sino que aunque hagan excelentemente una cosa y con destreza, brevedad y curiosidad, no hacen más cuenta ni estimación que si no hubieran obrado cosa alguna ó la hubiera hecho un vecino.

Entre ellos, el hablar es preeminencia tan grande, que es señal de superioridad, como lo es de subordinación y de obediencia el callar; y por esto, delante de los superiores, así españoles como indios, callan siempre los inferiores si no son preguntados; en tanto grado, que para decir á uno príncipe y mayor, y cabeza de los otros indios ó españoles, le llaman Tlatoani, que quiere decir el que habla; porque Tlatoa quiere decir hablar, como quien dice: el que sólo tiene jurisdicción de hablar, y tan grande como esto es su silencio.

Tienen mucha reverencia los plebeyos á los nobles entre sí, y los mozos á los viejos, y éstos son muy templados y se precian de saber y enseñar á los demás, y ordinariamente enseñan á los niños y niñas á rezar, y no se desprecian de ello, por nobles que sean.

Muchos de estos viejos nobles son amigos de saber sucesos y acaecimientos públicos. Y yo fuí á un lugar que se llama Zongolica, que está entre unas tierras y montañas muy ásperas, donde había un viejo de ochenta años y que tenía

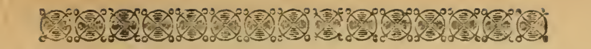
traducidos en su lengua algunos pedazos de Fray Luis de Granada y muchos apuntamientos de historias. Y habiendo predicado un predicador cierto ejemplo y dicho en el sermón que había sucedido en Alemania, se llegó á él este viejo venerable, después de haber predicado, y le dijo: «Padre, aquel caso que referiste en el sermón, díme, ¿en qué Alemania sucedió, en la baja ó en la alta?» De suerte que allá, en aquel cabo del mundo, donde ni tienen libros, ni noticias, ni letras, sino eterna servidumbre y soledad, sabía el viejo que había dos Alemanias.

En todo lo que son cosas mecánicas se hallan notablemente mañosos y diligentes, y en obrar lo mismo á menos costa, y con mayor brevedad hacen gran ventaja á cuantos yo he conocido.

Visitando mi diócesis hube de detenerme, por ser ya Semana Santa, en un lugar de menos de cuarenta indios que se llamaba Olintla, en medio de unas tierras muy altas de una provincia que llaman la Totonacapa, y habiendo de consagrar el Santo Oleo y Crisma en su iglesia, y hacer los demás oficios y los comunes de aquel santo templo, fué necesario que se hiciese monumento y tablado para la consagración y que después todo se desocupase para los oficios del Viernes Santo y las órdenes que celebré el Sába-

do Santo, y alegres los indios de haber de participar y asistir á aquellos santos ministerios, obraron con tanta facilidad, expedición y brevedad cuanto fué necesario al intento y con tan buena inteligencia en todo, que nos quedamos admirados. Porque hicieron un monumento muy alto con muchas gradas, por donde pude subir á colocar el Santísimo, sin clavar tabla ninguna ni tener hierro, ni hachas, ni azuelas, ni clavos, ni tachuelas, ni instrumento alguno de los comunes de carpintería, y ataban unas tablas á otras y á los piés de madera sin cordeles, valiéndose de bejucos y otras cosas naturales, y con tan buena y segura disposicion, que hicieron con igual seguridad los tablados y los deshicieron y volvieron á hacer otros en ocho ó diez horas, como en la catedral los españoles, con diez doblada costa, tardándose seis ú ocho días.





CAPITULO XX

De la limpieza del indio y de su paz.

Pues sobre ser industriosos son notablemente limpios y aliñados, y en aquella pobreza con que viven no se les ve cosa desaliñada; porque como quiera que andan descalzos y que comunmente no traen más que tres alhajas sobre sí, que son la tilma, la camisa ó túnica, y unos calzones de algodón, con todo eso aquello mismo lo traen limpio y se lavan muchas veces los piés, y cuando han de entrar en la iglesia ó en alguna casa, procuran lavárselos primero, y en las manos, rostro y cuerpo siempre andan limpios y tienen su baño para esto, que llaman temascales, y con este cuidado y limpieza crían á todos sus hijos.

Luego que nacen los hijuelos los llevan al río á lavar, y aun las madres, apenas los han echado de sus entrañas, cuando ellas también se van á lavar con ellos.

Cuando van á la iglesia es mucho mayor su limpieza, y sucedía venir aquellos pobres indios con sus mujeres á oir misa habiendo andado dos y tres leguas por partes húmedas, lloviendo y con muchos lodos, y al entrar en la iglesia iban tan limpios y aseados que causaba admiración.

También entre sí es su trato común muy llano, y apacible y pacífico, y raras veces tienen pendencias, y si tienen algunas luego se quietan y se pacifican, y en las montañas y tierras que están más apartadas de nosotros viven con mayor quietud, porque no hay quien siembre rencillas ni divisiones entre ellos. Y finalmente, si no es por grande violencia ó vehemente persuasión de extranjeros y gente ajena de la nación, raras veces se mueven á discordias, pleitos ni diferencias, aun cuando les hacen agravios más que comunes, por ser su condición sufridísima y pacientísima, y ellos muy humildes y mansos de corazón.





CAPITULO XXI

Respóndese á algunas objeciones que se pueden oponer.

Bien sé que algunos podrán decir que también hay algunos indios mandoncillos, rigurosos, codiciosos y altivos, iracundos y sensuales y con otros vicios.

A que satisfago que yo no refiero en este discurso los naturales de cada individuo y persona, sino de toda la nación en común y hablando generalmente, á la cual y á su dulce y suave natural no debe desacreditar que entre ellos haya algunos hombres que, como hombres, se desvíen del común. De la manera que no se desacredita una religión entera con el descuido de particulares religiosos, ni el estado eclesiástico con las imperfecciones de cuatro ó seis clérigos.

Lo que puedo asegurar á Vuestra Majestad

es que comunmente los indios son de estos naturales y que con mediano cuidado y doctrina, concurriendo la gracia de Dios, que nunca falta, y más á los pobrecitos, se les puede conservar en estas inclinaciones, y que si no es el vicio de sus bebidas, compuestas de algunas raíces de hierbas, á que son muy inclinados, que es vicio muy nacional, como en Europa en unos reinos el ser soberbios y coléricos, y en otros fáciles y ligeros, en otros pusilánimes y mendigos, en otros dados á la sensualidad, y en otros á la ira y bandos, y en otros á latrocinio, y en otros á la gula. Es ciertísimo que los indios están más lejos de lo principal y peor de que se compone todo lo malo del mundo, que es soberbia, codicia, envidia, ambición, sensualidad, ira, gula en el comer, pereza (por accidente de los que cuidan de que trabajen), de juramentos, juegos, blasfemias, y finalmente de todos los vicios, si no es el de estas bebidas, que frecuentemente los turban y ocupan los sentidos, que no las demás naciones. Porque en todos estos vicios que he referido, se hallan, si no del todo contenidos, muy libres; y de manera que apenas puede decirse que entre ellos hay codiciosos, ambiciosos, ni crueles, ni blasfemos, ni jugadores, ni pródigos, ni avaros, ni los demás vicios que hacen rigurosa guerra á la virtud.

Y también puedo asegurar dos cosas. La primera, que si entre ellos hay algunos ladrones, son los que se han criado y viven con los que no son indios, sino entre nosotros y otras naciones de Europa, y raras veces hurtan los indios que no los guíen, encubran y promuevan y guarden las espaldas otros de otras naciones, y lo mismo digo cuando incurren en los demás vicios.

La segunda, que cuanto mira á estas bebidas, que es su mayor fealdad, las dejaran fácilmente los indios si muchos superiores á quien toca cuidaran la tercia parte de quitarles este vicio, que otros cuidan de promoverlos á él. Pero como sobre el Pulque, Vingui, Tepache y otras bebidas impuras ha puesto la codicia su tributo, y la bebida del indio es la comida del juez, crece en el miserable la relajación al paso que en el rico la codicia.

Sin que pueda dudarse, señor, que de la manera que debe la América á la Corona y católicas armas de Vuestra Majestad y á su esclarecida piedad y de sus gloriosos antecesores el haber desterrado de ella la idolatría, y el comer carne humana y otros abominables y nefandos vicios, que frecuentemente acompañan á la ciega gentilidad, le debería también, si quisiesen los ministros inferiores, el desterrar de los indios este vicio, el cual, respecto de los otros, es ligero y

mucho menos vehemente para defenderse en él, por suplirle el beber estas bebidas ilícitas los indios, con otras mucho más sabrosas que son lícitas; con que este defecto en una naturaleza como la humana, tan llena de imperfecciones, no hace que los indios desmerezcan la gracia y amparo Real de Vuestra Majestad, y su conmiseración, y el mandar que se ejecuten eficazmente sus santas y religiosas leyes, y el gran número de órdenes y decretos que tiene dados para la conservación de tan leales y humildes vasallos, y de la Real y católica Corona de Vuestra Majestad. Ni se admirará que vasallo, ministro y sacerdote tan obligado á Dios y al servicio de Vuestra Majestad como yo, y Padre espiritual de tantos hijos de esta nación como tengo en estas provincias, haya procurado y procure esforzar la razón y alivio de estos sus pobrecitos y miserables vasallos de Vuestra Majestad, y solicite ahora su conservación y consuelo, y más cuando me consta cuán gran servicio hará en esto á Dios y á Vuestra Majestad.

El obispo de la Puebla de los Angeles.

ÍNDICE

ÍNDICES

VIDA INTERIOR

Páginas.

VIRTUDES DEL INDIO

Páginas.

Páginas.





